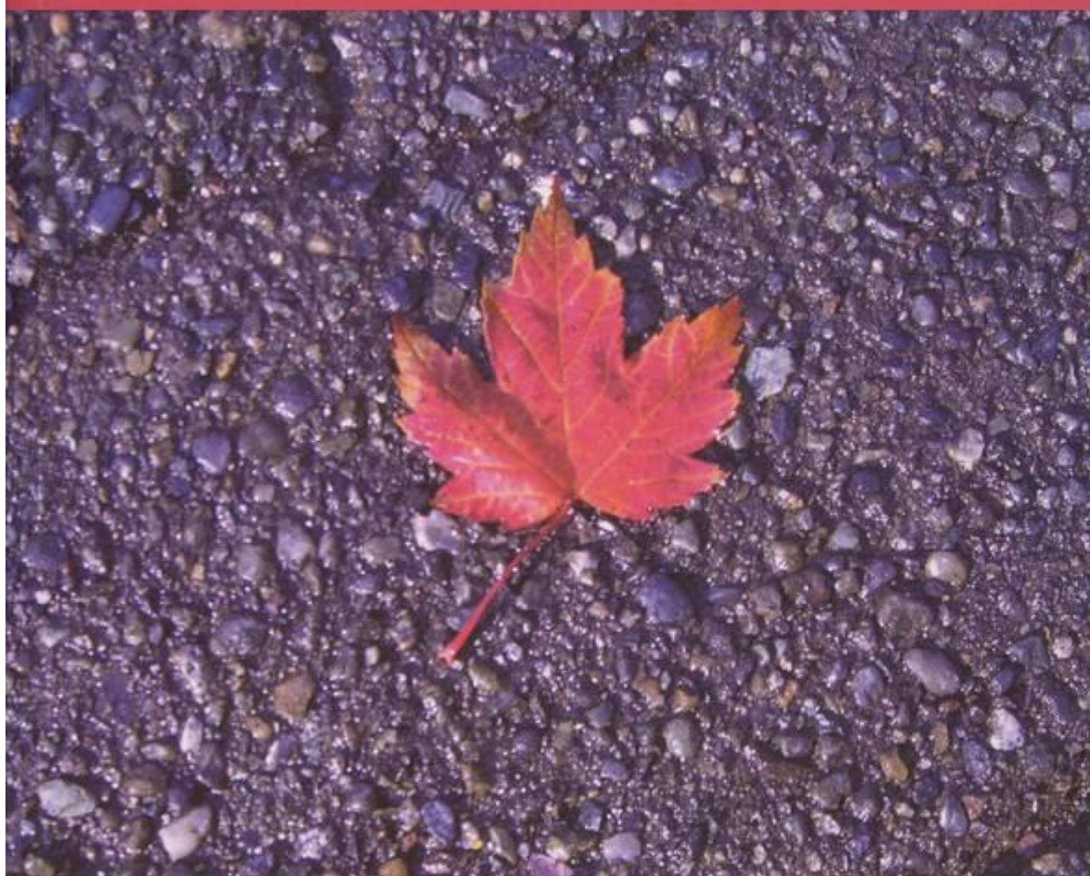
Bert Hellinger

Mística cotidiana

Caminos de experiencias espirituales



Alma Lepik
EDITORIAL

BERT HELLINGER

Mística cotidiana

Caminos de experiencias espirituales

Alma Lepik
EDITORIAL

Titulo original:
Natürliche Mystik. Wege spiritueller Erfahrung.

Traducción: Pedro, Echi, Silvia y Berni Behrens-Dacak
Dirección Editorial: Tiiu Bolzmann
Coordinación Editorial: Graciela Lauro
Correcciones: Loli Moreno, Graciela Lauro, Andrea Muratori
Diseño: Andy Sfeir

Impresión: Look impresores s.r.l.

Primera edición: julio de 2008

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina
ISBN: 978-987-1522-02-6

ÍNDICE

A mi hermano Robert, 1923-1945
En su memoria

(N. de T.: el hermano de Bert Hellinger cayó
en combate en la Segunda Guerra Mundial)

INTRODUCCIÓN

El título de este libro tal vez pueda sorprender, ya que muchos asocian la palabra mística con imágenes que tratan lo místico como algo religioso, aun cuando no aparece ligado a una religión en particular. Ya esto indica que la experiencia mística es humanamente común, algo común a todo ser humano. Es accesible y posible de la misma manera para todos los seres humanos.

Donde quiera que nos encontremos con experiencias místicas, todas nos muestran algo en común: La experiencia mística nos lleva a "ser uno" con una fuerza superior a nosotros. Un "ser uno" en una unión que sobrepasa y va mucho mas allá de todo esfuerzo y práctica personal. En la experiencia mística vivenciamos que algo que parece venir de afuera, nos estira, nos atrae hacia sí. Esta experiencia está unida a un sentimiento de felicidad profunda, un sentimiento de haber llegado donde nos lleva nuestra interioridad más profunda. Después volvemos a la vida diaria, a lo cotidiano.

Artistas y poetas conocen esta experiencia. Y también los filósofos, cuando logran alcanzar una comprensión muy profunda. Así, aquí ya nos movemos con toda naturalidad, como si fuera propio, en el espacio de la mística natural, independientemente de imágenes religiosas.

Este libro trata sobre todo de la mística natural en la filosofía, o sea, la mística en el ámbito del pensar. Se trata del pensar exacto, del pensar sensato, "razonable" en todos los sentidos. Del pensar hasta donde llegan los propios límites del pensar.

Este pensar es puro y está libre de intenciones personales. Permanece imparcial respecto a ciertas tradiciones, también respecto a "pensamientos tradicionales", y permanece sin temor ante sanciones que lo puedan amenazar. Este pensar es siempre un pensar valiente.

Este pensar nunca se dirige contra alguien o contra algo. Como se trata de un pensar de valor universal, nos une antes que separarnos. En este sentido, es un pensar liberador aunque permanezca más allá de la libertad personal y la voluntad libre. Se encuentra bajo la ley de la verdad, una verdad que se puede comprobar por sus resultados y que se somete a ellos en todo momento.

Les invito a seguirme en este "camino de conocimiento". Entren conmigo en este pensar puro, en el pensar de las "causas últimas", en el pensar del Espíritu. Les llevo conmigo por un camino místico.

Bert Hellinger

INDICACIONES PARA EL LECTOR

Algunas consideraciones y reflexiones de este libro son exigentes. Quizás sólo se revelen después de un tiempo. Lo que más ayuda es dejar que su efecto actúe como un todo, sin querer entender los detalles. Porque lo esencial posee muchas capas, muchos niveles que no se pueden separar tan fácilmente, pretendiendo con ello que se vuelvan accesibles. En lo esencial vibra algo oculto que se resiste a ser aprehendido.

A pesar de que todos los textos en este libro están interrelacionados, cada texto vale también por sí mismo. Si alguno le parece muy difícil, puede dejarlo y comenzar con otro.

1. EL ESPÍRITU

Nota previa

Cuando aquí se habla del Espíritu, nos referimos al espíritu que, a través de su pensar, le da existencia a todo lo que piensa. En este sentido toda existencia es existencia pensada y todo ser es ser pensado. Existe porque es pensado.

En las siguientes consideraciones les llevaré conmigo por el camino del conocimiento en el que buscaremos comprender qué significa conocimiento espiritual y hacia dónde nos conduce.

Para facilitarles el acceso, comenzaré con consideraciones sobre las consecuencias de estos conocimientos con respecto a nuestro pensar y hacer. Después, a lo largo de cuatro capítulos, los llevaré a través de las reflexiones filosóficas que son la base de toda experiencia dentro de la mística natural y las que determinan su curso.

PENSADO

Todo lo que existe está pensado. Y por eso es así, exactamente como está pensado. ¿Pensado por quién? Por el Espíritu que lo piensa todo. Todo lo existente recibe su Ser y su Existencia porque él lo piensa, y lo recibe tal y como él lo piensa.

Así, también yo soy pensado, tal como soy. Así está pensada mi vida, su principio y su fin. Así está pensado mi destino, tal y como se convierte en mi destino para mí y para otros.

Ante todo, soy pensado tal como soy ahora, y estoy pensado para lo que se me presenta en este instante y lo que este instante tiene preparado para mí. También para lo que el instante me ofrece ahora, para lo que me exige ahora y lo que ahora me posibilita.

Y siendo pensado así por el espíritu, ¿cómo me comporto? Me comporto de forma serena, confiado, recogido, seguro y expectante. Me comporto tal y como he sido pensado y para lo que he sido pensado. Me comporto pensante, pensante tal y como el espíritu ahora piensa de mí. Me dejo llevar pensante por su pensar, hasta que ocurre lo que él piensa y lo que yo pienso en consonancia y sintonía con él, y ocurre según él lo piensa. Así mi pensar se purifica, y se purifica todo lo que de esta forma comienzo pensante y pensante lo acabo.

Este pensar, ya que está pensado desde otro lugar que no es aquí, me hace extenso, me expande. En consonancia con este pensar permanezco sin preocupación, sin temor, alegre y con dedicación. Me permite estar en el instante, sin mirar hacia atrás, a lo que ya fue, y sin adelantarme en el ahora, como si lo que viene ya estuviera antes de estar pensado, pensado de tal forma que puede ser.

Así, pensado, estoy en la plenitud, en mi plenitud, en la plenitud del ser.

LAS COSAS

¿Cómo se relaciona el espíritu con las cosas? Las cosas y él, ¿se contraponen? ¿Las cosas chocan con el espíritu y nos desvían la atención de él, de forma que debamos vaciarnos primeramente de ellas para luego lograr el encuentro con el espíritu, conocerlo y unirnos a él? Así al menos lo enseñan muchos movimientos místicos y religiosos.

Pero las cosas existen porque el Espíritu las pensó. Están ahí porque actúa en ellas. Y así, tal como son, exactamente como son. Nos atraen porque el espíritu en ellas nos atrae. En ellas el Espíritu viene a nuestro

encuentro. En ellas se nos muestra. Por lo tanto, el asentimiento a las cosas es asentimiento al Espíritu. De ahí que la alegría que sentimos por las cosas sea a la vez la alegría que sentimos por el Espíritu y con el Espíritu.

Las cosas son un regalo del Espíritu. Cuando las tomamos, las tomamos con el Espíritu. Cuando nos unimos íntimamente con ellas, nos unimos a través de ellas y junto con ellas también con este Espíritu.

Lo mismo vale para las personas. En ellas se manifiesta el Espíritu de forma especial, particularmente en situaciones en las que nos sentimos dependientes de dichas personas, por ejemplo, de nuestros padres y de una pareja muy querida.

LA EXIGENCIA

Existe la expectativa e incluso la exigencia de que el Espíritu tiene que estar siempre para nosotros cuando lo necesitamos, pero ¿le afecta tal expectativa? ¿Le alcanza tal expectativa? ¿O más bien el Espíritu se encuentra infinitamente ajeno a dichas expectativas? ¿Acaso no está ya todo, lo que somos y lo que nos espera, pensado por él?

Pero estamos pensados por él junto con todos los otros, como un conjunto de todo. Dentro de lo pensado por él no existe nada ni nadie más pensado o menos pensado. Cada uno está pensado con un movimiento que le es propio, conforme a su ser y su destino.

En este sentido tenemos a veces exigencias. Pero sólo las que están pensadas por este Espíritu, porque pertenecen a nuestro movimiento y al movimiento de los otros que están a nuestro lado y con nosotros. Estas exigencias se hallan en sintonía con lo pensado por este Espíritu. Y tienen que ser satisfechas en sintonía con él.

Estas exigencias son puras y nos colman de un sentimiento de bienestar y paz. Pero son a la vez exigencias que el espíritu nos demanda. Y al someternos a ellas, nos sometemos a este espíritu y entramos en una unión profunda, una unión que actúa.

Por muy extraño que parezca, estas exigencias y el valor de llevarlas efectivamente a cabo son una renuncia. Por ellas renunciamos a lo cómodo y a aquel Espíritu que concuerda con nuestras exigencias. Las exigencias del Espíritu nos permiten avanzar, a nosotros y a otras personas. La renuncia cómoda a una tal exigencia paraliza. Atrasa el movimiento que nos llevaría adelante, lo detiene y retiene.

Ese Espíritu, ¿tiene también exigencias para con nosotros, en el sentido de mandamientos o prohibiciones? ¿Puede esperar de nosotros

más de lo que él piensa? ¿Puede alguien desviarse de este pensar del Espíritu o decidirse en su contra? ¿No se impone el pensar del Espíritu siempre, independientemente de lo que hagamos o dejemos de hacer? ¿Será que lo que nos parece una desviación, sólo representa parte de una experiencia de enseñanza y que, al final, por las consecuencias se demuestra más categóricamente que está pensado por ese Espíritu?

¿Nos premia este Espíritu cuando le seguimos? ¿Nos castiga cuando intentamos escabullirnos de él? ¿Le afecta cuando le seguimos o cuando intentamos alejarnos de él? ¿Nos ayuda lo uno y nos perjudica lo otro? ¿Significa alguna diferencia para él y para nosotros, si al final todo viene a ser tal como él lo piensa?

Hagamos lo que hagamos y nos comportemos como nos comportemos, el Espíritu lo promueve, tal como es, porque lo piensa tal como es. Nosotros le seguimos con todo lo que este pensar exige de nosotros y con todo lo que nos da. Y empezamos a pensar, creciendo interiormente, más conscientemente, tal como él piensa, y a ser como él nos piensa, y a movernos como él nos mueve.

IMÁGENES Y PALABRAS

Pensamos en imágenes y hablamos en imágenes. Porque también a través de la palabra se crea una imagen interior. Si decimos *árbol* tenemos una imagen de un árbol. Si decimos *padres,* tenemos una imagen de unos padres. La palabra es la traducción de la imagen en un sonido. Por lo tanto, cuando hablamos, hablamos constantemente en imágenes.

Pero una imagen no es toda la realidad, del mismo modo que la palabra describe sólo aproximadamente la realidad.

¿Cuál es el efecto de una imagen y de una palabra? Que mueven algo en nosotros y nos empujan a actuar en cosas importantes para vivir y sobrevivir.

Pero, ¿qué sucede con palabras de las que no podemos hacernos imagen alguna o sólo una imagen incompleta? Por ejemplo, la palabra *espíritu* y en este contexto también la palabra *pensar.* La palabra *pensar* describe un proceso que podemos comprender, igual que muchas otras palabras también describen un proceso: *caminar, sentarse, reírse.* Algunas palabras reúnen varios procesos juntos en una sola palabra. Por ejemplo, las palabras *alegría* o *amor.* Cuando las escuchamos, inmediatamente creamos imágenes de los procesos que se sintetizan en ellas.

Entonces, ¿cómo es con la palabra *alma* y sobre todo con la palabra *espíritu*? En ellas se nos insinúa algo que a la vez nos queda oculto. La

plenitud de estas palabras se escapa a nuestro entender. Sea lo que sea lo que digamos de ellas, no conseguimos captarlas realmente.

Cuando sabemos esto, usamos estas palabras con cuidado. Eso significa que no las usamos como términos, como por ejemplo la palabra *casa.* Las usamos sabiendo muy bien que lo esencial de ellas en gran parte permanece oculto para nosotros.

Aquí me refiero primordialmente a la palabra *espíritu.* Si la consideramos un concepto definido y exacto, corremos el riesgo de usarla como otros términos, como si al Espíritu lo pudiéramos clasificar y disponer de él para nuestro uso común.

El proceso, sin embargo, es todo lo contrario. Si nos exponemos a este Espíritu, es el Espíritu el que nos toma. Nos toma en un movimiento de revelación de actuar y de amar que por nosotros mismos no podemos alcanzar. En este proceso se abren puertas a sitios hasta ahora vedados para nosotros.

Siendo así, ¿comprendemos entonces más dé lo que presentimos o intuimos en la palabra *espíritu*? Esta palabra y la imagen que le corresponde permanecen infinitas para nuestro pensar.

REALIZACIÓN

Cuando algo se nos revela, normalmente se parte de la idea de que, para que se nos pueda revelar, antes eso ya existía.

Pero también vivimos la experiencia opuesta. Nos imaginamos algo y lo pensamos. Después hacemos real ("realizamos") lo que hemos pensado. Movemos algo pensándolo. En este sentido experimentamos una revelación y nuestro pensar como creadores.

La pregunta es: ¿de dónde tenemos nosotros y de dónde tiene nuestro espíritu la capacidad de pensar de modo tal que se logre algo nuevo mediante el pensamiento? ¿Acaso viene esa capacidad de nosotros? ¿Acaso viene nuestro espíritu de nosotros? ¿O es que somos pensados así por otro espíritu, y somos lo que él ha pensado de tal modo que somos el resultado de su pensar?

Aristóteles se imaginó el espíritu así. Porque, ¿cómo puede existir algo sin que un espíritu lo piense? ¿Cómo puede existir algo antes de que ese espíritu lo piense?

Pensar y ser

¿Qué reconoce el espíritu? Como lo piensa todo, todo lo reconoce. Y solamente porque lo piensa es tal cual es. Nada puede ser diferente a cómo este Espíritu lo piensa. Nada puede agregarse o añadirse a su pensar. Todo es sólo porque él lo piensa. Está y es así, tal cual lo piensa.

¿Qué pasa con nosotros cuando pensamos y cuando (re)conocemos? ¿Podemos pensar y (re)conocer algo que a través de nuestro pensar adquiera existencia, que se cree a través de nuestro pensar y que sólo perdure mientras lo pensamos? ¿Qué relación hay entre nuestro espíritu y nuestro pensar y ese espíritu infinito? Él mismo es infinito, ya que su pensar es un pensar sin principio ni fin. Por lo tanto, todo lo que piensa es igualmente sin principio ni fin.

Posible y real

Este Espíritu es creador por su pensar. Es creador porque continuamente piensa algo nuevo, algo que nunca existió antes.

¿Por qué este Espíritu, a través de su pensar, crea continuamente algo nuevo? ¿Hay algo que lo impulsa a hacerlo? ¿Cómo podría ser impulsado a hacer algo sin que salga de él mismo, sin ser una parte de su pensar? ¿Cómo puede lo que aún no es ser parte de su pensar? ¿Hay algo en él que está a la espera de que lo piense? ¿Piensa eso porque eso lo está esperando para ser pensado? ¿O es que se manifiesta recién cuando piensa que era una de sus posibilidades? En la realización de su pensar, ¿qué se confirma como una posibilidad, aunque sea posteriormente?

¿Cuál es entonces nuestra relación con este Espíritu? Nosotros y nuestro espíritu somos una posibilidad “realizada”, una posibilidad hecha realidad por ese Espíritu.

EL MOVIMIENTO

Todo lo que se mueve, se mueve porque otra fuerza lo mueve desde afuera. Por eso Aristóteles concluye que existe algo o alguien que pone en movimiento todo lo que se mueve.

¿Cómo es que él lo mueve todo? ¿Cómo puede ser movido por él si no puede existir nada antes que él lo haya movido? Se pone en movimiento porque lo piensa. Porque lo piensa puede llegar a ser, puede llegar a existir.

¿Qué Ser es este? Es un ser en movimiento. Este ser es pensado en movimiento y se pone en movimiento a través del ser. Su movimiento surge del hecho de que está pensado, de cómo está pensado ahora y solamente

en la medida como es pensado.

La libertad

¿Qué pasa entonces con nuestro libre albedrío? También es pensado. Es libre porque es pensado así. Voluntad a su vez significa movimiento. La voluntad quiere mover algo. Piensa algo para moverlo. De esa forma se parece a aquel movimiento que crea algo cuando lo piensa, ya que el espíritu que pone todo en movimiento lo mueve al pensarlo, lo crea al pensarlo, como nosotros con nuestra voluntad.

Ese espíritu, ¿es libre para pensar? ¿Puede decidir lo que piensa y puede priorizar una cosa sobre otra? ¿Es posible pensar eso?

¿Qué pasa con nosotros cuando queremos algo, cuando queremos poner algo en movimiento? ¿Es un movimiento propio o acaso este movimiento está pensado por este espíritu y a la vez es puesto en movimiento por él?

Imaginarnos que nuestro movimiento es un movimiento propio es impensable. Pero carece de importancia cuando actuamos, ya que de todas formas hacemos lo que este espíritu piensa y cómo lo piensa. El resultado de lo que hacemos no cambia. Está pensado por este espíritu de una u otra forma. Está siempre en el movimiento por él pensado.

Sin embargo, percibimos una diferencia en nuestro sentimiento y nuestra experiencia cuando admitimos que somos movidos por este movimiento y, sabiéndolo, lo acompañamos hacia donde nos lleve, o cuando pensamos que somos libres en nuestras decisiones. No altera lo que hacemos, pero cambia nuestra percepción.

Pensar con este espíritu pensante nos da serenidad. Experimentamos de pronto cómo somos dirigidos. Vivenciamos cómo el pensar de este espíritu nos permite pensar de otra forma, como si otra fuerza en nosotros pensara y por su pensar provocara lo que piensa.

En este pensar con el espíritu nos purificamos como él mismo. En ese pensar nos movemos como ese pensar mismo, como pensados por él. Y movemos otras cosas, tal como está pensado y movido por ese pensar. En ese pensar nos hacemos uno con el pensar y su movimiento.

Esta es, sin embargo, una experiencia mística. ¿Es posible buscar y forzar esta experiencia? Cuando la experimentamos, es pensada por este espíritu. Se realiza, se hace realidad para nosotros, cuando él la piensa.

LO DIVERSO

En lo diverso todo es pensado y querido por el Espíritu por igual. Es pensado y querido lo que a primera vista parece que se contrapone y lo que mutuamente se desafía. En lo diverso depende uno del otro, uno y otro se relacionan, se sirven y se utilizan mutuamente. Y para el otro, vivir en lo diverso su pertenencia a lo diferente es un desafío y una ganancia.

Percibimos lo diverso como plenitud. Lo vivimos como existencia y ser, y también nos relaciona y une al otro.

¿Cómo percibimos lo diverso más intensamente? ¿Cuándo estamos en ello, completamente en ello, también cuando se muestra tan diferente? Cuando lo pensamos como lo piensa el Espíritu. Cuando nos movemos con lo diverso tal como lo mueve el Espíritu, en cualquier dirección.

¿Cómo podemos pensar lo diverso? Para estar en contacto y en relación con eso, ¿tenemos que tener en cuenta cada detalle y orientarnos hacia cada detalle en cada uno, en lo diverso?

Lo esencial

Lo diverso se condensa en algo sencillo cuando se manifiesta y se muestra a través de algo concreto, a través de una unidad, como si fuera algo único, es decir que se condensa en algo esencial. En lo esencial, lo diverso se convierte para ese algo único en una plenitud experimentada comunitariamente.

¿Cómo reconocemos eso esencial? Lo reconocemos cuando somos uno con el pensamiento del Espíritu, y cuando pensamos como él. Y como el Espíritu lo piensa todo a la vez, está unido a todos a la vez. En ese Espíritu existe lo único y al mismo tiempo está unido a todos en el mismo pensamiento, en un pensamiento esencial. En este pensamiento esencial se condensa lo esencial de todos, y son, existen y actúan todos al mismo tiempo en él. En lo esencial, lo diverso se hace reconocible y perceptible como unidad dentro de la diversidad. Y así nosotros la vivenciamos en su plenitud.

Como en lo esencial se manifiesta la plenitud de lo diverso sólo percibimos una parte de él, como si se tratase de uno, de la unidad. Por eso lo esencial y su plenitud permanecen finalmente insondables e infinitos para nosotros, aún cuando lo formulemos en palabras y cuando esas palabras tengan un efecto esencial.

SIN DIFERENCIA

Creer que el Espíritu, cuando piensa, establece diferencias entre lo único y lo diverso, marca una distinción como queriendo dar preferencia a una cosa sobre otra, contradice todo lo que luego resulta del obrar de ese Espíritu. Porque este Espíritu reconoce todo tal como es, ya que lo piensa como es. Porque lo piensa, es, y se mueve tal como lo piensa. Recibe su Ser y su movimiento desde el pensar de este Espíritu: a través de este pensar asiente a todo tal como lo piensa.

Antes y después

Todo lo que se mueve, se mueve hacia algo. Por eso existe en cada movimiento un antes y un después, algo que estaba antes y algo que viene más tarde. Todo movimiento es, por lo tanto, un movimiento en el tiempo. La pregunta es: el movimiento completo, ¿está pensado desde el principio?, es decir, ¿el después está al mismo tiempo que el antes o está pensado en pasos consecutivos de tal forma que su fin no está pensado al principio? De ser así, el fin ya estaría presente desde el principio. Así, pues, ¿existe para este Espíritu omnisciente un pensar progresivo, un pensar evolutivo, un eterno pensar nuevo? Solamente así es concebible para nosotros. De otra forma no sería un pensar creativo.

Sigamos el hilo de estos pensamientos, no porque yo quisiera llegar con estos intentos al último pensar, sino porque la manera en que pensamos influye también en la manera en que vivimos, en cómo nos relacionamos entre nosotros.

Una reflexión aquí sería la siguiente: este Espíritu omnisciente, ¿lo ha pensado todo desde el principio, como si todo ya hubiera sido preconcebido y realizado, incluso hasta el curso que va a tomar? Es difícil de imaginar, simplemente porque en cada movimiento el Espíritu lo hace todo, lo realiza todo, y sigue obrando en todo, pensándolo. El Espíritu, ¿puede estar fuera de este movimiento o está moviéndose en él porque así lo concibe y así lo quiere en ese instante? ¿Podemos diferenciar este movimiento del movimiento del Espíritu como si pudiera moverse independientemente de él? Así, ¿el Espíritu se está moviendo constantemente de otra manera y, en el tiempo, siempre es nuevo? En un tiempo infinito, porque su pensar no llega a ningún final, porque ¿de qué manera llegaría jamás a una meta y a un final?

Principio y final

Sólo aquellos movimientos que conocemos poseen un principio y un final, aunque sean transitorios. Antes de todo inicio conocido ya había algo y después de todo final que conocemos vendrá algo más. Estos inicios y sus finales se diluyen en un movimiento mayor. El pensar de este Espíritu no se diferencia de lo que piensa, como si viniera primero el pensar y después lo pensado. Porque este pensar del Espíritu, al ser un pensar puro, es lo que piensa y es lo que mueve a través de su pensar.

El espíritu puro

Algunos dicen que debe haber una diferencia, que este Espíritu es igual a Dios y que lo creado por él debe ser diferente a Él.

Sin embargo, no podemos diferenciar este Espíritu de lo que muchos llaman Dios, pues nada podría ser para nuestro entendimiento más puro y abarcador que este Espíritu y su pensar. ¿Nos podemos imaginar algo más grande, algo más allá de este Espíritu?

Forma parte del pensar no intentar pensar más de lo que el pensar puro permite. La pregunta que surge es hasta qué punto podemos pensar conjuntamente con el pensar de este Espíritu.

La renuncia

Otra pregunta es hasta qué punto este Espíritu, al movernos y al entregarnos a su movimiento, nos lleva a lugares que están en total consonancia con su pensar, pero cuyo alcance no logramos comprender enteramente. Precisamente allí, donde renunciamos al último conocimiento y comprensión, estamos más profundamente en consonancia con el Espíritu. Movidos por este Espíritu logramos comprender lo más importante para nosotros: cuál es el siguiente paso posible y necesario que podemos dar. Este siguiente paso es para cada cual algo propio y distinto. Es diferente y sin embargo, ante este Espíritu, igual.

Entonces, ¿hay una diferencia?

Partiendo de nuestras vivencias, existe una diferencia en relación a la claridad con la que nos sabemos en consonancia con los movimientos de este Espíritu. Vivimos en nuestra conducta y en nuestro sentimiento hasta

qué punto nos toman y guían los movimientos del Espíritu. Tanto que, pasado un tiempo, percibimos en nosotros y en nuestro entorno cómo nuestro pensar obra algo por el simple hecho de pensarlo.

A pesar de que todo lo que se mueve es movido por este Espíritu, sobre todo el ser humano, no todos viven la sintonía con el movimiento del Espíritu de la misma manera. Por lo tanto, existe entre ellos una diferencia en su percepción personal y también en la experiencia de felicidad que vive cada cual.

Esta felicidad, la que viven los filósofos y a la que llaman dicha, está en sintonía con el pensar del Espíritu. Esta dicha significa para ellos la felicidad suprema, la última y real perfección que les es alcanzable.

En nuestro esfuerzo por percibir cada vez con más consciencia la sintonía con los movimientos del Espíritu, podemos emprender un camino muy especial, un camino espiritual. ¿Podemos entonces atribuir el resultado a nuestro esfuerzo? ¿Realmente nos diferenciamos de aquellos a quienes les es negado este esfuerzo o a quienes les es desconocido?

También aquí se atribuye lo uno y lo otro al mismo movimiento del Espíritu. Guía a unos y a otros de forma diferente, independientemente de su mérito o su culpa. Lo que nosotros quizás veamos como resultado de nuestro hacer es simplemente la forma especial que tiene este Espíritu de pensarnos y movernos. También aquí se diluye la distinción entre unos y otros. Sólo nosotros vemos esta diferencia desde afuera y temporalmente. Desde el punto de vista del Espíritu la distinción desaparece.

2. LA PURIFICACIÓN

Nota previa

En la mística occidental, la purificación juega un papel muy importante y es una condición previa en la experiencia mística. En primer lugar, se trata de la purificación de los sentidos. Esto significa que es necesario retraer nuestros sentidos de todo lo que pueda distraerlos, para lograr más fácilmente el recogimiento.

El siguiente paso es la purificación del Espíritu. Lo mismo que antes, nos ayuda a desprendernos de nuestros pensamientos e imágenes.

En tercer lugar, se trata de la purificación de la voluntad. Exige de nosotros desistir de nuestros deseos e intenciones siempre y cuando se interpongan en nuestro recogimiento.

En este párrafo se describe el camino de la purificación como un andar con los movimientos del Espíritu. Si logramos estar en sintonía con estos movimientos, logramos la purificación de los sentidos, del Espíritu y de la voluntad al mismo tiempo. En consonancia con los movimientos del Espíritu accedemos a esa entrega en recogimiento que nos hace libres interiormente y nos vuelve uno con todos y todo lo demás.

EL SENTIDO

Sentido significa: "está a mi medida, sirve a mi crecimiento y desarrollo". Cuando hablamos de sentido, nos referimos a una meta hacia la cual nos dirigimos.

¿Qué tiene sentido para nosotros? Todo lo que el Espíritu piensa con respecto a nosotros, todo lo que es real porque lo piensa, exactamente así como lo piensa. En ese pensar y de la forma como lo piensa, inicia un movimiento, ese que tiene sentido para nosotros.

Así, pues, el sentido es personal. Todo ser humano tiene un sentido que le es propio y es tal como ha sido pensado para él. Al seguir este sentido tal como está destinado para nosotros, permanecemos en sintonía con el Espíritu y con el movimiento del Espíritu.

¿Cómo logramos que nuestro comportamiento con otras personas "tenga sentido"? Permaneciendo con lo que tiene sentido para nosotros y asintiendo a lo que tiene sentido para los otros, aunque sea diferente a lo que tiene sentido para mí.

¿Cuándo damos sentido a algo o a alguien? Cuando respetamos y honramos el sentido propio en nosotros y en otros.

Estar en sintonía con el sentido

A menudo nos preguntamos: ¿qué tiene sentido para mí y de dónde viene este sentido? ¿Viene de nosotros? ¿Puede venir de nosotros? Este sentido viene de afuera, viene del Espíritu.

Espíritu es el que conoce. Tenemos un espíritu con el que conocemos. Pero detrás de nuestro espíritu obra otro Espíritu, un Espíritu que conoce y reconoce todo.

Aristóteles, en su *Libro sobre el Alma,* busca hallar la causa, saber qué es este Espíritu, qué hace este Espíritu. Dice: "este Espíritu conoce". ¿Qué conoce? Lo conoce todo. ¿Por qué lo conoce todo? Porque todo es y todo existe solamente porque lo piensa. Piense lo que piense se hace realidad. Surge porque este Espíritu lo piensa. ¿De qué manera está ahí? Exactamente como lo piensa.

Pero no sólo está ahí: todo lo que está siendo está en movimiento. Al ser pensado, es lanzado a un movimiento, al que le corresponde tal como el Espíritu lo piensa. Este movimiento tiene sentido para lo que está siendo.

Cuando hacemos estas reflexiones sobre nosotros mismos nos preguntamos qué tiene sentido para mí.

Para mí tiene sentido que me quede exactamente en el movimiento

que el Espíritu ha pensado para mí. Tiene sentido lo que me lleva a ese movimiento y lo que me mantiene en ese movimiento tal y como el Espíritu lo piensa para mí.

LO NUEVO

¿A dónde nos lleva un conocimiento? Siempre conduce a un movimiento, el conocimiento inicia un movimiento y lo continúa. También lo corrige y le da una dirección diferente, una nueva dirección.

Un conocimiento esencial permanece cerca del ser y de su movimiento, por eso siempre es un conocimiento nuevo, crea algo nuevo y lo pone en movimiento. Gracias al movimiento, nuestro espíritu puede llegar a comprobar hasta qué punto ese movimiento logra que algo continúe y establece hasta qué punto lo nuevo perdura, y perdura hasta que el próximo conocimiento inicie el nuevo movimiento.

Lo nuevo comienza, pues, con una comprensión. Eso quiere decir que se inicia con un conocimiento que da paso a algo nuevo, que exige algo nuevo y que se manifiesta en un movimiento nuevo. Todo lo nuevo está en movimiento. Nos lleva consigo en un movimiento. ¿En qué movimiento? Nos lleva consigo en un movimiento del Espíritu. Nos lleva en un movimiento creador. Nos une en una forma creadora con el Espíritu.

Cuánto más puro sea nuestro conocimiento, tanto más puro será este movimiento y tanto más extenso su efecto. Cuánto más puro es este conocimiento y más puramente seguimos su movimiento, más puramente nos lleva este Espíritu en su movimiento, hasta el punto que su movimiento y el nuestro apenas se diferencian, como si fueran un solo movimiento.

EL TIEMPO

Los movimientos del Espíritu son lentos. Tienen tiempo. A veces queremos adelantarnos a este tiempo y perdemos la sintonía con el tiempo verdadero, el tiempo pleno. Este tiempo es pleno porque todo lo que llega a su meta es arrastrado por él a dicha meta. Aunque este tiempo nos parezca largo y lento, lo consigue todo a su debido tiempo, todo lo que según los movimientos del Espíritu hará efecto plenamente cuando el momento sea adecuado y posible.

Por lo tanto, si vamos con los movimientos del Espíritu, esperamos hasta que ocurra lo que están moviendo. Así vemos que a menudo algo

llega a su meta en el último momento, cuando el tiempo se ha cumplido y es pleno.

Tenemos que confiar en este movimiento. Pone constantemente a prueba nuestra confianza hasta que aprendamos a esperar relajados aunque el tiempo aparentemente nos presione. Nos presiona si queremos adelantarnos a él. Pero como el Espíritu siempre lleva a cabo lo que piensa, siempre llega a la meta. Pero a su tiempo, a su debido tiempo, al tiempo pleno.

¿Cómo manejamos el tiempo? Permanecemos entregados a él sabiendo que nos precede, que nos guía si esperamos con él. Esperar y andar es aquí lo mismo. Ambos permanecen en el movimiento del Espíritu.

ABAJO

Sólo podemos ir con el Espíritu si estamos abajo. Solamente abajo estamos en sintonía consciente con los movimientos del Espíritu.

También quienes pretenden estar arriba y quieren permanecer arriba son movidos por este Espíritu. Para qué y cómo no lo sabemos. Y tampoco nos debe interesar.

Cuánto más profundo entramos en sintonía consciente con los movimientos del Espíritu, sobre todo cuando dichos movimientos nos atrapan irresistiblemente y nos arrastran hacia sí, más nos sentimos abajo. Abajo en el sentido de que somos conscientes de que tanto la dirección como la comprensión adecuada, la perseverancia y la fuerza necesarias llegan de afuera. Tenemos que someternos a ello, sin libertad de movernos de otra manera. Permanecemos ante este Espíritu y su movimiento impotentes y pequeños, es decir, abajo.

A veces un movimiento así nos lleva hacia arriba y nos convierte en guías. En guías responsables. Ese movimiento nos lleva consigo a un conocimiento que a muchos nos permite ir aún más adelante, como si ya estuviéramos arriba.

A veces también nos parece que estamos arriba, aunque por poco tiempo: pronto aprendemos que hay algo aún más arriba, y volvemos a ser conscientes de nuestros límites.

¿Cómo aprender a permanecer abajo? Y, cuando nos hemos elevado por encima de otros, ¿cómo regresar sanos y salvos abajo? Permaneciendo en el instante, sólo en el instante.

Este momento es un momento guiado, dirigido al obrar y a la preparación del obrar, ya que en ese momento estamos concentrados en lo que hacemos y en lo que eso exige de nosotros. De esta manera, estamos

en un movimiento del Espíritu, desprendidos de nuestras imágenes de lo que es arriba y lo que es abajo. Nos quedamos en el lugar que el Espíritu nos asigna en ese obrar. ¿Dónde? Abajo, completamente abajo.

EL CURSO DE LA VIDA

¿A quién pertenece el curso de la vida? ¿Puede alguien decir "este es el curso de mi vida", "este es el curso de tu vida"? ¿La vida de quién transcurre ahí y por quién está siendo movida?

Sea cual sea la forma en que uno vive, así es como puede y debe vivir ya que así, tal como vive, es querido. Tal como vive, está pensado, pensado con amor. Tal como vive, está pensado espiritualmente y tal como vive, vive espiritualmente.

Eso significa que el Espíritu, que todo lo piensa tal como es, lo piensa a él y piensa su curso de vida tal como es. Por eso su curso de vida no puede ser diferente, porque está pensado por este Espíritu tal como es, únicamente de esa forma.

Espiritual es, por lo tanto, todo tal como es, exactamente tal como es. Sea cual sea el curso de nuestra vida, está pensado como es, está pensado espiritualmente. ¿Puede un curso de vida ser más espiritual que otro? Ambos han sido pensados por el mismo Espíritu.

¿Podemos comparar los diferentes cursos de vida? ¿Podemos decir que uno es mejor que otro? ¿Podemos decir que uno es más espiritual que otro? ¿Acaso un curso de vida puede ser más espiritual que otro, como si estuviera más íntimamente unido con el Espíritu y más pensado y querido que el otro?

Aquí los opuestos desaparecen. Ningún curso de vida es mejor o está por encima de otro. Ninguno es menor o inferior, ninguno es malo o está mal.

Ante este Espíritu no hay diferencias. Lo piensa todo tal como es. Lo mueve todo tal como se mueve. Es el único que lo piensa todo y lo hace existir todo tal como es. Sea lo que sea que se mueva, sigue su movimiento y no puede moverse de otro modo diferente a como él lo mueve.

Entonces, ¿para qué esos nobles ideales de lo que es bueno o malo, correcto o incorrecto, sanador o nocivo, aprobado o no por Dios? Al fin y al cabo todos son iguales entre sí.

¿Qué nos queda entonces por hacer? Somos como somos. Permanecemos como somos. Nos dejamos mover tal como somos movidos, independientemente de las consecuencias para nosotros y para otros. Nos dejamos mover sin sentirnos culpables y sin sentirnos santos o

espirituales. Ante este Espíritu solamente somos, solamente existimos. ¿Cómo? Espiritualmente.

LA DEVOCIÓN

La devoción se dirige tanto a lo cercano como a lo lejano. La experimentamos más fácilmente en lo cercano, en lo próximo. Por ejemplo, cuando en la Naturaleza vemos un cielo lleno de estrellas en el espacio infinito y lejano. Sin embargo, para nosotros forma parte de lo cercano.

Los niños son devotos de sus padres y saben lo profundamente unidos que están a ellos. Sin ellos, se sienten perdidos. Pero su devoción es más que un sentimiento de dependencia: es, por encima de todo, profunda entrega y amor. Muchas veces, lo que aparentemente se manifiesta como opuesto a ese amor, resulta ser otra cara del amor. Mirándolo más a fondo, esa otra cara del amor es el dolor y la frustración de no tener en los padres ese amor que ellos quieren y necesitan. Para los niños sus padres son lo cercano decisivo.

Los niños, desde muy temprana edad, son educados en la religión de sus padres, en sus imágenes y costumbres. Aprenden a rezar y a ser devotos ante algo más grande, sus imágenes religiosas quedan estrechamente unidas a las imágenes de los padres.

Más tarde, seguimos sujetos a esas imágenes. Luego aparecen otras personas de las cuales dependemos, por ejemplo la pareja, los amigos y muchos otros seres humanos que nos ayudaron de una manera especial, casi como los padres. Desarrollamos frente a ellos los mismos sentimientos que teníamos cuando éramos niños, tanto hacia nuestros padres como hacia Dios. Son sentimientos de dependencia, de veneración y de temor. Estos sentimientos son como un deseo de vinculación con esas personas. Intimamos con ellas y permanecemos dependientes de ellas de una manera inadecuada tanto para ellas como para nosotros. Esa sensación de intimidad nos separa de algo que está más allá de ellas. Y en realidad, a ese algo que está más allá le corresponde nuestra devoción, nuestro miedo, nuestra entrega y nuestro amor.

¿Cómo accedemos a esa entrega y a ese amor? ¿Cómo los recuperamos cuando los perdemos de vista y nos hemos apartado de ellos? Distanciándonos de las personas que para nosotros ocuparon el lugar de esto último y, si la intimidad fue muy estrecha, despidiéndonos de ellas.

Esta despedida tiene un precio: el mismo que pagamos cuando nos desviamos de eso último. Y esta despedida se logra cuando exige de nosotros lo mismo que nos exigió el distanciamiento de esto último. El

costo de este precio es la purificación, que nos vuelve a reunir con lo lejano y nos devuelve la devoción.

Esto último que tan fácilmente olvidamos y excluimos cuando nuestra devoción, nuestra expectativa y nuestro temor se orientaron hacia lo más próximo y hacia otras personas, ¿qué es? Es la fuerza que lo mueve todo tal como es. De ella depende todo movimiento. En ese sentido, también depende de ella todo movimiento que nos ayuda y que nos facilita lo que necesitamos.

De igual modo es el movimiento que nos desafía y nos lleva a la realidad, y el que nos amenaza y nos pone en peligro. También el que nos trae sufrimiento y pérdidas, y del que tenemos temor.

Este movimiento desafiante nos hace olvidar con facilidad que se trata de un movimiento divino, divino en un sentido amplio y último, que permanece en su mayor parte oculto para nosotros.

Existe el peligro y la tentación de retirarnos o apartarnos de él y de orientarnos más a lo cercano y confiable, sobre todo a las personas cercanas e íntimas.

¿Con qué resultados? Con el resultado de que esa ayuda nos hace pequeños y nos esclaviza. Nos hace perder la orientación fundamental y sus consecuencias, tanto a nosotros como a los demás, porque esperamos que esas personas se interpongan entre esa fuerza y nosotros, nos protejan de ella y la vuelvan inofensiva.

¿Cómo permanecemos junto a esa fuerza que lo mueve todo y a todos sin perder la relación con lo cercano? ¿Cómo mantenemos la relación con lo cercano sin perderla con esa fuerza que todo y a todos mueve? Viendo siempre en lo cercano el obrar de lo último.

Perdemos el contacto con esa fuerza cuando miramos solamente lo bueno y prometedor, o el perjuicio y sufrimiento que recibimos de otras personas. Sobre todo perdemos el acceso a la comprensión y a la ayuda que nos da esa fuerza cuando no la miramos por encima de lo cercano y no le damos la devoción que le corresponde.

La devoción hacia eso último, inmenso y lejano, incluye la devoción a lo cercano, lo hace más amplio y lo complementa, pues lo cercano también es movido por esa fuerza y es parte de ella. Quien lo quiera excluir, excluirá de su conciencia y de su amor lo lejano y lo último. La devoción hacia lo último está orientada al todo y a las partes, tan lejos o tan cerca como nos parezca.

¿Qué es lo más importante en esta devoción? Ver también en todo lo cercano el obrar de lo lejano y último, y todo lo demás que está a su servicio.

Por un lado, ir con este movimiento nos hace solitarios. Cuando

permanecemos con esta fuerza y con su voluntad, estamos solos. Por otro lado, nos hace independientes y nos libera.

Finalmente, ¿en quién podemos confiar? En esa fuerza, en ella solamente. ¿Cómo? Sin temores, sin intenciones ni miedos. Entregados plenamente, movidos y sostenidos por ella.

¿Nos separa esto de los demás seres humanos? ¿Nos separa de nuestros amigos, de nuestra pareja, de nuestros padres? En cierto modo sí, pero al mismo tiempo también los hace capaces y libres para el servicio al que están llamados.

Así, pues, ¿estamos aún separados de ellos? Todo lo contrario. Todos, tal como son, permanecen más amplia, profunda y fuertemente unidos a todos los otros porque se entregan a esa fuerza y están en devoción ante ella. Todos están en el servicio de la misma manera y permanecen cercanos los unos a los otros de una manera muy especial.

LA DISCIPLINA

En cuanto nos entregamos conscientemente al Espíritu, nos toma en la disciplina, en una disciplina del Espíritu.

La disciplina del Espíritu es una disciplina dura que comienza con la disciplina de los pensamientos. Nuestros pensamientos no son libres en absoluto, como algunos nos quieren hacer creer. Traen consecuencias.

¿Cuándo tienen consecuencias de repercusión importante? Cuando se desvían del amor, cuando le niegan a alguien que también todo lo que hace y cómo lo hace es querido y movido por ese Espíritu. Tal como es movido se mueve ante nosotros.

¿A quién miramos entonces? ¿A quién debemos mirar? ¿Miramos a los otros o miramos a ese Espíritu y su movimiento por encima de ellos, su dedicación que es igual para todos? Si miramos al Espíritu y su movimiento miramos también las consecuencias del comportamiento de los otros para con nosotros y asentimos a ellos tal como son. De ese modo el asentimiento hacia los otros nos toma, hagan lo que hagan, en una disciplina de los pensamientos y del amor.

¿Y cuándo más nos toma en la disciplina? Cuando nos desviamos de ese asentimiento, cuando no reconocemos que los otros son también guiados por ese movimiento y tomados en la disciplina tanto como nosotros, cuando nuestros pensamientos se orientan incluso en contra de los otros y les deseamos algo malo, por ejemplo que se haga justicia y se les aplique expiación y castigo. También aquí el Espíritu nos toma en disciplina. ¿Cómo?

En primer lugar, tenemos confusión y ya no vemos claro.

En segundo lugar, nos ponemos intranquilos porque estamos confundidos.

En tercer lugar, nos sentimos incómodos en el alma y en el cuerpo, pues ni una ni otro se sienten en consonancia. Incluso podemos enfermarnos o tener un accidente. Hasta podría terminarse una relación y ocasionar conflictos. La disciplina del Espíritu la experimentamos, pues, en muchos niveles y de muchas maneras.

Hay que preguntarse, ¿cómo manejamos esta disciplina? ¿Cómo respondemos a ella? ¿La percibimos como una disciplina del Espíritu o nos enredamos aún más porque no la reconocemos como un movimiento del Espíritu? ¿Cómo se inicia entonces el retorno a la sintonía con ese movimiento? ¿Cuándo alcanza la disciplina del Espíritu esa meta querida con amor? Cuando retornamos a los pensamientos del Espíritu, cuando volvemos a pensar como él, cuando volvemos a pensar con benevolencia, con benevolencia para todos.

Después de la disciplina y con esta respuesta a ella, cambiamos. Somos más puros, estamos sueltos y más claros en nuestro amor.

LA HONRA

Recibimos un honor y somos honrados por una acción especial. También se honra a personas que tienen un cargo especial y asumen responsabilidades por muchos otros. Se honra también a quienes dentro de un grupo, por sus méritos, se han ganado un lugar honorable. También nosotros somos honrados algunas veces de ese modo.

¿Cómo manejamos una honra así sin perder la conexión con las fuerzas que nos sostienen? Y, ¿cómo honramos a otros de modo que ni ellos ni nosotros nos pongamos por encima de esas fuerzas?

Nos mantenemos conscientes con todo. En todo lo que logramos y en lo que hacemos cuando estamos al servicio de los otros, somos movidos por otras fuerzas, también incluso en lo que nos lleva a tocar nuestros límites o nos hace fracasar.

Sea lo que sea lo que logremos, permanece transitorio. Pasa. Como nosotros y nuestra vida pasan. Sabiendo que lo que hacemos y nuestros logros son transitorios, permanecemos abajo. Permanecemos en el mismo nivel, igual que los otros.

¿Cómo podemos y debemos honrar a los otros? Mirando por encima de ellos hacia esa fuerza que les guía, así honramos a los otros y, en ellos, a la fuerza que los guía. Así los protegemos de nuestras exigencias, de

nuestras críticas y de nuestra arrogancia. Honrándolos los respetamos como personas iguales a nosotros.

Lo mismo vale cuando otros nos honran. Permanecemos en contacto con estas fuerzas y a su servicio, sólo a su servicio. Así nos protegemos de exigencias que están por encima de lo que le damos a los otros y de lo que debemos prevenirlos cuando estamos en sintonía con esas fuerzas. Finalmente, les protegemos también de nosotros mismos.

Esta actitud nos permite seguir siendo uno de ellos, un ser humano como ellos y estar abajo. Y seguir manteniéndonos parados y erguidos sin caer.

INDEPENDIENTE

El que piensa de forma independiente también actúa de forma independiente. ¿Qué quiere decir aquí independiente? Piensa independientemente quien piensa en sintonía con los movimientos del Espíritu. Porque cuando piensa independientemente de otros, piensa como este Espíritu. Piensa sin temor. ¿Ante qué debería tener temor, si piensa en sintonía con el Espíritu que todo lo mueve?

Y con el actuar independientemente sucede lo mismo. Actúa concentrado y puntualmente en sintonía con los movimientos del Espíritu, independiente de opiniones, preferencias e interferencias que más bien obstaculizan que promueven.

Quien permanece independiente no permite que otros se entrometan ni en su pensar ni en su actuar. Tampoco se entromete con otros, respeta su independencia y permanece en paz con ellos.

Verdaderamente independientes son sólo el Espíritu y su movimiento. Como mueve y piensa a cada cual de una manera propia, cada cual permanece independiente. Simplemente porque los piensa y mueve independientemente.

Ser independiente es lo contrario de ser egocéntrico. Como el independiente queda en sintonía con los movimientos del Espíritu, queda en sintonía con otros que son independientes y con sus pensamientos y acciones. Eso es realmente amor, amor espiritual.

EN CASA

¿Dónde estamos en casa? ¿Dónde podemos quedarnos? ¿Dónde podemos quedarnos para siempre? Hacia allá nos atrae y hacia allá estamos en el

camino.

A veces nos imaginamos que retornar allí es un camino de regreso, allí de donde venimos. Así lo experimentamos en nuestro sentimiento.

¿Encontramos ese lugar aquí o está ubicado en otra parte? Porque el "estar en casa" ya no existe, ha cambiado.

Entonces nuestro camino debe tomar otra dirección, ir hacia allá, donde para siempre estaremos en casa. Esa dirección no es ninguna dirección terrenal o humana, sino una espiritual.

Cuando lleguemos allá, ¿será ese lugar extraño para nosotros? Si nos fuera extraño no estaríamos realmente en casa. El anhelo hacia ese "estar en casa" presupone que hemos conocido ese lugar. ¿O más bien podría decirse que sí, que conocemos el sentimiento de estar en casa, que lo conocemos hasta lo más profundo de nuestro ser?

Lo más profundo de nuestro ser no tiene principio. Ya estaba antes de haber entrado nosotros en esta vida. Y permanece más allá de este tiempo, allí, exactamente tal como estaba antes.

Allí donde existe "lo más profundo de nuestro ser" es donde estamos permanentemente "en casa". Estamos unidos a algo que ha pensado y concebido eso que es "lo más profundo de nuestro ser", que lo ha pensado eternamente, que lo ha pensado para permanecer. Como "lo más profundo de nuestro ser" ya fue pensado siempre, permanece en la esencia. Por eso no retornamos a él como si nos fuera lejano. Sólo necesitamos pensarlo tal como es pensado, como ha sido ya pensado antes. Pensado ahora. Pensado siempre.

Y... ya estamos "en casa". Permanentemente "en casa". Estemos donde estemos y vayamos donde vayamos, estamos enteramente "en casa".

YA PASÓ

Cuando algo pasó, ya pasó. Para nosotros, ¿también pasó o sigue aún pegado a nosotros y nosotros a eso, hasta que sea posible el "ya pasó" para todos?

¿Cuándo podemos decir realmente que algo "ya pasó"? Cuando haya logrado alcanzar la meta que le corresponde, cuando haya llegado donde pueda permanecer, ya que por sí mismo no puede ser "ya pasó". Sólo puede "pasar" para nosotros, de tal modo que no quede pegado a nada.

¿Dónde y cómo alcanza algo su meta? Al confluir con el movimiento que todo lo mueve, de tal manera que nada puede moverse fuera de él. Lo que pertenece al pasado (lo que pasó) tan sólo está relacionado en esa medida con lo otro, puesto que todo se halla movido por esa fuerza de la

misma manera.

¿Cómo podemos nosotros dejar que algo "pase"? ¿Cómo pueden lo otro y los otros considerar que nosotros "ya pasamos"? Estando con el Espíritu, mirando al Espíritu que todo lo mueve. También reconocemos el movimiento del Espíritu en lo que "no quiere pasar" para nosotros y en lo que nosotros "no debemos pasar".

Atraídos por esa mirada hasta que seamos tomados por ella, miramos por encima de todo lo cercano, por encima de lo que aún está pegado a nosotros y por encima de aquello a lo que nosotros aún estamos pegados, hasta que lo último nos calme. Ante esto último estamos recogidos en lo más profundo de nuestro ser, inmóviles y allí, para siempre allí.

Si nos mantenemos en esta actitud y en esta contemplación, en ellas tomamos a lo otro. Eso otro es lo que aún quiere quedar pegado a nosotros porque espera que le demos lo que nunca podremos darle jamás. Pero no porque queremos o porque podemos. Sino porque permanecemos en esta actitud. Y entonces también para lo otro puede ser "ya pasó", luego de haber estado un rato en el camino. ¿Cuándo y cómo? Cuando también haya llegado.

EL ASENTIMIENTO

Asentir a algo o a alguien significa estar en sintonía con él, de ahí que nuestro asentimiento sea ante todo una experiencia personal. Asentimos a una persona, a un suceso o a cualquier otra cosa desde nuestra propia y personal vivencia. A ello asentimos, independientemente de si nos agrada, de si nos da algo o nos lo quita, sea cual sea su exigencia o lo que nos aporte. Eso a lo que asiento está entonces ya en mí, está dentro de mí. Ya ha sido parte de mí antes de que yo lo admitiera y aceptara con mi actuar. Eso significa asentimiento.

El asentimiento exterior es consecuencia de un reconocimiento y de un amor que previamente ya he experimentado dentro de mí. Sigue una frecuencia en la que el otro y lo otro vibran conmigo de tal manera que yo recibo algo de él y él de mí. Gracias a este asentimiento tanto yo como el otro nos enriquecemos y nos hacemos más plenos. Crecemos recíprocamente.

Asentimiento quiere decir, lógicamente, que asiento al otro tal como es, sin restricciones ni juicios. Con ello transgredo un límite impuesto por mi conciencia y por grupos para mí importantes que me prohíben dar en mi alma un lugar a esos otros. Este asentimiento me separa de quienes exigen que me distancie de ellos, que los juzgue, los rechace y los combata.

Si los obedeciera perdería al instante a los unos y a los otros.

Aún queda una reflexión. Si asiento al otro tal como es, estoy en sintonía tanto con él como con una parte de mí. Lo que al principio me resultaba de él extraño y amenazante, se rebela con mi asentimiento como una parte mía que me faltaba. Lo mismo ocurre con el otro: también encuentra gracias a esta vibración conmigo una parte suya que le faltaba. Él encuentra en mí y yo en él más de sí mismo.

Basta con que yo entre en sintonía con el otro, desde mí, sin necesidad de que lo sepa. La vibración de mi asentimiento le alcanza de todos modos, exactamente igual que también yo recibiría sus vibraciones sin saber de ello. El asentimiento cambia algo en los dos y también a él le permite traspasar un límite en su percepción y en su obrar.

Mi asentimiento vale también para quienes, bajo la influencia de sus conciencias y temores, quieren impedir que asienta a esos otros que les resultan extraños y amenazantes, incluso si me intimidan con no poder pertenecer ya a ellos.

Si asiento a ellos como son, exactamente tal como son, también éstos estarán en vibración conmigo, también serán una parte de mí y yo de ellos. También en ellos encuentro una parte mía que me falta y ellos encuentran en mí lo que les falta.

¿Cómo produce nuestro asentimiento un efecto así? ¿De dónde toma esa fuerza transformadora? De la sintonía con el Espíritu creador, que todo lo que se mueve lo piensa así como se mueve y que moviendo permanece dedicado a todos por igual.

En sintonía con ese movimiento del Espíritu aprendemos a asentir paso a paso y a más personas cada vez, hasta que nuestro asentimiento alcance a todos incluyéndonos a nosotros mismos. Sólo en este asentimiento abarcador nos experimentamos plenamente enteros.

3. EL AMOR

Nota previa

El amor es lo que más nos purifica. Pero, ¿qué amor? El amor del Espíritu. Nos purifica de lo que rechazamos y de aquello con lo que estamos disgustados. Cuando entramos en consonancia con el movimiento del Espíritu, nos movemos asintiendo a todo en la misma medida. De esa manera nos purificamos de nuestros prejuicios y de cualquier juicio de valor o diferenciación que nos lleva a asentir a unos más que a otros, que nos lleva a amar más una cosa que otra. ¿Hacia dónde nos lleva ese amor? Hacia la benevolencia con todos tal como son. Hacia pensamientos benévolos y actos benevolentes. Nos lleva al asentimiento hacia ellos, tal como son.

¿Puede haber algo más puro que esa benevolencia? ¿Hay algo que nos una al movimiento de ese espíritu que pueda ser más puro? ¿Hay algo que nos pueda acercar más a él que ese amor?

Logramos esa purificación paso a paso. Las reflexiones en este capítulo nos llevan a ese camino.

YO SOY COMO TÚ

¿Por qué eres diferente? Porque tienes padres diferentes a los míos, porque vienes de otra familia, porque quizás tengas otras creencias y esperes algo diferente y porque tu familia y tú tenéis un pasado y un futuro diferente. Quizás también estéis expuestos a otras amenazas de las que debáis defenderos y protegeros.

De la misma forma que tú eres diferente para mí, yo también soy diferente para ti. Y aún así nos parecemos. Porque percibo algo similar en mí, puedo empatizar con lo que ocurre en ti. Camino con tu movimiento. Te entiendo, aún sin ser como tú. Me entiendes aún sin ser yo. Siento que soy como tú, y tú sientes que eres como yo.

En la medida en que permanezco en mi espacio de vida y tú en el tuyo, nos es fácil esa comprensión mutua. No hace falta que nos encontremos, ni vivir ni actuar juntos. Pero cuando entro a tu espacio de vida, incluso cuando soy invitado, abandono el mío por un tiempo. Entonces tu espacio se convierte también en el mío. ¿Cómo debo comportarme para que percibas que te respeto a ti y que respeto tu espacio de vida, para que percibas que sé que "Yo también soy como tú"?

Siento como tú. Pienso como tú. Venero lo que tú veneras. Tomo lo que tú me ofreces. Me enriquezco a través de lo que es importante y valioso para ti. ¿Pierdo así algo de mí? Al contrario. Soy más de lo que era.

LA HUMILDAD

La humildad viene después de una revelación. Es el saber. La sabiduría que viene del sinfín de vínculos que tenemos. Es un saber, un conocimiento que llega a nosotros a través de una cantidad infinita de sucesos y acontecimientos que determinan nuestra vida, nuestro bienestar y nuestra felicidad. ¿Por encima de cuál de estos vínculos y sucesos podríamos elevarnos sin sufrir inmediatamente daños y tocar nuestros límites? Por eso nos sometemos a ellos y permanecemos con ellos en sintonía. ¿Cómo? Humildemente.

Ser humildes significa para nosotros estar en sintonía, tanto con lo inmediatamente cercano como con lo último. Esto lo vivenciamos en lo próximo, quizá en su obrar y en su movimiento, pero su conocimiento y voluntad todavía permanecen ocultos para nosotros.

¿Cómo vivenciamos esa sintonía? ¿Es pensada o es sentida? La sintonía es una onda. Como onda se puede sentir, se siente. ¿Qué clase de

onda es? Es una onda de asentimiento y de amor. Este asentimiento acompaña al movimiento del Espíritu. Es un movimiento del Espíritu. Por ello se encuentra, sobre todo, en el Espíritu.

Este asentimiento está en movimiento. Mediante nuestro movimiento interior podemos comprobar si realmente asentimos y en qué medida lo hacemos. Alcanzará al otro sólo si es un movimiento interior sentido y lo hará vibrar en su propio movimiento, el movimiento que a él le mueve.

En esta onda de asentimiento, permanezco con todos al mismo nivel. Eso es ser humilde. Ser humilde significa que sigo unido también con aquellos hacia los que tengo otros sentimientos diferentes al asentimiento. Entrar con ellos en una misma onda de benevolencia significa vibrar con ellos tal y como son. Y aceptar sus propias vibraciones tal y como me llegan a mí, es decir dentro del asentimiento hacia mí. En esta onda soy igual a ellos y ellos son iguales a mí. ¿Cómo? Humildemente.

Ser humilde significa entonces saber que soy igual que el otro. No estoy por encima ni por debajo. Por eso soy humilde pero soy digno. Digno, junto a otros dignos. Y porque soy humilde en este sentido no le otorgo a los demás ningún poder sobre mi movimiento, ni tampoco ejerzo sobre otros ningún poder que los pudiera volver serviles conmigo. Y porque en esa humildad me hago igual a todos, ellos se hallan libres de mí y yo me hallo libre de ellos.

SANACIÓN Y SALUD

¡Salud! es un deseo de bendición. Y puede decirse que es también una oración. Pues, ¿de dónde vendría esa salud si no de un poder que actúa desde afuera y puede dar bendiciones?

Cuando esperamos salud y sanación y cuando pedimos por ella, en general no sólo lo hacemos pensando en nosotros como individuos, también la pedimos pensando en nuestra familia o en nuestro grupo, cuando los nuestros fueron amenazados o pasaron grandes peligros. También para ellos el hecho de estar sanos y a salvo procede de un poder espiritual. Y actúa espiritualmente sobre lo que necesita salvación y sanación.

Las heridas se sanan de esta manera. También las enfermedades e incluso situaciones que ya se habían dado por perdidas. Las injusticias se logran remediar de esta manera. Las relaciones se salvan gracias a ella.

Allí donde vivenciamos una sanación, independiente del ámbito y del nivel en el que se realice, se restablece y recupera una situación anterior y algo que estuvo separado se vuelve a juntar, se vuelve a unir. Cuando

ocurre una sanación así la percibimos como una ofrenda. Ocurre cuando fuerzas más poderosas intervienen desde afuera. Son fuerzas espirituales que actúan más allá de todo lo que podemos controlar. Esas fuerzas nos traen salud y sanación.

Sanación es, para nosotros, fundamentalmente lo que experimentamos como sanación y salvación del cuerpo. Pero también hay sanación para heridas espirituales y para enfermedades del alma. También en este nivel algo se recupera y se restablece con la sanación y la salvación. Algo que se había separado de nosotros, o que nos había sido arrebatado, o que se deshizo se recupera y se vuelve a juntar. También aquí la sanación se experimenta como el efecto de un poder espiritual y de algo que nos es regalado.

En un contexto religioso hablamos de la salvación del alma. Aquí opera la idea de que el alma fue separada de Dios, por ejemplo a través del pecado, y que gracias al consuelo y la intervención de la religión se vuelve a unir otra vez a Él.

La sanación y la salvación la recibimos a través de personas, a través de seres humanos, en muchos y diferentes niveles. Y estamos agradecidos por la ayuda y la experiencia que ellas nos brindan. Pero, ¿estamos también agradecidos a ese poder espiritual que actúa a través de ellas? ¡Qué diferente podríamos experimentar la sanación y la salvación si desde un principio supiéramos que estamos unidos a ese poder, tanto si se da en nosotros como en los demás! Cuando en una enfermedad o emergencia nos hallamos totalmente a merced de los otros y expuestos a ellos, incluso en esas situaciones permanecemos en unión con esa fuerza, a través de esos otros que nos ayudan.

¿Qué sucede con la sanación y la salud del Espíritu? ¿También él necesita sanación? Porque, en realidad, los grandes males se suelen dar por los desatinos y errores del espíritu. Porque, ¿de dónde viene eso de que nuestro espíritu persiga ilusiones y objetivos que van dirigidos contra otros y contra su salud y por ende contra nosotros mismos? ¿Cómo sanamos nuestro espíritu? En primer lugar, cuando nos vaciamos interiormente de ilusiones e imágenes que, ya incluso a primera vista, resultan ser ilusorias y contrarias a la razón.

En segundo lugar, cuando comparamos nuestras ilusiones e imágenes con la realidad que podemos experimentar, tanto si se trata al principio de un movimiento que surge de nuestra voluntad como de su desenlace previsible.

En tercer lugar, buscando entrar en contacto con el movimiento del espíritu creador que asiente a todo en la misma medida.

En cuarto lugar, a través de “la noche oscura del alma”. Esto significa

que dejamos atrás nuestras ilusiones, opiniones y propósitos. También dejamos atrás el saber y el conocimiento que teníamos hasta ese momento, y avanzamos paso a paso hacia adelante, hasta que una revelación aparezca ante nosotros, como un relámpago que resplandece y alumbra pero inmediatamente vuelve la oscuridad. A partir de ahí sabemos cuáles son los siguientes pasos, pero solamente los siguientes. En ese momento nos sentimos guiados espiritualmente de una manera especial, siempre en consonancia con el movimiento del espíritu que todo lo quiere tal como es. Este movimiento es amor.

Guiado por ese Espíritu nuestro espíritu sana y se purifica. Guiado por él, nuestro espíritu es sanador para muchos, en su pensar, en su actuar.

RECHAZADO

¿Cuándo nos sentimos rechazados y cuándo somos rechazados? Cuando esperamos algo de alguien que él o ella no puede o no quiere darnos.

La pregunta es: ¿Podemos esperar de estas personas lo que nosotros deseamos? ¿Tenemos derecho a ello, o más bien nos arrogamos algo que no nos corresponde? ¿Queremos que estén a nuestra disposición a pesar de que no deben estarlo?

Y, ¿por qué rechazamos a otros? Por la misma razón. Estamos decepcionados porque no están a nuestra disposición.

¿Cómo eludimos el rechazo, el propio y el de los otros? Cuando tanto ellos como nosotros permanecemos en nuestro propio destino, y cuando cada uno puede caminar su propio camino, en sintonía con el movimiento del Espíritu.

A veces estos movimientos nos ponen de una manera tal al lado de otros que, guiados por el Espíritu, nos movemos hacia algo que conjuntamente ponemos en movimiento y a lo cual juntos servimos.

Quien sigue los movimientos del Espíritu no puede rechazar ni ser rechazado. Tampoco se interpone en el camino de nadie. Ama y es amado, pero a distancia, como lo permitan y quieran los movimientos del Espíritu.

LLORO

Lloro cuando he sufrido una gran pérdida. Lloro frente a la tumba de un ser querido. Otros también lloran conmigo, porque están conmigo en mi dolor. Y generalmente lloramos por sentir la pérdida de un muerto, sobre

todo cuando la muerte llegó súbitamente, por ejemplo en un accidente. Llorando nos unimos al muerto y participamos de su destino. Nuestro llanto se convierte también en una despedida de él, una despedida dolorosa, sobre todo cuando era alguien cercano a nosotros.

Ese llanto cambia algo en nosotros. Nos damos cuenta de lo amenazados que podemos estar, y sobre todo de lo perecederos que somos. Este llanto nos une a otros de una manera profundamente humana. Nos hace más humanos.

Hay algo más en lo que tenemos que pensar cuando lloramos. Tenemos que preguntarnos, ¿le llega nuestro llanto a la persona por quien lloramos? ¿Le llega nuestro amor, ese amor que se manifiesta en nuestro llanto? ¿Necesita nuestro llanto?

Creo que sí. Pero tan sólo cuando nuestro llanto es como un adiós. Cuando con nuestro llanto lo dejamos partir a ese otro allá donde lo lleva su destino. A través de ese llanto nos unimos también con los grandes poderes que velan su destino y el nuestro. Ante estos poderes, juntos con aquellos a los que lloramos, nos hacemos uno.

Hay que diferenciar este llanto del que vertemos por nosotros mismos. Este más bien nos separa antes que unirnos.

También hay lágrimas de alegría. Lloramos de alegría en un reencuentro largamente anhelado, o ante la sorpresa del reencuentro que ya no creíamos posible. También entonces lloramos con amor.

AGRADECER

¿Qué ocurre dentro de nosotros cuando agradecemos algo a alguien? ¿Qué ocurre en él? Agradeciendo reconocemos que el otro nos ha hecho un bien, sobre todo cuando nos ha dado algo que necesitamos para vivir, algo que lleva nuestra vida hacia delante. Y también cuando añade algo a nuestra vida, algo que la embellece y la hace más fácil, especialmente cuando por encima de lo necesario añade algo espiritual que nos une conjuntamente a algo más grande.

Con la gratitud, reconocemos al otro por lo que nos da, y también por lo que eso significa para nosotros.

Nuestro agradecimiento adquiere particular belleza y profundidad cuando al agradecer miramos más allá del otro. Cuando vemos detrás de él y con él a sus padres. Cuando junto con él reconocemos también a sus padres y cuando en el agradecimiento hacia él también incluimos a sus padres.

Pero más allá de él miramos sobre todo a aquella fuerza que tanto a

nosotros como a él y a todo lo que hacemos nos pone y mantiene en movimiento. Entonces nuestro agradecimiento nos une no sólo a él, sino también a algo más grande que nos enriquece todavía más.

A veces nuestro agradecimiento le quita algo al otro. Por ejemplo cuando le agradecemos algo excesivamente. En ese momento nos interponemos entre él y las fuerzas que nos sostienen. Este agradecimiento más bien separa que une. Nos hace menos humanos.

El agradecimiento más hermoso es la alegría por el otro y por lo que mutuamente nos regalamos. Este agradecimiento se manifiesta en el resplandor de nuestras caras cuando tomamos y damos. Ese resplandor une de una manera especial, puesto que en él reconocemos al mismo tiempo lo nuestro.

PERSONALMENTE

Los movimientos del Espíritu nos llegan como si fueran especialmente para nosotros, para nuestra persona. Los experimentamos como si alguien se ocupara de nosotros personalmente, como si nuestra vida y nuestras acciones fueran para él algo único y especial. Esta es una experiencia muy profunda.

A veces estamos tentados de considerar una experiencia semejante como una distinción, como si fuéramos queridos y guiados de forma particular por ese Espíritu. Pero como se trata de un movimiento del Espíritu, también está dedicado a todos los demás. Este Espíritu los mueve de tal manera que también ellos vivencian que son queridos y guiados de forma personal.

¿Qué significa esto para nosotros? ¿Qué exige de nosotros? Que también nosotros, igual que ese Espíritu, asintamos a todos, personalmente.

¿Qué ocurre entonces con nosotros? Que entramos en sintonía con los movimientos del Espíritu de tal forma que con ellos nos elevamos por encima de nosotros mismos, a pesar de percibirlos personalmente. ¿Nos percibimos entonces menos nosotros mismos o más nosotros mismos, es decir más personalmente o menos personalmente? Nos percibimos personalmente, pero con más amplitud, como si abarcáramos más. Igual que ese Espíritu, asentimos a nosotros mismos y a todos los otros en la misma forma, personalmente.

EL SERVICIO

¿A quién sirvo? ¿Quién me sirve a mí? Si sirvo a alguien o a algo, ¿quién les sirve a ellos través de mí? Cuando alguien me sirve a mí, sea donde sea, ¿quién me sirve a través de él?

Servir a alguien significa en este caso promover en él lo que le hace bien y lo que sirve a la realización de su destino y vocación. Este servir puede ser voluntario y consciente, entonces es un servir con amor. Pero también puede ser forzado por las circunstancias e incluso puede originarse en un querer perjudicar al otro. Puede proceder, por lo tanto, de la buena o de la mala fe.

Se nos revela, pues, finalmente, que servir es algo que también puede ser lo contrario de lo que deseamos. Que hay algo que se sirve de nosotros para que sirvamos a otra causa más grande y más amplia en el tiempo y en las metas. Así, hagamos lo que hagamos, ganemos o perdamos, somos tomados por un movimiento procedente de afuera que nos utiliza y nos pone al servicio para lograr dichas metas.

Esto, por supuesto, también se aplica a los otros que entran en relación con nosotros, sin importar lo que quieran promover o impedir. También ellos están al servicio de este movimiento y, a través de él, a nuestro servicio.

¿Qué servicio es este? Nos lleva a la sintonía con ese movimiento, incluso a donde, si lo miramos superficialmente, pareciera dirigirse contra nosotros y contra otros. Nos obliga a servirle de una forma tal que rebasa ampliamente nuestros intereses personales y los de los demás.

De la misma manera los demás nos sirven a nosotros, también donde aparentemente nos perjudican. En ellos actúa igualmente ese otro movimiento y ese Espíritu que todo lo mueve.

¿Es este servicio un servicio de amor? Desde el movimiento del Espíritu, sí. Desde nosotros también puede ser un servicio de amor siempre y cuando, hagamos lo que hagamos, estemos entregados a los movimientos de ese Espíritu, también donde nos sintamos culpables, o injustos y severos. Permanecemos sin juzgar, sin hacer valoraciones, sin pesar, recogidos en todo. Siempre al servicio.

NINGÚN MOVIMIENTO EN FALSO

Un movimiento en falso sólo puede darse en nosotros, nunca en ese Espíritu que lo mueve todo tal como se mueve.

¿Es un falso movimiento nuestro? ¿También un falso movimiento del Espíritu? Por supuesto que también es un movimiento del Espíritu, pero con consecuencias para nosotros.

Considerando los efectos que tiene para nosotros, la consecuencia esencial de un movimiento en falso es que nos confunde. Eso quiere decir que a causa de ello perdemos la sintonía con los movimientos del Espíritu. Sin embargo, debido a esas consecuencias, nuestro movimiento en falso nos lleva a la reflexión. Así podemos palpar qué consecuencias tiene que nos desviemos de los movimientos del Espíritu. Gracias a esos falsos movimientos, retornamos a los movimientos del Espíritu, que nos conduce de tal manera que en el futuro estaremos más unidos a él. Estas consecuencias nos permiten sobre todo tomar precauciones para evitar falsos movimientos en el futuro.

¿Qué son para nosotros movimientos en falso? Son movimientos que se desvían del amor del Espíritu. ¿Cómo? Cuando pierden la visión sobre el alcance de dichos movimientos, olvidando que ese Espíritu también asiente a aquellos contra los que quisimos movernos, sin importar los motivos. Cuando nuestros movimientos desconocen que los movimientos del Espíritu en el otro son siempre favorables, aunque nos haya herido o haya intentado ejercer poder sobre nosotros, sin que el Espíritu se lo concediera. Cuando los movimientos del Espíritu en el otro también hacen algo bueno para nosotros si dejamos que ocurran. Porque en ese momento el Espíritu también nos mueve a nosotros. De esta forma nos sirve a todos, a pesar de que al principio no reconozcamos lo sanadores que son esos movimientos.

Así, pues, de los movimientos en falso regresamos al amor: al amor del Espíritu para todos, para nosotros y los otros por igual. Entonces nos movemos de nuevo correctamente.

EL AMOR

Amor significa estar en sintonía, estar en consonancia. El amor es por lo tanto una vibración. Es un "vibrar con", es un vibrar con el ser, con la existencia. El amor entre seres humanos es un "vibrar con" el ser del otro, con el existir del otro, tal como es. Tal como es querido y determinado para él.

Mi "vibrar con" otro tal como es, lo hace vibrar también a él. Para mi amor no es importante si vibra conmigo de la misma forma, porque quizás pertenece a su existir que vibre más con otros que conmigo.

Mi vibrar con otros seres humanos, tal como son, a la larga no puede quedar sin efecto. Su vibrar también llega a mí después de un tiempo, sin que ellos o yo nos movamos. De pronto, experimento muy hondo dentro de mí que existir significa "vibrar con", y que una existencia plena significa vibrar con todo tal como es, no sólo con los demás seres humanos, sino

también con todo lo demás, tal como es.

En ese estar y ser con todo, en ese vibrar con todo tal como es, en ese "vibrar con" amor me encuentro desde lo más profundo en consonancia con los movimientos de aquel Espíritu que todo lo hace vibrar tal como es. Soy capturado por su vibración, vibro con él y con él estoy en el amor.

Mi amor, mi "vibrar con" todo tal como es, es más que sólo mi amor. Ese amor es un regalo de amor, un amor regalado. Me es regalado por ese Espíritu que todo lo piensa y todo lo ama, tal como es. Ese amor es un regalo que el Espíritu también regala a todos a través de mí, tal como es. Ese amor nunca acaba.

NECESITADO

Todo lo que es, se necesita. Es decir, que nada ni nadie existe sólo para sí mismo.

Así como nosotros necesitamos muchas cosas, también ellas necesitan de nosotros. Y como con muchos otros nos necesitamos mutuamente, estamos unidos a ellos.

Algunos niegan que necesiten lo otro y a los otros. Los tratan a ambos sin respeto ni consideración, como si no necesitaran ni de lo uno ni de los otros. Pero muy pronto se evidencia que, por su falta de respeto, fácilmente pierden lo que más tarde necesitarán. Cuando lo necesitan, ya no lo tienen.

Ese necesitarse mutuamente lo sentimos a flor de piel en nuestras relaciones. Porque las relaciones nacen justo donde precisamos el uno del otro. Cuanto más nos necesitamos, tanto mas íntima es la relación.

Por encima de esto, existe una relación completamente diferente en la que nosotros necesitamos de algo pero no somos necesitados. A pesar de ello, entramos en relación con eso. Es una relación de amor, de un amor especial. Este amor se da desde una de las partes solamente y por ello es unilateral. En este amor recibimos lo que necesitamos pero no podemos dar, no necesitamos dar nada. Este amor se brinda, se ofrenda a sí mismo, sin que la otra parte necesite responder. Siempre está ahí. Y aun siendo unilateral también es recíproco, ya que no nos queda sino responderle con amor. Sólo con amor.

¿Qué he intentado describir aquí? El amor del Espíritu. El amor del Espíritu tal como lo vivimos cuando dejamos que nos mueva.

He descrito nuestro amor espiritual cuando entramos en consonancia con los movimientos del Espíritu y aprendemos a amar como él.

Este amor no quiere nada a cambio. Es un amor incondicional, asiente a todo tal como es, asiente a cada ser humano tal como es, a todos

los seres humanos tal como son. Asiente a todo el mundo tal como está y es para nosotros.

¿Necesitamos nosotros este amor? ¿Nos necesita él a nosotros? ¿Necesitan otros este amor? ¿Este amor los necesita?

Nuestra alma y nuestro espíritu necesitan de este amor. ¿Para qué? Sólo existimos en él, sólo somos plenamente con amor.

4. EL SABER

Nota previa

En la mística occidental se habla de “el camino de purificación” y de “el camino de la iluminación”. En este contexto, iluminación significa revelación de cómo estar más ampliamente en consonancia con los movimientos del Espíritu omnisciente. Se trata de “hacerse uno” con su conocimiento y con su guía interior. Saber significa, en primer lugar, identificar cuáles son los pasos a dar en este camino.

ASOMBRARSE

Cuando comienzo a asombrarme, me expando, me siento unido a algo grande. Siento que soy uno con eso y al mismo tiempo me siento pequeño ante eso, pequeño sólo porque me asombro y sólo durante el tiempo que dure mi asombro.

Me detengo en el asombro y permanezco en él porque en el asombro mantengo la distancia. En el asombro sencillamente estoy ante algo maravilloso.

¿Cuánto tiempo podemos soportar ese asombro? A menudo nos abruma tanto que queremos tomar posesión de él. Queremos controlarlo, ya sea mentalmente, o desde nuestros sentimientos, o bien atrapándolo para ir a su encuentro.

Cuando me encuentro parado frente a una montaña alta y me expongo a ella, llego a vibrar con ella y ella vibra conmigo. A veces me cuesta soportar su vibración, la percibo como algo demasiado poderoso en mi mente y en mi cuerpo. Entonces me lleva más allá de mi asombro por encima de ella hacia algo más grande, cuyas ondas me han alcanzado a través de ella. Eso más grande se me ha revelado a través de ella.

Si me quiero mover, por ejemplo para subir la montaña e incluso escalarla —qué terrible suena esa palabra si le prestamos mayor atención— me advierte para que no me acerque tanto. Si desprecio su advertencia, pierdo el asombro ante ella y ante lo más grande que a través de ella me ha tocado.

Percibo lo mismo cuando contemplo una flor que me cautiva por su belleza y su perfume. Asombrado me detengo ante ella. Ante ella, simplemente estoy. Pero no sólo ante ella. A través de ella llego a sintonizar con esa fuerza que se revela en ella, que en ella asiente a mí. Cuando sigo mi camino, colmado de mi asombro, la flor me acompaña y con ella también esa fuerza maravillosa.

¿Qué ocurre sin embargo cuando la arranco? ¿Aún me sigo asombrando? Quizás sí, porque eso es una cara de algo más.

La otra cara es que tal vez una montaña me esté invitando a acercarme más a ella. Si acepto su invitación, subo por ella, recogido y en asombro. Permanezco todo el tiempo unido a esa fuerza que todo lo mueve y que me estira con ella y me permite subir.

Lo mismo ocurre con una flor u otra planta. Quizás sean plantas medicinales o nutritivas. Me permiten cogerlas para que yo y otros sigamos vivos.

Quizás la planta esté contenta porque quiero gozar de su belleza también en mi casa. La corto de su tallo suavemente, asombrado. En casa

le doy un lugar especial donde esté bien y le proporciono el agua y los nutrientes que necesita para seguir viviendo.

Cuando abrimos nuestros ojos y nuestros demás sentidos a la belleza de la creación que nos rodea, el asombro no tiene fin. Con asombro nos volvemos devotos, respetuosos, cuidadosos, amorosos. Asombrados somos plenamente felices, en contacto con lo cercano y con lo lejano a la vez. Siendo uno con el todo.

LA CONCIENCIA

¿Dónde se halla la conciencia? ¿En nosotros? ¿Dónde, por ejemplo, se halla nuestra conciencia corporal? ¿Tenemos una conciencia corporal o solamente somos conscientes de una pequeña parte de nuestro cuerpo? Y, si fuera así, ¿somos conscientes de ello y así lo aceptamos o, mejor dicho, asentimos a eso?

Aún así, pensando o no en nuestro cuerpo, siendo o no concientes de él, es dirigido por una conciencia que hace converger todas sus acciones y procedimientos hasta el más pequeño detalle, lo cual escapa a nuestra consciencia individual y la supera en todo sentido.

¿Dónde se encuentra esa conciencia? ¿Se puede hallar en nuestro cuerpo o en algún lugar en nosotros? Tal vez en algún lugar del que no hemos sido o somos concientes en absoluto, por ejemplo en el regazo de nuestra madre, que allí nos recogía cuándo éramos pequeñitos. Esté donde esté esa conciencia, fuera o dentro de nosotros, siempre somos partícipes de ella. Pero solamente porque esa conciencia permite que seamos partícipes de ella.

En nosotros, los seres humanos, existe algo especial y es que podemos ser conscientes de esa conciencia. No solamente la tenemos, sino que somos conscientes de ella. De esa forma participamos de ella de una forma especial, pero sólo de una ínfima parte.

Entonces, ¿dónde se halla la conciencia? ¿Hay una conciencia fuera de nosotros y fuera de todo lo que percibimos como existente, y que se mantiene vivo y es existencia gracias a esa conciencia? ¿Existe esa conciencia independientemente de nosotros e independientemente de todo lo que pueda ser experimentado por nosotros? ¿Nos lo podemos imaginar de otra forma? ¿No resulta absurda la idea de que esa conciencia depende de nosotros, de nuestro cerebro y de nuestra razón?

No obstante, nos sentimos unidos a esa conciencia hasta sus últimas consecuencias. Percibimos instintivamente que sin esa conciencia moriríamos, que sin ella no podríamos ya existir.

¿Qué ocurre entonces con nosotros cuando morimos? ¿Qué ocurre con toda otra vida cuando termina de vivir? ¿Que ocurriría con la tierra si dejara de existir alguna vez? ¿Terminaría también la conciencia o más bien todo lo contrario? Todo permanece en esa conciencia porque no hay nada que pueda perecer ni terminar en esa conciencia. En ella no hay nada que pueda perecer porque ya existió gracias a que fue consciente a la conciencia y —debemos y podemos deducir— que sigue estando ahí, porque para esta conciencia sigue siendo consciente. Nos la podemos imaginar eterna, sin principio ni fin, siempre ahí. Por lo tanto, cuando morimos, seguimos estando en esa conciencia. Y, por encima de todo, nuestra conciencia sigue estando en esa conciencia, de forma diferente quizás, más extensa, e igual que esa conciencia, eterna e infinita.

¿Quién posee esa conciencia? ¿Hay alguien que la tenga? ¿O es la conciencia ella misma? Esta conciencia, ¿es la conciencia pura, plena e infinita, es la causa y el origen primigenio de todo existir? Esa conciencia es espiritual, puramente espiritual. Es el pensamiento puro que todo lo piensa y que todo lo produce.

¿Cómo nos comportamos cuando estamos frente a ella? ¿Cómo vamos a su encuentro? ¿Podríamos en alguna ocasión desprendernos de ella? ¿Termina para nosotros cuando morimos o, después de nuestra muerte, en ella y con ella, nos hacemos más ampliamente concientes? ¿Esa conciencia nos integra en su conciencia? ¿Esta conciencia es el verdadero ser, el ser en sí, más allá del que percibimos físicamente?

Porque todo depende de esa conciencia, también todo ser que esté físicamente vivo está conectado a ella. Estamos unidos a ella físicamente ahora y al final, y también después. Y como a través de nuestro espíritu somos conscientes de esa conciencia, sentimos en nosotros el anhelo de extender y ampliar aún más, cada vez más, ser conscientes de ella. ¿Cuánto? Conscientes infinitamente.

CONSOLADO

¿Cuándo nos sentimos reconfortados? En la noche. Ella nos consuela. Lo mucho y lo confuso del día, también lo amenazante, pasan a un segundo plano. Por un tiempo, pasan.

En la noche nos tranquilizamos, reflexionamos mejor y nos cansamos. El sueño nos vence, por encima de todo pone punto y final al día. Cuando dormimos, soñamos y estamos en otro lugar. Quizás donde nos sentimos reconfortados, donde sentimos que hemos vuelto a un espacio de confianza, casi como con la madre, pero más grande, más amplio, más

profundo. Sentimos que hemos vuelto a casa, al origen.

Ahí estamos profundamente reconfortados. Lo intranquilo, lo angustiante, lo exigente se acabó. Allí todo es bueno.

¿Es esta una imagen de ensueño? ¿Contradice acaso nuestra experiencia real?

Ante todo, esta imagen nos ayuda a tranquilizarnos, nos lleva de vuelta a lo esencial, a la fuerza verdadera. Porque hacia allá va nuestro anhelo y nuestro camino. No importa cuáles hayan sido los desvíos: también van hacia allá.

Cuando despertamos, ya sea después de dormir o después de un recogimiento profundo, se ordena lo diverso y lo confuso, porque descansamos en otra parte de nosotros mismos. ¿Cómo? Reconfortados.

ANTES

Para todo lo que existe hay un antes. Antes de cada ahora hubo un antes. Y para cada después hay un antes.

¿Nosotros también tuvimos un antes? Antes de nosotros estaban nuestros padres y nuestros ancestros. Nosotros venimos después de ellos porque ellos estaban antes, igual que nosotros estamos antes de muchos otros que vendrán después. Venimos después de nuestros ancestros tanto en el tiempo como en lo que somos. Porque somos nuestros ancestros: aunque hayan estado antes que nosotros, aún siguen hoy en nosotros.

¿También nuestro yo estaba ya antes? ¿Trae consigo nuestro yo algo que está en nosotros y que es diferente a lo que nos une a nuestros antepasados? ¿Ya estuvimos antes y estamos ahora otra vez? ¿Estamos no sólo en nosotros, sino también en otras personas, de manera que nos reencontramos en ellas y ellas en nosotros? A veces lo vivenciamos así y en ese encuentro con ellas nos reencontramos a nosotros mismos de una forma muy especial.

¿Cómo sucede con nuestra conciencia? ¿También estaba ya antes? Percibimos en nosotros un aumento de la conciencia en el sentido de que, con el tiempo, adquirimos cada vez una mayor conciencia sobre nosotros mismos y las cosas. Por eso, también con relación a nuestra conciencia percibimos un antes y un después.

Pero esto es tan sólo un pensamiento superficial, porque nuestra conciencia personal depende de otra conciencia, es decir que puede ser consciente de sí misma y de otras cosas porque se halla unida a otra conciencia, y tan sólo en la medida en que ésta actúe en ella.

Esta otra conciencia no puede depender en absoluto de nuestra

conciencia, pues ya había actuado independientemente en nuestro cuerpo sin que nos percatásemos de ella ni como conciencia ni como nuestra conciencia. Esta conciencia es y está fuera de nuestra conciencia. Por eso también existía antes que nosotros. No es posible imaginarla surgiendo de nosotros, sólo de nosotros, ni siquiera que haya surgido junto con nosotros.

Sigamos en la consideración: Cuando la hacemos consciente, ¿puede ser una conciencia puramente personal, una conciencia que sólo nos pertenezca a nosotros y que esté a nuestro servicio? ¿O es una conciencia de la que forman parte todos los seres humanos? Entonces debe ser una conciencia que no solamente estuvo antes que nosotros sino antes que todos los seres humanos.

Así, pues, ¿qué clase de conciencia es? Es una conciencia que lo supo todo desde siempre y de una manera en la que todo sólo puede ser y existir porque esa conciencia, desde siempre, fue consciente de todo. Todo puede ser sólo porque esa conciencia es consciente de ello. Todo llega a ser y a existir porque es pensado y sabido por esa conciencia.

Esa conciencia es y está simultáneamente con todo lo que hay, porque es una conciencia en movimiento, porque todo lo que es se mueve y así también ella se mueve. Desde esa perspectiva, esta conciencia tiene un antes y un después. Todo lo que fue antes permanece consciente en ella, de la misma forma que también le es consciente el después. En este sentido, tanto un antes como un después existen al mismo tiempo para esa conciencia. Por lo menos así es como lo concibe nuestro pensamiento.

Vuelvo a las preguntas iniciales: ¿hubo un antes, antes de nuestro ahora? ¿Ya existía antes también nuestro Yo? ¿Existimos en otros seres humanos de manera que, cuando nos relacionamos con ellos, en ellos nos encontramos a nosotros mismos?

¿Son importantes estas preguntas o la respuesta es de por sí evidente? Con nuestra conciencia nos percibimos unidos a esa conciencia amplia y extensa. En sintonía con ella todo puede ser consciente, todo lo que fue y, quizás, también lo que pueda ser alguna vez.

Todavía queda por reflexionar lo siguiente: en esa conciencia, todo aquello que fue aún se halla en movimiento. Por eso en esta conciencia amplia y extensa sigue habiendo un movimiento de antes y después. Hay también un movimiento de antes y después que nos toma y nos arrastra a algo inacabado, a algo que aguarda su terminación. Y, en un sentido más amplio, en nuestro participar de esta conciencia sigue habiendo para nosotros un antes y un después. Al menos por un tiempo. Eso se aplica a nosotros individualmente y a nuestra relación con otros.

Eso significa, por un lado, que después de nuestra muerte puede

haber aún algo inacabado que debe y puede continuar dentro de esa conciencia extensa hasta que esté terminado. Y, por otro lado, puede ser que entremos en contacto con algo no terminado, quizás también con un Yo nuestro anterior. Tal vez solamente con ellos podamos y debamos culminar lo que en nosotros aun no está concluido.

¿Esto nos debería preocupar? ¿Podemos dirigirlo o modificarlo en algo, o también en este caso la conducción depende completamente de esa conciencia amplia? ¿Qué nos queda por hacer? ¿Podemos hacer algo?

A veces experimentamos que esa conciencia amplia y extensa nos regala una revelación especial y nos lleva consigo a un movimiento que une el antes y el después en el ahora. Es una experiencia de plenitud, de completud, que se nos da a muchos ya en el aquí. ¿Aún sigue siendo un movimiento nuestro o es un regalo, un regalo con el que se nos obsequia ya ahora?

Por lo tanto, ¿de qué manera podemos y debemos comportarnos respecto a esa conciencia? Pues sin reparos, en sintonía y consonancia con ella. Simplemente estar. Simplemente ser.

EL MIEDO

El miedo constriñe. Así lo percibimos muchas veces y entonces nos queremos librar de él, queremos salir de la estrechez y del encierro para poder respirar otra vez.

Esa forma de miedo tiene que ver con nuestro nacimiento. Allí fue donde vivenciamos la estrechez más intensa. Era cuestión de vida o muerte, hasta que pudimos conseguir nuestro primer soplo de respiración.

Esa experiencia todavía tiene efectos siempre que queremos o debemos imponernos. El recuerdo de esa experiencia nos impulsa a resistir y a perseverar. En ese sentido toda aventura exitosa es una repetición del nacimiento.

Quizás muchos busquen siempre nuevas aventuras para volver a sentir ese miedo original y su superación, aún cuando este miedo vuelva a repetirse. Para ellos representa volver a sentir esa felicidad primera de haberlo logrado todo y después poder alimentarse y dormir en el pecho de la madre. Porque, ¿de qué sirve una aventura si no podemos contarla y dejar que otros se alegren con nosotros por haber logrado superarla sanos y salvos? Igual que cuando nuestra madre se alegró con nuestro nacimiento.

Encontrarse con el miedo

Ese miedo original, sin embargo, permanece en nuestros miembros y en nuestro sentimiento, incluso más tarde. En lo más profundo somos conscientes de él.

¿De qué manera podemos relacionarnos con ese miedo? Podríamos relacionarnos con él física y espiritualmente por ejemplo, reviviéndolo y superándolo en una emoción actual. Así lo recomiendan algunos métodos modernos de psicoterapia.

Pero también podemos tratarlo de una forma espiritual, permitiendo que nuestro cuerpo se quede por un momento atrás mientras nuestro espíritu —como en un viaje— se deja llevar y dirigir por esa conciencia extensa hacia una profundidad y una amplitud en la que también podemos percibir nuestro cuerpo y sanarlo espiritualmente. De esa manera, algo que antes estaba corporalmente en nosotros, sale ahora espiritualmente hacia fuera. Por ejemplo, ese miedo.

Dentro de esa conciencia extensa nos encontramos con otros seres humanos, sobre todo con quienes estamos en ese momento íntimamente unidos o lo habíamos estado antes. Seres humanos que también experimentaron ese miedo y que quizás murieron a causa de él. Tal vez en esa conciencia extensa consiguieron superar ese miedo, tal vez estén esperando poder superarlo junto a nosotros para así lograr su sanación y la nuestra. De ahí que dentro de esa conciencia seamos conscientes tanto de su miedo como del nuestro, juntos, dentro de esa conciencia, esperamos una ayuda, un movimiento del Espíritu.

Y también esperamos un movimiento del Espíritu dentro de nuestro cuerpo, esperamos que esa conciencia ordene espiritualmente algo en nuestro cuerpo y lo sane.

El miedo súbito

Pero, ¿qué pasa cuando ese miedo de pronto nos asalta, cuando de repente tenemos miedo de no poder respirar y ahogarnos (quizás algo parecido a lo que experimentamos al nacer), cuando nos aprisiona de tal modo que ya no podemos pensar en otra cosa y con las últimas fuerzas lo único que queremos es salir de él?

¿Cuál sería para nosotros una posible solución? Nos conectamos a ese movimiento espiritual y a esa conciencia amplia y experimentamos cómo esa conciencia espiritualmente tiene un efecto sanador en nuestro cuerpo. Espiritualmente significa que esa conciencia ha superado algo en

relación con nuestro pasado que nos mantenía atrapados, pero que también nos une a otros seres humanos e incluso a nosotros mismos, tal como habíamos sido antes de esta vida.

La completud

Esta conciencia nos lleva consigo hacia ese ámbito del Espíritu en el que todo es y está al mismo tiempo con todo lo demás. Nos lleva consigo en un movimiento que completa lo que en nosotros y en otros, a los que nos sentimos unidos, estaba esperando ser completado. ¿Y cuál es la completud? La completud espiritual. En ese movimiento la conciencia, completa, consume nuestro miedo.

Otros también temen por nosotros igual que nosotros quizás temamos por ellos. ¿Cómo tratamos ese miedo?

Ese miedo no tiene razón de ser, sencillamente porque no sabemos dónde nos lleva ese movimiento del Espíritu, ni a nosotros ni a los demás. Dejemos pues a los otros en manos de sus destinos, tal como ese Espíritu lo consumará para ellos, del mismo modo que también dejamos en manos del movimiento de ese Espíritu la consumación de nuestro destino.

¿Qué ocurre entonces con nosotros? ¿Qué ocurre con quienes han temido por nosotros? Ellos y nosotros somos devueltos a nuestro propio miedo, a nuestro miedo más profundo.

El miedo más profundo

¿Qué es ese miedo más profundo? Es el miedo de no haber podido ser dado a luz, a pesar de estar ahí. Es el miedo de no poder llegar tampoco a nuestro próximo nacimiento, que nos espera con nuestra muerte.

¿Cómo tratamos ese miedo? Esperamos el tiempo adecuado, reunimos las fuerzas espirituales que nos preparen para ese paso, llegue cuando llegue.

¿Cómo lo logramos? Practicamos ese paso dejándonos tomar ya ahora por ese movimiento del Espíritu, como si en ese recogimiento probáramos cómo se pasa al otro lado, al ámbito espiritual, como si ya ahora nos dejáramos arrastrar hacia él por los movimientos del Espíritu.

Así, pues, ya experimentamos ahora, en el recogimiento, nuestro nacimiento espiritual.

DESCONOCIDO

Lo que no se sabe sólo no es sabido para nosotros, ya que si tiene efecto, si actúa, es sabido por alguien. Quizás también nosotros lo conocimos alguna vez, pero fue desplazado hacia lo que llamamos inconsciente. Ahí sigue actuando, aunque nosotros no seamos conscientes de ello.

La mayor parte de lo que tiene efecto, de lo que actúa, nos es desconocido. No podríamos soportar conocerlo, seria demasiado grande para nosotros. Por eso, de lo desconocido conocemos sólo la parte que necesitamos para vivir. También gran parte de eso es desconocido, ya que lo seguimos instintivamente, sin reflexionar, especialmente en situaciones de extrema necesidad y de soluciones inmediatas.

Aún así, tenemos acceso a lo que desconocemos, pero no de manera que de pronto lo sepamos todo. Hallamos acceso a una conciencia extensa en el recogimiento, estando en el movimiento omnisciente del Espíritu, que todo lo piensa tal como es o, mejor dicho, que todo es como él lo piensa.

Cuando vamos con su movimiento, nos lleva consigo a su conciencia. ¿Qué movimientos son esos? Son sobre todo movimientos de amor. Caminando con esos movimientos y gracias a ellos lo desconocido se nos hace así consciente.

¿Consciente, de qué modo? Mediante una revelación sorpresiva. De pronto, con ese movimiento encontramos un acceso a un saber que, a nosotros y a otros, nos abre nuevas puertas y nos indica nuevos caminos. ¿Qué puertas son y qué caminos? Son caminos y puertas que, al traspasarlos, nos permiten ver donde antes éramos ciegos. Cuando caminamos por esos caminos llegamos a metas que antes nos resultaban inalcanzables.

Esas metas son metas espirituales. Ese saber es un saber profundo, un saber lo esencial, un saber acerca de lo que nos lleva a la culminación espiritual más allá de nuestra vida. Es un saber que revela cómo vibrar con los movimientos del Espíritu, hasta llegar a la calma. Calmados como el Espíritu: sabiéndolo todo sin saberlo uno mismo. Saber como el Espíritu, solamente en él. ¿Cómo? Amando.

INCREÍBLE

Lo que hoy en día nos parece normal, si se lo contáramos a seres humanos de otra época les parecería increíble. Por ejemplo, que podemos recorrer en pocas horas, en avión, lo que en sus tiempos tardaban un año en recorrer en barco.

También a nosotros nos parecen increíbles muchas cosas. Por ejemplo, lo que algunos científicos hacen en la actualidad secretamente y que puede cambiar nuestro mundo de una forma inimaginable para nosotros. Muchas de esas cosas nos causan miedo.

Sea lo que sea lo que nos parece increíble y nos hace tener miedo, ¿habría alguna diferencia si estuviéramos en el ámbito espiritual y nos entregáramos a él? Ahí sentimos que todo lo que es, indistintamente de donde provenga, es dirigido por un movimiento al servicio de un Espíritu omnisciente, independientemente de dónde nos encontremos. Ante ese movimiento del Espíritu todo lo demás pasa a un segundo plano, por increíble que antes pudiera parecernos.

Esa conciencia omnisciente, amplia y extensa, existe independientemente del mundo físico aunque él también sea espiritual. Es pensado por ese Espíritu y es movido por él. En el recogimiento podemos abandonar el ámbito físico, como hacemos en nuestros sueños, y sumergirnos en esa conciencia espiritual.

Experimentamos esa conciencia en diferentes niveles. Uno de ellos se encuentra en el ámbito físico. Los niveles superiores se alejan cada vez más de él y van hacia más allá del mundo físico y de la existencia física.

Allí ya no existe miedo ni tampoco asombro. Todo es un saber eterno que solo es y está allí. Un saber que también está para nosotros y, en la certeza, para él. Esta sabiduría es quieta, increíblemente quieta. En ella nos experimentamos plenos y consumados.

GUIADO

Cuando nos hemos perdido, esperamos ansiosos que alguien nos pueda conducir de nuevo al camino del cual nos desviamos.

Esto se aplica sobre todo al ámbito espiritual, justamente cuando creemos que estamos en el camino correcto, en algún momento nos damos cuenta de que estamos dando vueltas en círculos con nuestros pensamientos y deseos. Proseguimos sin avanzar, nos cansamos y nos detenemos. Tenemos que admitir que estamos en el camino equivocado y que nos perdimos. A veces insistimos, pero sin un nuevo rumbo, y seguimos girando en círculos. Finalmente tenemos que reconocer que no podemos continuar así y comenzamos a razonar.

Si realmente llegamos a razonar, el camino no fue en vano. Incluso en esto se manifiesta que somos conducidos por una fuerza buena, aunque haya sido un desvío. Esta fuerza buena es una fuerza espiritual y su conducción es una conducción espiritual.

La conducción espiritual proviene de una conciencia que supera nuestra conciencia. Proviene de la conciencia de un Espíritu omnisciente. Este Espíritu lo sabe todo porque lo mueve como se mueve. Lo mueve como lo piensa y como quiere. ¿Qué podría moverse sin ser movido por ese Espíritu y en ese sentido también conducido por él?

Cuando nos hemos desviado, sobre todo cuando nos desviamos en nuestros pensamientos, necesitamos su conducción. Su conducción también se nota cuando nos hallamos en el camino equivocado y nos hace conscientes, al cabo de cierto tiempo, de que ese camino no lleva a ninguna parte.

¿Cómo sentimos esa conducción? ¿Cómo se nos hace consciente? Cuando la esperamos en recogimiento, sin ningún movimiento, sabiendo que sólo ella nos puede seguir ayudando. También se nos manifiesta cuando pedimos por ella.

Percibimos la conducción del Espíritu en los resultados de nuestro pensamiento anterior cuando nos hace consciente de ellos. Se manifiesta, por ejemplo, cuando intentamos seguir ese pensamiento anterior a pesar de que las circunstancias indiquen resistencias para continuar, pero seguimos tratando de actuar conforme a ese pensamiento anterior.

Si tomamos en serio esta conducción y nos detenemos a tiempo, enseguida nos sentimos dirigidos gracias a una comprensión. Es la comprensión hacia el próximo paso, sólo el próximo paso. Si la seguimos, la comprensión nos sigue acompañando hasta los próximos pasos. Y así, de comprensión en comprensión, somos conducidos hasta nuevos caminos, y sintonizamos cada vez más ampliamente con los movimientos de ese Espíritu.

¿A dónde nos conducen esos movimientos? Al amor del Espíritu, al amor para todo, como es. Y es tan así que cuando llegamos a nuestros límites por habernos desviado, también es ese amor el que nos condujo.

Después de un tiempo sintonizamos de tal forma con los movimientos de este Espíritu que incluso antes de cada movimiento propio y decisivo aguardamos su conducción.

Esa conducción nos lleva a otro pensamiento y a otra forma de actuar. Permanecemos en contacto con ella y la seguimos, aún cuando una parte de nosotros no esté de acuerdo con ella.

En consonancia con esa conducción nos calmamos y relajamos. Permanecemos en asentimiento a todo tal como es. En consonancia con esa conducción nos expandimos, tenemos claridad, y nos sentimos seguros de si algo funciona o no. Si por momentos nos desviáramos de la conducción, las consecuencias nos llevarían nuevamente a la razón, hasta volver a sintonizar con ella.

Así conducidos, nuestros frutos son buenos y sentimos que nos hallamos en plenitud, en nuestro camino y en el saber.

PROTEGIDO

Estar protegidos es para nosotros un deseo ancestral. Saber que estamos protegidos nos da seguridad y, desprotegidos, miedo. El que se siente protegido permanece tranquilo sea cual sea la situación que se presente.

Estar conducidos por ese Espíritu omnisciente es estar protegidos de la manera más maravillosa. Dispone las cosas de tal forma que también en las situaciones más desesperantes nos preguntamos qué fuerza buena, qué fuerza sabia ha hecho confluir las cosas de tal forma que todo tuviera un desenlace tan bueno.

Tiene que ser una fuerza con una conciencia que lo abarque todo, extensa y amplia. Tiene que ser una fuerza que mueva mucho al mismo tiempo, que lo disponga todo como es. Cuando nos sentimos protegidos por ella, también experimentamos que asiente a nosotros de una forma especial, protegiéndonos.

A veces olvidamos cómo nos protegió esa fuerza y cómo nos ayudó en el momento justo. Volvemos entonces a nuestro guión establecido y al miedo de que algo pudiera salir mal, en vez de esperar a que esa fuerza nos dé una señal, a que nos indique cuándo es el momento adecuado para actuar en consonancia con ella. Sin esa espera, muchas cosas salen mal.

Quizás comencemos entonces a desconfiar de esa fuerza. Tememos, por ejemplo, llegar demasiado tarde si no actuamos por propia inspiración. Y nuevamente las consecuencias de nuestra actuación premeditada nos hace conscientes de que no quisimos esperar a ser tomados por ese movimiento que todo lo sabe.

Finalmente nos rendimos. Aprendemos a aguardar esa fuerza y a confiar en ella. Aprendemos lo diferente que es el amor que actúa en ella, porque no sólo asiente a nosotros sino también a todos los demás que se hallan inmersos en ese movimiento. Esa fuerza de sabiduría y de amor nos educa para soltar. ¿Soltar cómo? Con amor.

LA ELECCIÓN

¿Podemos elegir como queremos, o sólo hay una elección correcta entre todas las que podemos elegir? ¿Cómo podemos distinguir si hemos hecho la elección correcta o si es la equivocada? La diferenciamos en sus

consecuencias y después de un tiempo. Primero es necesario ver las consecuencias de nuestra elección.

La opción equivocada nos aleja de nosotros mismos. La opción acertada nos acerca. La elección correcta nos relaja y nos recoge porque sentimos su fuerza.

La elección equivocada, ¿es siempre incorrecta, o tal vez se revela, después de un tiempo, como un rodeo que hemos dado cuando percibimos las consecuencias de nuestra elección equivocada, para que así volvamos a encontrar el camino correcto del que nos habíamos desviado? Sin experimentar una elección equivocada es difícil comprender la diferencia entre una elección correcta o incorrecta.

A veces una elección es correcta sólo por un tiempo. Lo sentimos claramente porque al cabo de ese tiempo la elección que parecía correcta se manifiesta como incorrecta. Se vuelve incorrecta cuando tercamente seguimos aferrados a ella. De ese modo estamos ante una nueva elección.

¿Cómo percibimos si la elección fue acertada? Permanecemos recogidos y en asentimiento. Permanecemos en asentimiento, tranquilamente. También hallamos el apoyo que necesitamos para actuar de acuerdo con esa elección. Después de la elección correcta no necesitamos convencer a nadie sobre la pertinencia de nuestra elección. Los otros sienten la misma sensación que nosotros cuando tuvimos que diferenciar entre lo correcto y lo erróneo. Cuando la elección es correcta también ellos se sienten recogidos y en asentimiento. En ese asentimiento tranquilo encuentran su fuerza.

¿Cómo reconocemos que nuestra elección fue errónea? Nos ponemos ansiosos, queremos adelantarnos precipitadamente sin mirar el presente ni advertir en sus señales las consecuencias de nuestra elección. Nos agitamos y antes que nada tenemos que convencer a nuestros partidarios del acierto de nuestra elección. En el escepticismo de ellos ya podemos reconocer que fue equivocada. Y eso nos pone aún más ansiosos, y esperamos que la elección equivocada aún pueda revertirse y transformarse en elección acertada.

En este punto debemos recordar algo importante: la elección correcta trae consigo una bendición especial. Porque esa elección se realiza en sintonía con una conciencia espiritual que, junto con la elección, pone a disposición las fuerzas que necesitamos para llevarla a cabo.

A la elección correcta le precede el recogimiento en esa conciencia espiritual y la disposición de seguirla, aún cuando la revelación que nos regaló esa conciencia nos pueda sorprender. La elección correcta es, por lo tanto, el resultado del recogimiento y es sostenida por él.

Elegir acertadamente significa, pues, elegir en concordancia con los

movimientos del Espíritu y en sintonía con la revelación que nos dieron.

La sintonía con los movimientos del Espíritu evita que tomemos partido por una elección por la que otros se han decantado sin antes comparar y comprobar esa elección con nuestra propia percepción.

Así, elegir acertadamente significa, primero, buscar la sintonía con esos movimientos, hasta calmarnos. Entonces sabemos lo que debemos elegir, a pesar de que esa elección exija mucho de nosotros. ¿Qué es lo que más exige? Amor.

LA VERDAD

La verdad actúa. Por su efecto se comprueba que es verdadera.

¿Qué tipo de verdad es? Está al servicio de la vida. Sólo estando al servicio de la vida es verdadera. ¿Para qué serviría otra verdad?

La verdad se muestra, sobre todo, en los hechos. Por ejemplo, que tenemos un padre y una madre. Verdad es el hecho de que vivimos gracias a ellos y que sin ellos no estaríamos con vida. Verdad es que estos padres son los que nos dieron la vida. ¿Puede otra verdad tener mayor alcance por sus efectos que ésta?

Otra verdad es que vamos a morir, que nuestro tiempo de vida es limitado. También esta verdad tiene un efecto de amplio alcance.

¡Qué diferente viviríamos teniendo en cuenta esta verdad! ¡Cuánto menos nos preocuparíamos por lo que ocurra después de nuestra muerte! O al revés, ¡cuántas preocupaciones más!, pero muy diferentes.

Otra verdad es que tenemos una conciencia espiritual, una conciencia que percibimos independiente del cuerpo. ¿Qué efecto tiene cuando tomamos en serio esta verdad? ¿Cuándo se hace más presente esta conciencia espiritual en nuestro pensar cotidiano? Por ejemplo, cuando dejamos que esa conciencia nos permita experiencias en las que nos percibimos en contacto con algo más grande que está ahí, independiente de nuestro cuerpo, de su inicio y de su fin.

Estas verdades nos fueron impuestas y también nos fueron regaladas. De igual modo nuestros padres nos fueron dados como una verdad. Esa verdad tiene un efecto de especial felicidad cuando la reconocemos también como un regalo, justo entonces nos percatamos de su total trascendencia y efecto.

La verdad de la muerte es otra verdad con la que nos han obsequiado. La muerte es también un regalo que supone un nacimiento nuevo y próximo en el ámbito espiritual. Por lo tanto, podemos vivir nuestra vida en este mundo como si nos encontráramos en el regazo de una madre, porque

desde ahí y a través de nuestra muerte comenzamos a existir de otra forma en un mundo para nosotros infinito. Sin embargo, tal y como nos enseñan nuestras experiencias en este mundo espiritual, ese existir de otra forma tendrá un inicio encaminado hacia una plenitud que aún espera consumarse.

Porque aquí, en nuestro existir corporal, también nos sabemos en el reino del Espíritu, caminamos no sólo hacia la consumación de nuestra vida física sino también de nuestra vida espiritual. Ya ahora nos estamos moviendo en ese espacio espiritual, por ejemplo cuando nos sentimos arrastrados y guiados paso a paso dentro de él y más allá de él.

¿Qué sabemos de esa verdad? ¿La podemos palpar? La percibimos como cualquier otra verdad esencial, simplemente como algo que está. Y, ¿qué podría ser más imponente que el hecho de que está ahí, verdaderamente ahí?

EL PRESENTIMIENTO

Se presiente aquello que no podemos aprehender. A veces, por ejemplo, tenemos presentimientos acerca del futuro. Cuando acertamos, decimos “lo presentí”. Estamos en contacto con lo que presentimos a pesar de que eso aún esté ausente.

También podemos observar presentimientos en animales. A veces su comportamiento indica que algo se aproxima, por ejemplo, una gran tormenta.

¿Cómo son posibles esos presentimientos o predicciones? ¿Pueden ser de naturaleza física, también en los animales?

Esos presentimientos o predicciones son de naturaleza espiritual. Surgen de una conexión con una conciencia espiritual que es consciente simultáneamente del presente y del futuro, que coexisten al mismo tiempo. Esa conciencia espiritual y el movimiento espiritual que actúa en ella asiente a todos a los que obsequia con ese presentimiento y predicción. Nos advierte, por ejemplo, de un peligro.

En sintonía con los movimientos del Espíritu y recogidos en el movimiento que nos lleva hacia esa conciencia amplia y extensa, a veces lo que viene se convierte en certeza, en algo más que un presentimiento, sobre todo lo que para nosotros debiera ser el siguiente paso. Hacia donde ese paso nos guía nos es desconocido, ni siquiera lo presentimos. A pesar de que nos sintamos en sintonía con esa conciencia y conducidos por ella, debemos confiar muchas veces ciegamente en ella, con o sin certeza.

Si tratamos esa certeza (lo que se nos revela como inminente) como si

fuera incertidumbre, es decir si comenzamos a dudar de ella, perdemos la consonancia con los movimientos del Espíritu y nos sentimos abandonados por él. Ese Espíritu no consiente dudas ni tampoco miedo.

Si permanecemos en la certeza tal y como nos lo exige el movimiento del Espíritu, si nos comportamos como si ese movimiento fuera cierto, por sus efectos luego nos muestra que la certeza era cierta y sus resultados, de largo alcance.

Presentimos, por lo tanto, que con el Espíritu nunca llegaremos a un fin, sino sólo a un comienzo. Si confiamos en ese presentimiento y lo consideramos cierto, nos movemos en consonancia con él, a pesar de que no podamos presentir dónde nos llevará finalmente. También en ese caso permanecemos en la certeza de un presentimiento cierto que al final se cumple. Se cumple con certeza.

5. LA DISCIPLINA

Nota previa

En el camino de la revelación mística (en el sentido de la mística natural), es necesaria disciplina espiritual también en la vida cotidiana. De esa forma permanecemos espiritualmente unidos a lo cercano y reconocemos lo cotidiano tal como es, tal y como ese Espíritu creador lo mueve y desea. Y le servimos en sintonía con su movimiento. En sintonía con los movimientos de ese Espíritu nos ejercitamos en la vida diaria en ese amor que asiente a todo.

Las consideraciones de este capítulo nos muestran cómo se logra eso a diferentes niveles y de distintas maneras. Cómo lo logramos sabiendo, amando y ejercitándonos.

LA RELACIÓN PURA

Cuando caminamos con el Espíritu y con su movimiento, establecemos con todos los seres humanos una relación pura. ¿Qué significa eso?

No importa qué son, qué hacen, qué creen, qué esperan. Tampoco su contribución especial a la humanidad, ni sus limitaciones, destinos o sufrimientos: nuestra relación con ellos permanece pura. Permanece pura de lo que somos, de lo que hacemos, de lo que creemos y esperamos, y permanece pura de nuestras limitaciones, nuestro sufrimiento y nuestro destino.

Por eso, en otros países los seres humanos que desean relacionarse conmigo perciben que camino con ellos, puro y enteramente con el movimiento del Espíritu en ellos, su religión, su idioma, su cultura y su destino. En esa relación espiritual permanecen puros con ellos mismos igual que también yo permanezco puro en mí.

La relación pura siempre está en movimiento, del mismo modo que el Espíritu permanece siempre en movimiento. En la relación pura nos hallamos unidos en un movimiento compartido, en un movimiento puro. Es decir, que en este movimiento estamos en una relación pura compartida y, al mismo tiempo, libres y puros para lo nuestro.

LA ESPERA

"Te estuve esperado, pero no viniste", le decimos algunas veces a alguien a quien estuvimos esperando. También nos lo puede decir una persona que nos estuviera esperando a nosotros.

¿Qué pasa cuando se espera vanamente? ¿Qué ocurre cuando hacemos esperar a otros? Nos desprendemos de ellos y ellos de nosotros, ambos nos retrotraemos a nosotros mismos.

La pregunta es: ¿Somos libres de comportarnos de otra manera? ¿Son los otros libres de comportarse de otra manera? Ellos y nosotros, ¿debemos esperar más, aunque la espera dure mucho tiempo? Esperamos algo que, en lugar de dejarnos avanzar, nos ata.

Cuando esperamos, esperamos algo que debe venir. Todo lo que se mueve, se mueve hacia algo que viene. En ese sentido la espera es parte de un movimiento.

Cuando se materializa lo que estábamos esperando, a veces nos decepcionamos porque quizás es diferente de lo que habíamos imaginado. En realidad nos decepcionamos cuando dejamos de esperar. En ese momento también concluye el movimiento.

¿Cuándo termina realmente la espera? Cuando permanecemos enteramente en el instante. En el instante olvidamos la espera. Ese momento es pleno, pero sólo cuando permanecemos en él. Y también ese instante termina para dar lugar al siguiente. Así nos movemos de instante en instante, sin esperar, porque el siguiente llega con seguridad. En él nos hallamos plenos, sin esperar.

LA TRANQUILIDAD

La tranquilidad se da en el recogimiento. Y es plena. Le precede algo que se nos exigió y, en cuanto cumplimos con esa exigencia, nos tranquilizamos. Necesitamos esa tranquilidad. En la tranquilidad, lo que fue exigencia, pasa.

La pregunta es: ¿Qué exigencia es esa? ¿Es una exigencia propia surgida de lo importante y necesario para mí? ¿O se trata de una exigencia que otros cargaron sobre mí sin tener la facultad de hacerlo, ni en su propio interés ni en nombre de otros?

¿Cómo me tranquilizo en tal situación? Alzo mi mirada por encima de lo cercano y lo acuciante que me inquieta, en dirección hacia las fuerzas que toman a todos a su servicio.

Esas fuerzas son tranquilas. Cuando las miro y me entrego a ellas, me tranquilizo, independiente de todo lo que me exigieron o exigirán. Esas fuerzas tienen tiempo y se toman su tiempo. Comparo lo que ellas me exigen con las exigencias de otros y sopeso hasta dónde coinciden ambas exigencias. Si coinciden, entonces cumplo con ellas. Así permanezco en sintonía con las fuerzas mayores y estoy tranquilo.

¿Cómo poder distinguir en mí si actúo en sintonía con esas fuerzas aunque sean exigencias de otros? Cuando puedo permanecer en la tranquilidad y puedo tranquilizarme después de haber cumplido con la exigencia.

Si no logro tranquilizarme, sé que he perdido la conexión con esas fuerzas.

¿Qué debo hacer para volverme a tranquilizar? Me retiro de las exigencias de los otros, sin importarme lo que digan o me reprochen, hasta que la exigencia de las fuerzas mayores vuelva a ser prioritaria. En esa fuerza me mantengo y con ella permanezco en sintonía. Una vez que me haya tranquilizado y recogido en esa sintonía, ya sé lo que esas fuerzas exigen de mí. Voy a cumplir con su exigencia, sólo con esa. ¿Cómo? Con tranquilidad.

PREGUNTAS

Preguntamos porque queremos saber algo. A veces también interrogamos a alguien porque queremos sacar algo a la luz, algo que esa persona quiere ocultar ante nosotros. Entonces le hacemos preguntas inquisitorias.

Preguntas inquisitorias

¿Por qué hacemos preguntas inquisitorias? Con ellas queremos obligar al otro a decir algo que le perjudica a él tanto como a otros, algo que lo expone a él o a otros. Nos protegemos de ellas esquivando la respuesta o negando lo que se nos insinúa con esas preguntas.

Quien hace preguntas inquisitorias cree que puede y le está permitido enjuiciarnos y dictar sentencia según sus propios parámetros, como en una corte. Esas preguntas a menudo se convierten en un interrogatorio y entonces ya no son preguntas. Se convierten en afirmaciones e insinuaciones en forma de pregunta contra las que tenemos que defendernos.

Preguntas benevolentes

Otras, sin embargo, son preguntas benevolentes. Con ellas compartimos con el otro, por ejemplo cuando le preguntamos cómo está. Esas preguntas sirven al intercambio y al amor.

Con ellas también nos abstenemos de preguntar algo que pudiera herirlo o sobrecargarlo. También si percibimos que el momento para una respuesta aún no ha llegado. Entonces aguardamos ese momento con amor.

Aquí se demuestra que en las relaciones muy estrechas no lo preguntamos todo ni tampoco debemos decirlo todo. Intuimos lo lejos que podemos ir con una pregunta o con una respuesta. A veces el otro, por sí solo, nos da la respuesta a una pregunta que por respeto y consideración no le habíamos hecho, justamente porque no le hicimos la pregunta se siente seguro y nos puede responder, aunque no la formuláramos.

Esa respuesta es una prueba especial de confianza. Así, nos cuidamos de seguir preguntando. Esa respuesta es suficiente.

El Espíritu

¿Podemos preguntarle también al Espíritu que actúa detrás de toda conciencia? ¿Responde cuando le preguntamos? Depende de cómo y qué le preguntemos.

En primer lugar, debemos sintonizar con él, con su movimiento.

¿Qué significa eso para nuestras preguntas? ¿Qué significa para las respuestas que podemos esperar? Nuestras preguntas se mueven dentro del asentimiento de ese Espíritu a todo tal como se mueve. Lo mismo percibimos de las respuestas de ese Espíritu a nuestras preguntas. Tanto nuestras preguntas, como sus respuestas se originan en el asentimiento a todo tal como es. A preguntas que sirven a la vida y al amor, recibimos de ese Espíritu respuestas buenas y útiles.

En segundo lugar, debemos estar dispuestos para actuar conforme a esa respuesta. Sólo así permanecemos en sintonía con la respuesta y su movimiento.

En tercer lugar, de sus respuestas surgen más preguntas y recibimos para ellas más respuestas. Esas respuestas son respuestas de amor. Mediante ellas crecemos en el amor.

LA CLARIDAD

"Tú estás allí y yo estoy aquí". Con ello distingo claramente que cada uno está para sí mismo. El reconocimiento de lo propio es la condición fundamental para una relación clara.

Una relación no es clara cuando uno espera del otro que suprima ese límite, por ejemplo cargando al otro con algo que él mismo debería cargar, o haciéndose cargo de lo que deberían responsabilizarse otros, como por ejemplo las consecuencias de una culpa o una deuda. Así, uno es arrastrado por el otro hacia algo que lo enajena. Ambos pierden la claridad acerca de sí mismo y del otro.

Aún así a veces estamos implicados en el destino del otro, generalmente sin que nos demos cuenta, y sentimos la incomodidad de no estar realmente con nosotros mismos. Otra fuerza toma posesión de nosotros y nos sentimos sometidos por ella.

¿Qué fuerzas son esas que actúan detrás de dichas implicaciones y qué quieren de nosotros? Quieren restablecer el orden que se perdió en una relación, sobre todo en la familia. ¿Qué prescribe ese orden? "Yo estoy aquí y tú estás ahí", es decir "cada uno permanece en su lugar y deja a cada uno permanecer en su lugar". De esa manera los nudos con otros

destinos se desatan.

La falta de claridad comienza cuando alguien se niega a ocupar su lugar y a afirmarlo ante otros, especialmente cuando a otro se le niega o se le discute su lugar.

La claridad también se pierde por concesiones no justificadas y por exigencias. Esto pone en peligro el equilibrio o lo anula.

La concesión a menudo se disfraza de amor. Pero el resultado lleva a menos amor. El amor verdadero radica en la claridad de los límites. Podemos cruzar esos límites, sobre todo en el amor entre hombre y mujer, pero tan sólo por un corto espacio de tiempo. Después ambos deben volver a su lugar.

¿Impone el Espíritu sus límites? Si fuera así, ¿de qué manera? A través del amor para todos. Cada cual es tal y como ese espíritu lo piensa y lo mueve y cada cual se encuentra de manera especial al servicio del Espíritu. Por eso los movimientos del Espíritu son para cada cual algo único. Nos pone límites porque sus movimientos asienten a todos de la misma forma.

Cuando entramos en sintonía con los movimientos del Espíritu, prestamos atención a estas diferencias. Cuando permanecemos en sintonía con dichos movimientos, también permanecemos en la claridad. "Yo estoy aquí y tu estás ahí". Al declararlo, permanecemos asintiendo al otro como es y donde esté, es decir que asentimos a él justamente porque ocupa ese lugar concreto y porque se mueve hacia el destino que ha sido determinado para él.

Lo mismo exijo para mí cuando me muevo en sintonía con los movimientos de ese Espíritu. También aquí conserva todo sentido este "Yo estoy aquí y tu estás ahí".

¿Qué se deduce de esto? Mantenemos la distancia con mayor claridad en el "yo estoy aquí y tu ahí" cuando reconocemos y respetamos los movimientos del Espíritu en el otro tal como son, de la misma forma que lo hacemos con nosotros. En sintonía con los movimientos del Espíritu seremos más claros para nosotros mismos y en nuestras relaciones.

¿Qué ocurre con nuestra preocupación por los otros y sus destinos? ¿Qué ocurre con nuestro amor y nuestra compasión por los otros, a quienes queremos ayudar a nuestra manera? Nuestra relación con ellos se vuelve difusa, nos hacemos como ellos sin estar con nosotros mismos.

¿Cómo regresamos a la claridad? Dejamos a los demás en los movimientos del Espíritu, tal y como él los mueve, y retornamos a los movimientos del Espíritu tal y como nos mueve a nosotros. Porque sólo hay uno que es claro para cada cual: el Espíritu.

LENTAMENTE

¿Cómo sintonizamos con los movimientos del Espíritu? Lentamente. Porque primero debemos recogernos, es decir que nos ralentizamos interiormente en nuestros pensamientos, en nuestros movimientos, en nuestro espíritu. Nos retraemos de lo que ocurre afuera y de todo lo que se nos está exigiendo en ese momento. De esa forma, lentamente, nos calmamos.

En el movimiento lento nuestra atención está en varias cosas al mismo tiempo, que se nos escaparían en el movimiento rápido. En el movimiento lento vienen a nuestro encuentro y se hacen notar hasta que, de pronto, reconocemos lo esencial, lo que realmente importa, lo que hubiéramos dejado de lado en nuestro movimiento rápido.

Asociamos lo lento, la lentitud, a la reflexión. Avanzar reflexivamente significa avanzar lentamente, porque en la cautela se puede reflexionar al mismo tiempo sobre muchas cosas.

Para aquel que se mueve lentamente, lo superfluo desaparece. Ya no puede molestar. Esto también se aplica a nuestro pensar.

Sólo se nos aclara algo lentamente, porque reflexionamos sobre eso durante un rato largo y lo vemos en relación con otras cosas. No obstante, la revelación llega muchas veces rápida como un rayo, después de una lenta y larga espera.

Después de esa revelación, ¿actuamos rápida o lentamente? Actuamos de forma cautelosa, reflexiva. Porque también la revelación se relaciona con mucho a la vez.

También la vejez es lenta. Ya ha reflexionado acerca de mucho. La vejez se toma su lugar y su tiempo, reflexionando de esa manera.

También el crecimiento es lento, porque reflexiona sobre muchas cosas a la vez y las combina recíprocamente.

¿Cómo me protejo contra la prisa? ¿Cómo permanezco lento? En el asentimiento a todo como es. El asentimiento no tiene prisa. Es lento. Es cautelosamente lento.

INCORPORADO

Cuando falta una pieza hay que incorporarla. Así, algo incompleto se hace entero, se completa y las piezas se unen entre sí.

Incorporado significa también añadido. Lo añadido es lo que complementa, lo que se necesita para que algo incompleto e inacabado se haga pleno.

¿Qué se debe incorporar en nuestras relaciones para que se completen y sean plenas? ¿Qué es lo incorporado, lo añadido, lo que completa y hace algo pleno? Es el amor del Espíritu.

El amor del Espíritu vuelve a unir lo separado. Sólo este amor asiente a todo como es. Es la pieza intermedia que supera las distancias.

Andar con el amor del Espíritu es ante todo un proceso interior. Cuando percibamos en nosotros que algo tiende a fragmentarse y a separarse, por ejemplo cuando nos alzamos por encima del otro o le guardamos rencor, ese hueco, esa distancia es superada caminando con el amor del Espíritu, con ese mismo amor con que asiente al otro. El Espíritu mueve al otro como nos mueve a nosotros: con amor.

Para poder caminar con este movimiento, esperamos en recogimiento hasta que nos percibamos en el otro y el amor del Espíritu en el otro también nos alcance a nosotros. Cuando este movimiento nos atrapa y nos toma, se inserta entre ese otro y nosotros como si fuera una pieza intermedia. El amor del Espíritu se incorpora en todas partes y conecta lo anteriormente separado.

6. EL DÍA A DÍA

Nota previa

El amor del Espíritu se comprueba en el día a día. En lo cotidiano se muestra su fuerza vinculante y creadora. Los textos que siguen presentan varias formas e indicaciones de cómo practicar y ensayar el andar con los movimientos del Espíritu. Así se nos hace consciente que el camino místico exige una práctica y un amor integral, que incluye todo nuestro cotidiano en nuestro asentimiento, como pensado y querido por el mismo Espíritu creador.

INFINITO

Algo que nunca llega a su fin para nosotros es infinito. En realidad, simplemente lo decimos, porque lo cierto es que lo infinito no es experimentable.

Nos imaginamos lo infinito como un movimiento que continúa interminablemente, dejando el final abierto, sin final. Así lo percibimos como infinito. Lo infinito es para nosotros lo interminablemente abierto.

A diferencia de lo infinito, lo abierto sí nos lo podemos imaginar, ya que tenemos para lo abierto varias clases de imágenes. Por ejemplo, la imagen de un evento a puertas abiertas, la imagen de un espacio abierto. Lo que está detrás de lo abierto no lo sabemos.

Lo espiritual permanece infinitamente abierto para nosotros. Algunos hablan en este contexto de metas espirituales, pero meta y Espíritu son para nuestro pensar, incompatibles. Una meta convierte al Espíritu infinito en algo finito y disponible.

Caminar con el Espíritu significa, por consiguiente, que nos entregamos a un movimiento que sigue interminablemente. Y no solamente aquí, también después de nuestra muerte. Imaginarnos que la muerte sea nuestro fin es una imagen no espiritual, una imagen sin Espíritu.

¿Qué significa esto en nuestro día a día? Que nos entregamos a lo interminablemente nuevo, a interminables experiencias nuevas, a interminables nuevas visiones, pero sobre todo al amor interminable.

COMUNICADO

Comunicado significa que hemos compartido algo con alguien, por ejemplo una información. A través de esa comunicación le pertenece al uno y al otro.

A veces se retiene una información. De este modo se excluye a otros tanto de la información como de quienes la guardan.

No todos los comunicados son agradables: algunos nos causan temor; otros son esperados, como por ejemplo la noticia de un nacimiento sin problemas o un retorno seguro.

También hay comunicados espirituales, como por ejemplo una profunda comprensión. Los manejamos a veces como si nos pertenecieran, como si vinieran de nuestra alma y de nuestro espíritu. Pero las comprensiones profundas son comunicados que vienen de afuera. Vienen de otro Espíritu. A través de ellas nos comunica algo que está más allá del contenido: a sí mismo.

Todos los movimientos del Espíritu son comunicados de ese estilo. Lo importante es que los percibamos como comunicados del amor del Espíritu, gracias a los cuales se une con nosotros.

Si percibimos y tomamos sus comunicados de esta forma, nos hacemos espirituales. ¿Con qué? Con su amor.

LLEVADO

A veces le decimos a alguien: "Hoy estás como ido" ¿Qué es lo que le llevó a tal estado? ¿Fue un acontecimiento, una noticia, pensar en alguien? ¿O no sabe quién o qué le ha llevado a sentirse así? Aún así, se siente llevado, se siente ido. La pregunta es: ¿Por quién es llevado y a dónde?

Muchas veces nos sentimos tomados en un movimiento que nos lleva lejos de nosotros, a otro sitio. ¿Cómo manejamos esto? ¿Resistimos o nos dejamos llevar simplemente hacia donde nos arrastra? Si nos resistimos, nos sentimos llevados contra nuestra propia voluntad. Pero en cuanto asentimos a él, ya no nos sentimos llevados: vamos por nosotros mismos y, aunque vayamos, no nos perdemos.

¿Qué nos lleva de esta forma tan especial? Un movimiento del Espíritu. Llevados por él nos sentimos unidos a muchos, sobre todo con quienes son importantes para nosotros. Por lo tanto, sólo al principio nos sentimos llevados, cuando nos oponemos a estar unidos en amor con otros.

Llevados y unidos estamos realmente en sintonía con un movimiento del Espíritu, con el movimiento de asentir a todo tal como es. Este movimiento nos une también con quienes hemos rechazado y temido anteriormente. Nos une con acontecimientos y situaciones que rechazamos. Nos une con la sombra de nuestra luz y con la luz de nuestra sombra.

Por último, ¿a dónde somos llevados realmente? Somos llevados hacia el amor.

EL DINERO

El dinero es algo espiritual. En él está guardada la energía de un trabajo, un trabajo meritorio. Cuanto más alto es el servicio que se ha prestado (el trabajo) por una suma determinada de dinero, mayor es la energía que ese dinero guarda. El dinero ganado arduamente, con mucho esfuerzo, posee la máxima energía. Es usado de la forma más ahorrativa y es valorado al

máximo.

El dinero fácil, o sea el dinero logrado sin el trabajo equivalente, posee poca energía, por no hablar del dinero obtenido con injusticia o engaño. Por eso no se queda. Quiere ir a otro sitio. Y por eso se puede decir que el dinero tiene un lado espiritual, incluso un alma.

El dinero se siente mejor —así es mi imagen— en la alcancía. Aguarda y espera a ser usado. En general, el dinero se siente bien al ser usado, al ser usado cuidadosamente por un valor correspondiente y un trabajo correspondiente. Esta es la mejor manera y la más bella en que desarrolla su energía y, por qué no decirlo, su espíritu.

El que tiene un dinero en la mano, también tiene en la mano el trabajo de una persona. A menudo su sudor, su sangre y sus lágrimas. De ahí que deba manejarlo más cuidadosamente. Ese cuidado lo une con quienes lo han ganado, con respeto y amor.

Así es como comprendemos lo espiritual que es el dinero. Con el movimiento del Espíritu estamos asintiendo a quienes a través de su trabajo nos posibilitan usarlo y también a quienes pagamos por su trabajo correspondiente.

Espiritualmente comprendemos el dinero cuando lo vemos en movimiento y, cuando en sintonía con este movimiento, lo exigimos, lo tomamos y lo pasamos a otra persona. El dinero está al servicio del amor, al servicio del amor del Espíritu. Es amor que fluye.

Con esto, ¿hice justicia realmente al espíritu del dinero? También es poder y arma, bendición y maldición. Donde aparece con poder en exceso, ¿qué se evidencia como fuerza real que lo mueve? ¿Son quienes lo poseen, o es el dinero el que los mueve a ellos? La pregunta es: si el dinero mueve a quienes lo tienen, ¿quién mueve entonces al dinero? También en esto se demuestra que el dinero es algo espiritual.

El dinero asiente al que lo tiene siempre y cuando lo respete, lo respete como algo espiritual.

También el pobre tiene que respetar el dinero. Tiene que respetarlo como algo espiritual, en sintonía con un movimiento del Espíritu. ¿Cómo? También con amor.

LA GENEROSIDAD

El generoso desborda. Da más de lo que los otros esperan de él, sin esperar nada de ellos. Generosidad es asentimiento, asentimiento puro.

Cuando somos generosos, dejamos de lado muchas cosas. ¿Para qué la estrechez y la mezquindad? Al generoso eso no le incumbe. Se mantiene

a distancia, consigo mismo.

El generoso ha dejado mucho tras de sí, especialmente las grandes pretensiones. Se adapta a las circunstancias, sin darle mayor importancia a las limitaciones.

Generoso es, sobre todo, el Espíritu. Vivimos su asentimiento y afecto hacía nosotros como algo generoso. El Espíritu no necesita llevar la cuenta. Su movimiento es siempre continuo, pasa inmediatamente a lo próximo. Es extenso y amplio. Tiene en su mirada la grandeza y lo esencial. Así lo sentimos cuando nos toma y estamos en sintonía con su movimiento.

El generoso deja al pasado ser pasado, sin detenerse en él. La grandeza mira hacia adelante con coraje, porque para nosotros todo lo grande está adelante.

La generosidad nace en la comprensión de que sólo lo grande importa, sobre todo el Gran Amor. Ser generoso significa también ser grande de corazón. El amor de corazón grande deja que el pasado pase. Ama hacia adelante, hacia el futuro, generosamente.

El generoso se mantiene en recogimiento hacia lo mucho y lo amplio. Al ir al unísono con el movimiento hacia adelante, se somete a él en todo momento. Es sostenido por él y por él es llevado.

El corazón del generoso late sereno, generosamente sereno.

LO SENCILLO

En lo sencillo está también presente “lo mucho”. Por eso lo sencillo posee una densidad especial, por ejemplo la vida sencilla, el amor sencillo, el pensamiento claro y sencillo.

En este sentido también los movimientos del Espíritu son simples y sencillos. Se mueven en una dirección inconfundible y evidente, y hacia una meta sencilla. Cuando llegamos a estar en sintonía con estos movimientos, nos movemos con sencillez, sin alharacas, sin mirar atrás, vamos hacia donde nos llevan.

Junto a esa meta está también presente “lo mucho”, por ejemplo en el amor sencillo, que asiente a todo tal como es. Como asiente a todo, es sencillo. No se detiene por nada.

El que se desvía de este amor pierde la referencia de lo sencillo, de lo simple. En vez de verlo todo en conjunto, en un conjunto simple y sencillo, pone lo uno en contraposición con lo otro. Pierde la visión de conjunto y se pone en el camino de lo que quiere juntarse.

En el amor, lo que se quiere juntar se encuentra de manera natural, sencillamente porque se mueve como el Espíritu lo mueve.

Estando al unísono con los movimientos del Espíritu también nosotros nos hacemos sencillos, miramos sencillamente hacia adelante, asintiendo, benevolentes y claros. Al unísono con estos movimientos somos simplemente felices, porque somos uno con lo esencial.

LO CREATIVO

Lo creativo es un movimiento que concibe, que hace nacer algo nuevo. Por ejemplo, pensamientos, comprensiones y los impulsos de creación que los acompañan en el logro de esa creación.

El gran arte y la gran filosofía son actos de creatividad. También la artesanía, y estar en contacto y trabajar con las fuerzas de la naturaleza, como en la agricultura y en la medicina natural, en todos sus niveles.

Lo creativo mana del Espíritu, de una conciencia espiritual. En el Espíritu tiene su inicio la creatividad. En cualquier parte que el ser humano viva la experiencia de la creatividad, se siente inspirado por una fuerza espiritual. Ya la propia palabra inspiración nos dice que una fuerza espiritual está en acción.

Muchas veces hablamos de la creatividad refiriéndonos a algo especial, a algo grande que se manifiesta como algo impresionante. Pero no podríamos sobrevivir un solo día sin hacer o pensar continuamente algo creativo. No hay nada que pueda quitarnos esa capacidad de decisiones creativas.

Cada vez que sintonizamos con un movimiento del Espíritu, es nuevo y único. Esa sintonía la sentimos como un trabajo creativo. Como cualquier logro creativo, también éste procede de una influencia de afuera, de un movimiento espiritual que nos lleva consigo y precede a toda comprensión y a todo obrar creativo.

¿Somos conscientes de esta constante inspiración creativa, o acaso creemos poseerla como si viniera de nosotros? En este caso, nos sentimos abandonados por ella, muy dolorosamente.

Cuando entramos en sintonía con esta inspiración, deteniéndonos a tiempo hasta percibir claramente cómo viene de esa conciencia espiritual y dejándonos guiar por ella, también nos pone creativamente a su servicio, en nuestro día a día. Y también puede exigir mucho de nosotros, dura e inexorablemente.

Estando en esta sintonía abarcadora, amplia y universal con el movimiento de creatividad, nos vivimos espiritualmente creativos y creativamente espirituales, especialmente en el amor, ya que lo creativo de este Espíritu nos une cada vez con mucho más. Lo realmente creativo, la

fuerza inspiradora detrás de todo lo creativo, es el amor del Espíritu. A través de dicho amor y en sintonía con él, ese amor también es nuestro.

Este amor es un amor puro, puro como el Espíritu. Y asiente a todo con pureza, tal como es y como se realiza espiritualmente.

LA CULPA

Vivimos la culpa sobre todo cuando hemos causado un daño con nuestra conducta. Cuando otras personas están envueltas en el daño, muchas veces buscamos a alguien a quien poder culpabilizar para que cargue con ella. Es difícil soportar sentirse culpable, ser culpable. Lo que más nos gustaría es descargar la culpa en otros para así evadir la responsabilidad por el daño causado.

Y experimentar así el no querer ser culpables nos lleva a comportarnos como si pudiera ser de otro modo, como si en nuestro poder estuviera evitarlo.

Sentimos la culpa especialmente cuando una relación importante se acaba y su fin nos duele. Si podemos culpabilizar a otro por el fracaso nos sentimos más livianos. También aquí tenemos la fantasía de que nosotros o el otro hubiese tenido el poder de prevenir el fracaso.

Pero si admitimos que en todo lo que hacemos y en todo lo que encontramos en la vida somos movidos por otra fuerza que lo mueve todo tal como se mueve y asentimos a eso, dejamos de buscar un culpable.

Esto nos cuesta mucho. A pesar de todo, cuando algo nos involucra con otros en un daño o dolor, descubrimos que existen comprensiones que, de tenerlas en cuenta, ayudan a evitar tal daño y tal sufrimiento en el futuro. Ese daño y ese sufrimiento nos han hecho, pues, reflexionar. Y así aprendemos que sin ellos algo nos hubiera permanecido oculto. El daño y la culpa nos traen entonces una curación para el futuro.

¿Cómo manejamos estas situaciones más tarde? Nos preguntamos cuál fue la causa y dejamos de preguntarnos quién fue el causante.

Viendo la culpa desde este nivel espiritual, la reflexión podría ser si miré la culpa estando en sintonía con los movimientos del Espíritu o si me salí de ella. Esta sintonía nos lleva a descubrir que podemos volver a nuestro interior y llegar a una revelación espiritual a través del daño y del sufrimiento. Entonces la culpa y sus consecuencias se convierten en una bendición para nosotros y los demás.

¿Qué conduce al daño mayor? ¿Cuál es la culpa más profunda? ¿Cuándo nos hacemos personalmente culpables por no haber podido reconocer desde el comienzo lo que se podía evitar? Cuando no tenemos el

amor del Espíritu.

¿Como se muestra este amor? En el asentimiento a todo, tal como es. Y por consiguiente, también en el asentir a nuestra culpa.

SOSTENIDO

Somos sostenidos por alguien que es más fuerte. Nos sostiene donde nuestras fuerzas no alcanzan. Así, por ejemplo, nos sostuvieron nuestros padres cuando éramos niños. Y también somos sostenidos y llevados por otras fuerzas hacia donde nunca hubiésemos podido llegar con nuestra propias fuerzas.

Las fuerzas que realmente sostienen son fuerzas espirituales, independientemente de la forma en la que nos acogen. De este modo, nuestras comprensiones tienen una fuerza contenedora amplia que también tienen los sentimientos, como por ejemplo el amor.

Las fuerzas espirituales que más fuertemente sostienen son apacibles, serenas. Así las experimentamos cuando estamos en sintonía con los movimientos del Espíritu, con su asentimiento a todo tal como es. Sostenidos por ellas, también nosotros nos hacemos serenos y apacibles, porque no nos oponemos a lo que es.

Aunque son los movimientos del Espíritu los que nos sostienen más allá de nosotros mismos en ese nivel espiritual al que no accedemos por nosotros mismos. Nos ponen en sintonía con otra conciencia. La experimentamos asintiendo en todos los sentidos. En sintonía con esta conciencia, comprendemos en profundidad que somos guiados y sostenidos si nos dejamos llevar y sostener enteramente. Eso significa que ante todo movimiento y paso decisivo nos recogemos interiormente hasta sentir, de pronto, que somos sostenidos donde sea.

También podemos hacer preguntas a esta consciencia. Nos responde si estamos dispuestos a seguir su respuesta y sus indicaciones, sea cual sea su propuesta o respuesta.

Después de un tiempo, este intercambio de preguntas y respuestas se hace costumbre. Nos sostiene siempre.

DETENIDO

Nos frenan cuando hemos corrido muy rápido y pasamos por encima de la meta. Además del daño que sufrimos por ello, tenemos que reorientarnos. Incluso hasta es posible que tengamos que regresar y cambiar de dirección.

También los movimientos del Espíritu nos frenan a veces, especialmente cuando intentamos eludirlos y perdemos la sintonía con ellos.

Ellos nunca pierden la sintonía con nosotros, sólo que los vivenciamos de otra manera, hasta de forma vehemente. Eso sucede cuando nos frenan repentinamente.

En sintonía con los movimientos del Espíritu nos movemos suavemente, sin chocar con nada. Y si chocamos, sólo es como apoyo para un movimiento hacia adelante, en una nueva dirección. Este toque es tan suave que nadie tiene que frenar.

A veces somos nosotros los que intentamos frenar un movimiento del Espíritu, sobre todo cuando nos da miedo. Tenemos miedo de perder el suelo bajo los pies y de ser llevados hacia donde lo único que queda es confiar en él. Pero ante el Espíritu no nos ayuda ningún freno, sobre todo porque su movimiento es un movimiento de amor, un amor fuerte.

Confiar plenamente en los movimientos del Espíritu sin detenernos, nos calma. Cuanto más lejos nos llevan más serenos y seguros nos sentimos. ¿Qué es más sereno y apacible que sintonizar con su movimiento de amor hacia todo tal como es? ¿Qué es más sereno y apacible que ser llevados por él en el movimiento de su conciencia y de su amor, un amor sabio y sin frenos?

7. TRANSICIONES

Nota Previa

En el camino místico traspasamos de muchas maneras los límites entre nuestro mundo físico y el mundo espiritual. En esa transición percibimos que pertenecemos tanto a un mundo como al otro. Esa transición nos conduce paso a paso a un camino de unificación. Después del camino de la purificación y de la revelación culmina el ascenso a aquel ámbito en el que nos percibimos cada vez más plenos, más uno con él, con el amor del Espíritu.

LO BUENO

Bueno es lo que culminó. Pasó y está consumado. Decimos entonces: "Ahora está bien".

Pero hay más cosas que están bien. Bueno es todo aquello que sirve a la vida y al amor, aunque algunas cosas también se contraponen al amor y a la vida, por ejemplo una enfermedad o una culpa. Cuando concluyen decimos "¡qué bien que ya pasó todo!". Eso es bueno porque ahora puede comenzar algo nuevo. En ese sentido es bueno todo lo que ya pasó, sea lo que sea que haya sido. Aquí lo bueno es el inicio de un camino, de una meta hacia la cual nos movemos.

¿Es también bueno un ser humano? ¿Qué nos hace buenos y cómo nos hacemos buenos? Nos hace buenos el amor que surge de la benevolencia. Porque ese amor quiere algo bueno y hace algo bueno. Nos hace bien a nosotros y a otros.

Lo malo

Reconocemos lo bueno cuando sentimos y conocemos su opuesto en nosotros y en los demás. Lo opuesto de lo bueno es lo malo. Lo malo nos impulsa a ser mejores y a transformar algo malo en algo bueno. De esta manera, lo malo está al servicio de lo bueno. Lo malo nos prohíbe permanecer en lo bueno logrado, nos exige y nos desafía para el próximo acto bueno. Lo malo acompaña a lo bueno tanto y tan lejos como haya avanzado en su camino.

Cuando acaba lo malo, también acaba lo bueno. No perjudica a lo bueno que reconozcamos y percibamos lo malo junto con lo bueno. Muchas personas buscan lo malo dentro de lo bueno y lo quieren ejemplificar sirviéndose de personas o cosas buenas. Estas personas buenas viven esa actitud como maldad, y a veces es así. Estas personas, ¿perjudican realmente a alguien o a algo bueno o simplemente muestran lo que aún les falta? En realidad, están al servicio de lo bueno, aún cuando su actitud sea o no malévola. Sobre todo nos permiten ver que todo lo bueno es imperfecto y, por ello, humano.

Por otro lado, si los buenos consideran a los malos como imperfectos, ¿cómo consideran los malos a los buenos?

Y, además, cuando los buenos ven a los malos como imperfectos, ¿cómo los ven realmente? Igual de humanos. ¿Cómo de humanos? Igual que ellos, semejantes e iguales.

¿Podemos elegir ser buenos o malos? ¿Acaso los malos, si se

comparan con los buenos, los perciben como buenos? Los perciben incluso como enemigos que se interponen en su camino. ¿Acaso no juegan los buenos para los malos el mismo papel que los malos para los buenos? ¿Qué es entonces bueno o malo? ¿Podemos diferenciarlos?

Cuando sintonizamos y seguimos los movimiento del Espíritu, somos buenos para algunos y malos para otros, según con qué y con quién nos ponga en contacto dicho movimiento.

¿Cómo actúa en nosotros la sintonía con el movimiento? Permanecemos, tanto en lo bueno como en lo malo, entregados. Sabemos que somos imperfectos y por lo tanto estamos obligados a producir siempre algo nuevo y bueno, a ser siempre creativos. Creativos como el Espíritu que nos mueve. ¿Cómo nos mueve? Imperfectos.

LA NOCHE

Hablamos de la luz de la conciencia porque lo que se hace consciente en nosotros es claro. Nos parece claro.

¿De dónde viene esa conciencia? ¿Nos queda claro su origen o es oscuro y negro como la noche? Nuestra conciencia nos viene de la noche. Por eso, sólo una parte de ella es clara. Sea lo que sea lo que reconocemos, limita con la noche del no-conocimiento. Justamente lo esencial de nuestro conocimiento se oculta en la oscuridad de la noche.

¿Hacia dónde nos arrastra cuando buscamos la comprensión que para nosotros es esencial? ¿Hacia la luz? ¿Hacia la oscuridad? ¿La encontramos en la claridad del día, como si gracias a esa claridad se iluminara aún más? ¿O es que lo encontramos en la noche, en la noche oscura?

¿Hacia dónde va nuestro camino de conocimiento? Hacia la noche y a través de la noche.

¿Qué noche es esa? Es la noche del Espíritu, la noche de nuestro Espíritu.

¿Qué significa eso para nosotros? Dejamos que se haga la noche para nuestro Espíritu. Nos retiramos de nuestro saber presente, de nuestra experiencia, de nuestras revelaciones y entramos en la noche de nuestro Espíritu.

Solos, nos perdemos en esa noche. Cuando cae, se hace la oscuridad, y se hace tan oscuro que ya no distinguimos nada. Y si aún perseveramos en la espera, de pronto sentimos que nos toman de la mano y nos guían. Pero solamente paso a paso.

Cada paso es una nueva comprensión y una nueva experiencia que se

nos concede en esa noche. ¿Para qué? Para dar el siguiente paso. En esa noche, en lo más profundo, nos sentimos uno con los movimientos del Espíritu. Ahí termina el querer y el pensamiento propio, es decir la seguridad que nos da pensar por uno mismo. Ahora el Espíritu piensa y actúa a través nuestro.

¿Necesitamos aún la luz? ¿Puede haber algo más luminoso que esa noche?

Una historia relacionada con esto:

El camino

Llegó el hijo ante su anciano padre y le dijo: Padre, bendíceme antes de partir.

El padre contestó: Mi bendición será acompañarte durante un trecho al inicio del camino del saber.

A la mañana siguiente salieron al aire libre y desde la angostura del valle, escalaron una montaña.

Caía el día cuando llegaron a la cumbre.

Y la tierra se extendía por todas partes hasta el horizonte, en la luz.

El sol se puso.

Y se llevó consigo esa exuberante belleza.

Fue llegando la noche.

Y cuando se hizo oscuro, brillaron las estrellas.

LÍMITES

Los límites crean un orden. El desorden se origina por no respetar los límites. Los opuestos generan límites. Por eso todo lo que se exagera, más tarde se vuelve su propio opuesto.

Cuando se exagera la bondad, pasando ciertos límites, se vuelve al servicio de su opuesto. Si se la lleva al extremo, degenera en su opuesto. Por eso respiramos aliviados cuando también lo bueno llega a un límite y ya no puede ser mantenido.

Los opuestos también se fortalecen. Mediante la contraposición se afirma el lugar que le corresponde a cada uno. Saltarse los límites provoca una reacción y proporciona la fuerza y energía necesarias para hacer lo que el opuesto exige: retirarse a sus límites. Así, por ejemplo, el hombre pone límites a la mujer y la mujer al hombre. Y porque ponen límites se

afirman a sí mismos, el uno ante el otro. De esa forma el hombre se hace más hombre y la mujer, más mujer. Si permanecen y se realizan dentro de sus límites se enriquecen también recíprocamente.

Si, por otro lado, los opuestos se dejan en paz mutuamente porque respetan sus límites sin desear cambiarlos, ambos ceden. Se confunden y amenazan cada vez menos. Cuanto más reconocen y toleran sus diferencias, más cosas pueden emprender juntos, sin renunciar a sus límites.

Cuerpo y espíritu

¿Qué sucede con la contraposición entre cuerpo y espíritu? ¿También existen límites? ¿Cómo se muestran? ¿Son producto del pensamiento?

Cuando tenemos experiencias con el cuerpo, ¿quién lo experimenta, el cuerpo o el espíritu? Cuando un animal o una planta experimenta algo, ¿lo experimenta el animal o la planta en sí o también su especie vivencia esa experiencia y se rige por ella, de modo que todos sus miembros aprenden a manejar los nuevos peligros y adversidades y a adaptarse a ellos? ¿Dónde está la especie que puede hacer semejantes experiencias?

¿Es quizás espiritual? ¿Es quizás una conciencia de esa especie que hace avanzar juntos a todos los que a ella pertenecen?

¿Para qué sirven esas experiencias espirituales, esas experiencias del Espíritu? ¿Las necesita, las quiere? ¿Para qué? El Espíritu, ¿toma forma corpórea para expandir su conciencia a través de lo físico y de sus múltiples experiencias vitales? Lo físico, entendido en un sentido amplio, con lo inorgánico y lo vivo en todas sus formas de existencia, ¿puede considerarse fuera de lo espiritual e incluso contrapuesto a él? ¿Acaso no son ellos también Espíritu? ¿Espíritu en evolución?

La muerte

¿Qué ocurre con nuestro cuerpo cuando se deshace después de su muerte? ¿Se separa del espíritu? La comunicación con el espíritu permanece incluso en el cuerpo que se convierte en polvo, en la persona misma a la que perteneció, por ejemplo a través de variadas informaciones que aún en el polvo se pueden comprobar. Si el polvo estuviera separado del espíritu, esa información debería desaparecer. Esas informaciones son informaciones espirituales: conectan el polvo con el espíritu que estuvo presente en esa persona y que después de su muerte permanece.

Continuando con estos pensamientos, podemos decir que las experiencias del cuerpo y lo que vivió esa persona con ese cuerpo permanecen en la conciencia del Espíritu, sin perder nada. Estas experiencias nos acompañan después de nuestra muerte, tal como fueron. Quizás sigan aún más allá de nuestra muerte hacia la plenitud que aquí no fue posible.

El Yo

Podríamos preguntarnos cuál es este espíritu que quiere y necesita tales experiencias.

El Espíritu eterno no las necesita, porque lo que piensa lo tiene. Esas experiencias ya las pensó con anterioridad, porque si no no las hubiéramos podido experimentar.

Por eso tiene que ser nuestro Yo quien después de nuestra muerte lleve consigo esas experiencias a la dimensión espiritual, las lleve a su meta.

Este Yo, ¿es nuestro Yo personal? ¿Ese Yo que aquí experimentamos como nuestro y que, aparentemente, nos ha separado de cada otro Yo? ¿Existe en ese ámbito espiritual un Yo superior, un Yo común, por ejemplo un Yo común nuestro y de nuestros ancestros? ¿Quizás también un Yo nuestro como lo experimentamos en esta vida con otros Yo diferentes que tuvimos en otras vidas? Estos Yo, ¿intercambian sus experiencias entre ellos y crecen gracias a ellas? ¿Necesitan esas experiencias para su perfección?

No lo sabemos. No lo podemos saber. Tampoco sabemos hasta qué punto estas reflexiones son racionales y admitidas. Por ello podemos simplemente dejarlas a un lado.

¿Realmente? ¿O tienen un efecto en nosotros que nos lleva a vivir de otra forma? ¿Más intensamente quizás? ¿Con más humildad? ¿Más confiadamente? ¿Más libres y en asentimiento? A través de ellas nos abrimos más hacia lo impredecible y somos espiritualmente de otra forma. Espiritualmente en nuestro cuerpo, en conexión con todo lo que nos conecta al mundo físico y vital. Espiritualmente, ya ahora, más allá de nuestro cuerpo y del mundo físico. ¿Cómo? Sin límites.

MÁS ALLÁ

Más allá es para nosotros aquello que está más allá de un límite y que

tenemos que cruzar para poder llegar allá.

Mucho permanece más allá de nuestra comprensión y de lo que podemos saber, por ejemplo nuestro futuro. Presentimos quizás lo que nos espera y nos preparamos para ello, pero no podemos predecirlo. Porque muchas veces se cruza algo inesperado en el camino, por ejemplo la muerte.

Aún así, lo que se encuentra más allá está presente aquí sin que lo sepamos. Nos adecuamos a ello. Somos atraídos hacía ahí desde lo que hay aquí, en este lado. Y desde aquí nos adecuamos a eso. Porque el más allá, a pesar de estar más allá, actúa sobre el aquí y también lo aparta. Para nosotros está en el aquí, presente.

El más allá es, pues, ambas cosas: más allá y aquí. A menudo es simplemente una cuestión de atención, tanto si queremos percatamos de ello aquí, como si lo excluimos cuando no queremos admitirlo. Aún así el más allá nos atrae. Presentimos que no sólo es misterioso sino también grande. Presentimos que nos promete algo y nos lo da. A veces es algo ante lo cual aún no estamos maduros ni preparados, o no somos capaces.

Para nosotros lo espiritual está, ante todo, más allá. Lo espiritual nos arrastra hacia su ámbito y nos aleja de lo cercano. Pero también en lo espiritual y en los movimientos del Espíritu existe lo cercano y lo que está más allá de lo cercano e inminente. Tan pronto como queremos afirmar lo cercano, por ejemplo en una comprensión, somos llevados por encima y más allá de ello sin importar lo valioso que pudiera ser. Y todo eso sin que se acabe. Sin fin.

Nada de lo que experimentamos como espiritual y de lo que hemos recibido de lo espiritual permanece como fue. Permanece en un movimiento hacia algo más allá de eso. ¿Cómo? Sin fin. Infinito.

LA VALENTÍA

La valentía, cuando corresponde, se ajusta a los límites que le son impuestos. Sin embargo, también es capaz de sobrepasar esos límites y de aventurarse a territorios desconocidos y a la conquista de nuevos ámbitos.

Aquí se trata una valentía referida al Espíritu. En vez de apresurarse, se mantiene contenida y medida. Si actuara por sí misma, estaría perdida. Espera a ser tomada desde afuera por un movimiento mayor que le indica cómo puede comenzar y hasta dónde debe y puede avanzar para permanecer en sintonía con este movimiento. Entonces cumple valientemente lo que se le indica.

El valor interior

¿Para qué se necesita este valor? Se necesita cuando los movimientos del Espíritu se encuentran ante límites interiores provocados por antiguas imágenes y miedos que, aunque ya vacíos y huecos, impiden tener esperanzas de un final feliz. Esas imágenes, miedos y esperanzas son las primeras vallas que debe saltar nuestro valor en sintonía con los movimientos del Espíritu.

Esas imágenes, miedos y esperanzas no son personales, no vienen de nosotros mismos y no proceden de nuestro pensamiento ni de nuestra experiencia. Provienen de las comunidades y grupos a los que estamos unidos para bien o para mal. Generalmente se asientan sobre largos caminos y son de merecida tradición.

Estas son particularmente nuestras imágenes de Dios. Superarlas o cambiarlas exige de nosotros un valor extremo. Lo mismo sucede con imágenes y presunciones, que si bien no nombran a Dios, nos reclaman igualmente.

A este contexto pertenece, por ejemplo, la imagen de un Dios justo y, en su versión aplicada, la exigencia de una sociedad justa. Según esa idea, tan sólo algunos merecen ser amados. Y esos son los buenos, los que serán premiados. Los otros son los malos y serán castigados.

Lo mismo podemos decir sobre la idea de que infringimos las leyes de Dios y que le podemos ofender, por ejemplo con el pecado.

Con estas imágenes construimos un mundo opuesto a Dios y a ese Espíritu, como si algo pudiera moverse contra él y desde fuera de él.

Se requiere mucho valor para desprendernos de esas imágenes, miedos y esperanzas, ya que desde nuestra niñez las hemos integrado bajo la presión de esas comunidades y grupos.

El valor del Espíritu

¿Cómo podemos manejar esas imágenes interiores con valor? ¿Tenemos una fuerza propia para ello?

Nos entregamos a los movimientos del Espíritu. Guiados por ellos comprendemos el contrasentido de esas imágenes y miedos, aprendemos a apartarnos de ahí, a dejarlos atrás, aunque sin la certeza de saber hacia dónde nos llevan esos movimientos. Aquí necesitamos el valor del Espíritu, un valor que sólo puede venir de él. El valor de ver el mundo de otra manera y de actuar de acuerdo con eso. El valor, por ejemplo, de pensar que todo lo que es, es pensado por un Espíritu eterno, pensado así como es

y por ello movido por ese Espíritu tal como se mueve. Pero sobre todo el valor de asentir a todo en sintonía con los movimientos del Espíritu, con el mismo amor con el que el Espíritu asiente a todo lo que mueve.

El valor del amor

Todo esto es todavía un proceso interno, una consumación del valor interior. Caminar con valor (en nuestra alma y en nuestro espíritu) con los movimientos del Espíritu no puede quedar oculto a la larga. También debemos actuar con valor, en sintonía con dichos movimientos.

Este actuar tiene un efecto que nos beneficia tanto a nosotros como a los demás, pero que también nos infunde temor. Entonces algunos se oponen a lo que nuestro actuar les exige y ofrecen resistencia.

¿Cómo hacemos? En sintonía con los movimientos del Espíritu sabemos hasta dónde podemos avanzar con nuestro valor para seguir permaneciendo en el amor. Por eso, nuestro valor finalmente se revela como valor del amor, como valor del amor espiritual. No retrocede. En sintonía con el amor del Espíritu avanzamos con un valor que tiene la certeza del amor y de su efecto. Donde sea necesario, puede esperar largamente.

La entrega

Los movimientos del Espíritu van aún en otra dirección. En vez de ir hacia adentro, hacia nuestra alma y hacia nuestro espíritu, y en vez de actuar, van más allá de nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu. Así, ese Espíritu no sólo nos mueve, sino que nos lleva por encima de nosotros mismos. ¿Tenemos el valor de dejarnos llevar de esa forma? ¿Debemos temer no regresar jamás? Aquí se necesita el último valor, el valor de la entrega incluso más allá de esta vida.

Pero sólo al comienzo. Sentimos esa entrega como estado de felicidad, como felicidad plena, como amor pleno, como devoción permanente, como existencia plena.

Ahí termina nuestro valor. Ahí se ha cumplido todo.

CONJUNTAMENTE

Todo es en común. Todo se da junto con otros. Nada es individual. La individualidad sólo puede darse con los otros, cuando se está junto con otros. Por eso lo individual busca ante todo lo individual que esté vivo, la conexión con los demás. Persiste juntamente con ellos.

También el Espíritu se da en común. Imaginar el Espíritu como individual es imposible aunque se quisiera. Quizás por eso no todo es individual, porque el Espíritu no puede serlo.

¿Qué ocurre cuando tratamos algo como si fuera individual, como si nos perteneciera sólo a nosotros individualmente, como si pudiéramos disponer de ese algo excluyendo a otros que también están unidos a eso?

Tal posesión nos excluye a nosotros al cabo de un tiempo. Como muy tarde cuando morimos, pero muchas veces ya antes. Ella quiere quedarse con nosotros sólo en unión con otros, juntos. Si se lo permitimos, también nosotros podemos quedarnos con ella, incluso más allá de nuestra muerte.

El Espíritu no puede ser individual porque no tiene límites. Está presente en todo. Está porque lo piensa todo. Por eso siempre se da en común con otros.

Eso significa que también nosotros estamos unidos con todo conjuntamente, que desde siempre hemos estado con el Espíritu, en el Espíritu, y que seguiremos existiendo con todo, incluso después de nuestra muerte.

Cuanto más espiritualmente nos experimentamos, tanto más comunitariamente vivimos. Y cuanto más comunitariamente nos sentimos, tanto más espiritualmente nos percibimos.

¿Cómo nos experimentamos juntos en su máxima amplitud? En el amor que asiente a todo en la misma medida. Ese amor que lo abarca todo es un amor espiritual. Como el amor que lo abarca todo es el amor del Espíritu. Y así ese amor es extenso y amplio cuando todos nosotros amamos en sintonía con el amor del Espíritu, junto con él.

LO PROVISIONAL

Provisional es lo que precede a lo que viene después. Esto posterior releva a lo provisional. También lo provisional ha relevado a algo que estaba antes que eso. En este sentido, todo es provisional. Todo debe dar paso a algo posterior, a lo cual ha precedido.

Cada tiempo es necesariamente provisional por el simple hecho de que continúa. Todo en el tiempo es provisional. Se compone de puros “provisionales”. Sólo porque todo es provisional el tiempo avanza.

Hay una diferencia entre sujetar algo y querer detenerlo, ignorando

que es provisional, o reconocerlo como provisional y transitorio. Por ello lo dejamos “que pase” una vez que el tiempo haya transcurrido.

¿Es también provisional la existencia? ¿Puede serlo? ¿Puede el Espíritu omnisciente pensar algo provisionalmente, de manera que ya sea pasado cuando está pensando en lo siguiente? ¿Puede escapársele algo al Espíritu cuando piensa, o puede perecer en él como si fuera previo? ¿O es que todo lo provisional es también presente, parte de un movimiento en el que todo lo provisional continúa en lo siguiente? ¿Permanece lo provisional en ese movimiento estando presente, totalmente presente?

¿Cómo continúa entonces lo provisional? ¿Cómo sigue permaneciendo ahí? Ya que continúa, permanece en lo venidero, existente y presente igual que aquello que le precedió.

¿Perdemos alguna cosa cuando dejamos que algo sea provisional para nosotros? Justo porque es provisional continúa, y nosotros con ello.

AHORA

Todo lo que es, es ahora, sólo ahora. Todo lo que viene es y, en tanto que viene, ya es ahora. Todo lo que fue, es. Y como fue está aún presente, aún está aquí. Como algo pasado, sin embargo. Sólo está como algo pasado.

El Espíritu siempre está, ahora. No puede ser pasado ni puede ser futuro. No puede haberse ido ni puede venir. En él todo lo pasado es ahora. ¿Qué ocurre con lo que está por venir? Es como una posibilidad para nosotros, pero para el Espíritu ya es ahora, porque ya ahora lo piensa.

¿Hay un desarrollo para el Espíritu? Me imagino que piensa lo que viene con antelación y ahí lo piensa. Cuando lo piensa con antelación, lo piensa como una posibilidad. Cuando lo piensa ahora, como ahora, es ahora.

¿Qué sucede con lo ya pasado? Este Espíritu lo ha pensado y lo piensa ahora. Por eso el pasado está también siempre ahora, sigue estando ahí. Ahora, como pasado y actuando como pasado.

¿Qué es para nosotros lo pasado? ¿Qué es para nosotros ahora? ¿Qué es para nosotros lo que vendrá?

Cuando entramos en sintonía con los movimientos del Espíritu, todo se convierte en ahora. Sólo ahora estamos en sintonía con él. Sólo ahora estamos en él unidos al pasado. Pero no como si fuera pasado, sino como ahora que aún es presente y actúa.

¿Qué pasa entonces con nuestro futuro? Que en sintonía con el Espíritu nos movemos hacia él. ¿Cómo? Ahora, sólo ahora.

8. EL ASCENSO

Nota previa

Los textos de este capítulo son, en sentido estricto, contemplaciones místicas. Eso significa que nos llevan consigo a ese espacio espiritual donde ya no existen los opuestos entre, por ejemplo, bueno y malo o bien y mal. En sintonía con los movimientos del Espíritu, hemos aprendido hasta ahora a reconocer estos opuestos como algo que Él ama y a asentir a ellos con su amor. En este camino somos guiados de manera que sintamos como iguales en nosotros estos opuestos, de tal modo que en nuestro espíritu queden unidos.

Aquí también deja de existir el opuesto que resuena en la palabra "natural" del título*. Antes estaba al servicio de la purificación y del saber y todavía está a su servicio, pero ya no como opuesto.

En el pensar esencial y en la comprensión esencial no existe lo obvio, lo unívoco termina. En este espacio, todo pensar no puede ser sino un acercamiento, un simple intento insuficiente de aproximación. Eso significa que este pensar y esta comprensión sólo nos indican, si son puros, la dirección. No sabemos, sin embargo, dónde nos llevan. Permanecen para nosotros en secreto.

* El título del libro original en alemán es Mística natural.

LA INVITACIÓN

Nos invitan a una fiesta, a una celebración, a una comida, a hacer algo en común. La invitación es porque alguien preparó algo en lo que nosotros podemos participar, a veces tenemos que participar. De ahí que algunas invitaciones las aceptemos gustosamente y otras menos a gusto, más bien por obligación y miedo que por placer.

Algunas invitaciones son un honor. Aún así tenemos que comportarnos adecuadamente, a lo mejor más bien recatada y tímidamente, ya que nos sentimos extraños.

A veces nos invitan porque alguien espera algo. Muchas invitaciones preceden un negocio o se cursan después de uno. A esta categoría pertenecen las llamadas “comidas de negocios”.

A veces vamos a una fiesta o celebración sin haber sido invitados. Por ejemplo, a una honra fúnebre. Con ello mostramos que tomamos parte en el dolor y hacemos el honor, pero no nos quedamos mucho tiempo.

Algunos quieren darnos una alegría con su invitación, por ejemplo cuando nos invitan a un concierto y nos regalan las entradas. Esas invitaciones las aceptamos con mucho gusto, son un signo de afecto y, a veces, de agradecimiento.

A veces nos invitan para una presentación, por ejemplo cuando tenemos algo especial que ofrecer. Estas invitaciones poseen, por un lado, el carácter de negocio —de hecho, algunos artistas viven de ellas— y, por otro, les damos una alegría a otros. Después de la presentación permanecemos más bien con nosotros mismos y nos retiramos pronto.

¿Para qué digo todo esto? También vivimos la experiencia de ser invitados a la vida y al amor. ¿Por quién? Por ese Espíritu que nos ha pensado como vivientes y amantes, desde la eternidad.

¿Aceptamos esta invitación?, ¿correspondemos con gratitud y con amor?, ¿somos conscientes de ella?

¿Cómo la experimentamos interiormente? La vivimos en sintonía con los movimientos del Espíritu, que están al servicio de nuestra vida y de nuestro amor. Están al servicio de la vida y del amor de todo lo que vive y ama. Están al servicio de la vida y del amor de todo lo que desde siempre ha vivido y amado, y de todo lo que vivirá y amará en el futuro. Para este Espíritu todo es presente.

Entonces, si caminamos con los movimientos del Espíritu, ¿con quién estamos invitados y para qué? Estamos invitados a la vida y al amor con todo lo que ha sido y con todo lo que va a ser.

¿Seguiremos viviendo y amando también después de nuestra muerte?

Evidentemente, somos espíritu de este Espíritu. ¿En qué nos damos

cuenta? También en nuestro cuerpo nos experimentamos espiritualmente como más allá de él. ¿Cómo si no podría nuestro espíritu llegar hasta las galaxias más lejanas? ¿Cómo ir al pasado mucho antes de haber nacido? ¿Cómo ir al futuro, pronosticarlo y prepararse para él?

Nuestro espíritu todavía puede más. A través de él podemos contactar con personas más allá de la distancia, más allá del espacio y del tiempo, y saber cómo están. ¿Cómo sería posible si no participáramos de algo espiritual, de algo que va más allá de lo físico, que se rige por otras leyes?

Todo eso es a primera vista. A veces un movimiento nos lleva a otro espacio, nos lleva consigo a una consciencia y a una visión espiritual en la que nos sentimos espirituales, a pesar de estar aún unidos a nuestro cuerpo. Es una experiencia de espiritualidad muy especial, en unión permanente con algo espiritual, que permanece.

¿Cómo lo vivimos en nosotros? Nos vivimos invitados por este Espíritu, invitados con amor.

LO ESPIRITUAL

¿Qué es lo espiritual? Se da cuando sintonizamos con los movimientos del Espíritu y nos sentimos guiados por ellos. ¿Es ese Espíritu algo individual, algo particular? ¿Sentimos que nos guía como si fuera algo personal y como si asintiera a nosotros personalmente? Así lo experimentamos. Entonces hablamos más bien del Espíritu.

¿Podemos pensar así también de “lo espiritual”? ¿Podemos pensar su plenitud como parcial, como de alguien, como de uno solo, como si fuera alguien o hubiera en él un Yo? Incluso si hubiera un Yo, ¿podríamos atrevernos a compararlo con nuestro Yo, o es quizás “lo espiritual” más bien la plenitud de todos los Yo, la unión de las experiencias de todos esos Yo?

De algún modo podemos imaginarnos así lo espiritual. Si piensa todo lo que es y existe y deja ser y existir todo lo que piensa, si mueve todo lo que deja ser y existir, entonces mueve también todas las experiencias que pudieron ser hechas. Estas experiencias son entonces espirituales y ocurren antes de que alguien o algo pudiera hacerlas.

Lo que piensa “lo espiritual” y lo que deja que sea y exista a través de su pensar no puede ser lo mismo. “Lo espiritual” o este Espíritu no puede surgir a través de su pensar y estar a través de su pensar. De ahí que este Espíritu o “lo espiritual” no pueda pensarse a sí mismo. Está porque piensa, porque lo piensa todo. Existe, pues, todo lo que piensa. Lo que piensa no puede estar en relación consigo mismo, como si tuviera un Yo

que se basa en este pensar y que surge de este pensar.

Obviamente, no puedo pretender entrever estos movimientos. Me resulta importante purificar mi propio pensar de imágenes que no se pueden pensar realmente. Esto significa que me detengo en mi movimiento espiritual y le pongo un límite a lo que no corresponda a eso.

Este movimiento, sin embargo, continúa para mí si me dejo llevar por él hacia algo infinito. Me entrego sin pensar más de lo que me permite comprender. ¿Qué clase de comprensión es esta? Es la que vivencio como relacionada con algo concreto, único. Siempre es la comprensión sobre cómo debe y tiene que seguir en ese momento.

La conciencia espiritual

Podemos preguntarnos cómo denominar a eso que obra detrás de este pensar. ¿Lo llamamos "Espíritu", o lo llamamos más bien "lo espiritual"? ¿Puedo decidirme por lo uno o lo otro?, ¿debo hacerlo? Ambas denominaciones no son finitas. Si elijo me van a retener en mi camino del saber.

La misma pregunta aparece cuando hablamos de una consciencia espiritual. Cuando los movimientos del Espíritu nos llevan consigo, podemos experimentar la sintonía con una consciencia espiritual infinita. En este nivel de consciencia nos toman pensamientos que están muy por encima de nuestros pensamientos propios. Estos pensamientos ponen en marcha en nosotros un movimiento semejante a los pensamientos del Espíritu, que todo lo que piensa también lo efectúa. Primero en pensamientos y comprensiones que se mueven en sintonía con esta consciencia, pero en otro nivel. Estos pensamientos y comprensiones nos hacen reconocer y entender las conexiones que dejan de lado nuestros prejuicios y patrones preconcebidos. Exigen y sostienen una forma de obrar que, en el asentimiento a todo como es, une todo lo que debe y quiere estar unido. Nos lleva consigo en un movimiento del amor, un amor que esta conciencia quiere hacer realidad.

Así es como nos movemos en sintonía con esta consciencia en todo lo que hacemos. Si nos captura ya no somos libres para decidirnos por una u otra cosa. Esta consciencia decide lo que quiere hacer realidad a través de nosotros. En su mano somos martillo y yunque a la vez, golpeamos y somos golpeados a la vez.

En todo esto estamos unidos a ella espiritualmente. Es un obrar y un sufrir espiritual que nos lleva consigo.

Esa consciencia que nos lleva de esa forma, ¿es la consciencia del

Espíritu?, ¿es su consciencia, como si Él fuera algo personal y tuviera un Yo? Esta consciencia, ¿está unida a ese Espíritu y a "lo espiritual" como una unidad y por ello no podemos diferenciarla de Él?, ¿está conectada a ese Espíritu en un nivel más cercano a nosotros? Es un nivel intermedio para nuestro ascenso a otra consciencia, una consciencia pura en la que únicamente somos, únicamente existimos.

Nada puede estar separado de "lo espiritual". Poco importa qué nos imaginemos y cómo lo llamemos. Todo está pensado por el Espíritu tal como es. Por lo tanto, estamos conectados en todos lo niveles con Él, también en el nivel físico. Pero hay una diferencia en cómo nos guía en nuestra vivencia y en nuestro pensar según experimentemos conscientemente sus movimientos o los vivamos interiormente en nuestro espíritu. Nos guía a través de comprensiones, de movimientos de amor y de un obrar consciente que, de otro modo, permanecerían inaccesibles.

También en este caso la pregunta es si, con nuestro pensar, debemos pasar por encima de lo que vivimos como un movimiento, y pretender saber cuál es el Espíritu y qué es "lo espiritual" que toma posesión de nosotros. ¿Seguimos aún en su movimiento o nos distanciamos de él? ¿Seguimos siendo todavía martillo y yunque a la vez o queremos ser lo uno sin lo otro?

La humildad

Renunciando a responder tales preguntas, uno es humilde. Eso significa que nos entregamos a este movimiento sin pensarlo y sin querer tomar distancia de él con nuestro pensar.

¿Qué pasa entonces con nosotros? Todo pasa tal como este movimiento lo quiere, tal como este movimiento lo piensa, tal como lo hace consciente para nosotros, y tal como lo ama.

LO OCULTO

Lo oculto esta ahí. Aunque quede oculto para nosotros, se nos escapa y, a pesar de eso, nos tiene en cuenta. Nos tiene en cuenta desde lo oculto. A veces se nos muestra, pero nunca completamente. Se muestra como un presentimiento, se muestra de pronto y fugazmente en una comprensión repentina y se retira de nuevo. Sabemos que está allí, poderosa. Nos mantiene en su encantamiento y nos atrae.

¿Podríamos soportar lo oculto cuando se manifestara en toda su

plenitud?, ¿estaríamos a la altura para poder enfrentarlo? Nos basta con saber que está, aunque oculto.

Así, oculto para nosotros, está "lo espiritual", eso que obra detrás de todo. Permanece esencialmente oculto incluso a nuestro presentimiento. Pero lo sentimos en su movimiento, en todo lo que mueve. Se nos manifiesta en cada movimiento siempre que sintonicemos con "lo espiritual" que actúa en él y que a la vez queda oculto.

A veces, cuando miramos en la oscuridad de lo oculto, nos atrapa. Nos lleva más profundamente a esa oscuridad y nos vivimos movidos de pronto de otra manera, poderosamente, más allá de lo que nosotros mismos podemos. Entonces soltamos. Algo oculto nos lleva a su dominio, a un dominio espiritual. Nos vivimos movidos directamente por él, movidos con amor.

Este movimiento nos da una sabiduría, un conocimiento, pero no en el ámbito de lo oculto. Porque en este movimiento lo que experimentamos es lo oculto más oscuro. Tenemos más sabiduría, sabemos más del movimiento que nos mueve hacia un obrar. De repente sabemos cuál es el siguiente paso.

Con este movimiento nos volvemos más sabios. Más sabios a través del amor.

LA TOTALIDAD

Todo lo individual está en camino hacia la totalidad. Sólo en la totalidad está resguardado, sólo en la totalidad encuentra su realización completa. ¿Cuándo nos hacemos completos? ¿En esta vida, o esta vida es sólo un trecho en el camino hacia nuestra totalidad, hacia nuestra entera realización? No lo sabemos, pero lo podemos presentir. Imaginar que nuestra vida está incluida en un movimiento grande que no se puede comparar con un antes y un después, nos hace profundamente flexibles. Caminamos con este movimiento hasta donde nos lleva, sin preocuparnos del antes ni del después. Simplemente caminamos con él. En este caminar con el movimiento comprendemos profundamente que no importa en qué punto del camino hacia nuestra totalidad nos encontremos en esta vida. De todas formas, tenemos que andar todo el camino. Por eso andamos nuestro trecho ahora tal como lo andamos, ya que no puede ser recorrido de otro modo.

¿Qué conseguimos imaginándonos así nuestra vida? Podemos dejar al otro en su camino donde sea que se encuentre en esta vida. Ni su camino ni el nuestro se pueden comparar.

Estas reflexiones nos hacen humildes y modestos, nos dejan sin exigencias con nosotros mismos. Gracias a ellas dejamos de creer que podemos y tenemos que movernos de otra forma distinta a como nos movemos en este momento. Nos hacen también humildes frente a otros que se mueven en este camino de otra manera distinta a la nuestra, que se mueven como pueden y como lo tienen que hacer ahora.

El asentimiento a todo como es nos lleva a otra dimensión del tiempo. Nos lleva a la dimensión del tiempo entero, mucho mas allá de nuestra vida presente. Nos lleva también mas allá de nuestro pensar actual y de nuestro amar actual.

Asentir a la totalidad tal como viene es el amor completo. Es el amor en su totalidad, ahora.

ARRIBA

“Arriba”, en el ámbito espiritual, significa también “encima”, “encima de” algo. Pero no significa “por encima de” algo, como si fuera más grande o estuviera antes que eso.

El que está arriba mira hacia abajo. También mira por encima de algo hacia lo amplio.

“Arriba” también significa “destacado”, “elevado a otro nivel”, a uno más alto. Es un nivel espiritual, un nivel puro en el que arriba y abajo pierden su significado común.

Arriba también significa permanecer ajeno a aquello que nos atrae hacia abajo, por ejemplo estar al margen del afán y de la comparación.

¿Cómo llegamos arriba? A través de la renuncia. La renuncia nos hace livianos. Lo que nos sujetaba y nos atraía hacia abajo, termina. Estamos por encima de eso y nos sentimos arriba. Arriba significa también aliviado y libre.

Aquí surge la pregunta de cómo quedarse arriba. Permanecemos arriba en el movimiento espiritual. Con él vamos hacia arriba, tira de nosotros hacia arriba, se convierte en una especie de ascenso hacia algo Último, hacia algo eternamente sabio en cuyo saber reposamos. Reposamos en un movimiento infinito.

En la sintonía con el Espíritu nos movemos, pues, en diferentes direcciones. Una es el asentimiento a todo tal como es, que nos une con todo lo que es. Al asentir nos integramos al todo como es. Este movimiento va hacia abajo.

El otro movimiento va hacia arriba. Se aparta de todo y nos lleva consigo a un ámbito donde lo que existe finaliza para nosotros. En ese

movimiento simplemente estamos ante algo más grande y somos pura existencia. Coexistimos con todo como existencia pura, arriba, orientados hacia ese saber puro. Con él, en un movimiento puro de total existencia.

ATRAÍDO

"Ella tiró de él y él se dejó hundir", dice Goethe en su *Balada de Loreley,* cuando la sirena atrajo al pescador y lo llevó a las profundidades.

Algo semejante vivimos a nivel espiritual, en el recogimiento espiritual: tira de nosotros un movimiento que nos lleva hacia lo profundo. También aquí atrae algo para corresponder a ese movimiento. Este movimiento no sólo nos atrae alejándonos de algo: también nos acerca a algo, a otro espacio que anteriormente nos fue inaccesible. Nos atrae a un espacio espiritual.

No sólo somos atraídos hacia lo profundo, hacia nuestro propio centro, allí donde vivimos nuestro ser en lo más íntimo, sino que también somos estirados hacia arriba, en otra dirección, por encima de nosotros mismos. Este movimiento no tiene centro y aún así también permanecemos recogidos. Nos recogemos de otra forma, unidos con mucho a la vez, existiendo y siendo espiritualmente.

¿Hacia dónde nos atrae este movimiento? Hacia otra consciencia, una consciencia colectiva. En este sentido nos atrae hacia otro amor, un amor colectivo, un amor para muchos y para todos a la vez.

¿Podemos resistirnos a esta corriente? ¿Queremos resistirnos a ella? ¿Cómo le respondemos?

Le respondemos con entrega. Es la respuesta a este movimiento que nos atrae. En la entrega sabemos más y lo sabemos de otra manera, desde adentro, como si estuviéramos en ella. En ella también nos sabemos de otra manera. ¿Cómo? Nos sabemos como si fuéramos uno con todo.

Sabemos algo más con esta consciencia: que estamos tomados al servicio y, en ese servicio, guiados. Guiados con muchos y para muchos.

ELEVADO

Lo elevado tira de nosotros hacia arriba, en un movimiento que conlleva algo que nos asombra.

Lo elevado deja algo tras de sí y debajo de sí. Se mueve alejándose de algo. Llega a descansar en un nivel más alto donde su reposo es pleno y completo.

Este movimiento es un movimiento espiritual. Si entramos en él y si nos lleva consigo, también nosotros nos sentimos elevados. Así nos lo parece. Cuando lo experimentamos, estamos por encima de elogios y reprensiones que nos tiran hacia abajo, hacia un nivel inferior, a una hondonada lejos del movimiento del Espíritu.

En el movimiento del Espíritu recibimos los elogios y las reprensiones de otra manera. Los vivimos corporal y psíquicamente.

Vivimos el elogio como calma y recogimiento, independientemente del juicio de otros, ya sea bueno o malo. Nos sentimos claramente en un movimiento que asiente.

La reprensión la vivimos como confusión, como si hubiésemos perdido la claridad. A veces también como algo corporal, por ejemplo como dolor o cansancio. Y la sentimos como fracaso, como algo no resuelto.

Así, pues, este elogio y esta reprensión son algo que sentimos muy claramente. Si después de la reprensión regresamos a la sintonía con los movimientos del Espíritu y sentimos su elogio, no nos afecta ni la reprensión ni el elogio de los otros. Es como si estuviéramos elevados por encima de ellos, humildemente elevados. Porque fuimos tomados desde otra parte, con disciplina.

Los movimientos del Espíritu nos llevan además de otro modo a un nivel excelso y elevado. Nos llevan por encima de la diferencia entre bien y mal, superior e inferior y mejor y peor.

Ya que el movimiento del Espíritu quiere todo como es, en sintonía con él aprendemos también a querer todo como es y a amar todo como es. En sintonía con los movimientos del Espíritu nos elevamos por encima de lo bueno y de lo malo, y dejamos de valorar lo bueno como bien y lo malo como mal. Dejamos de establecer valoraciones y juicios. En la realidad espiritual, no hay valoración de bueno o malo. El mismo Espíritu los mueve de una manera (mala) o de otra manera (buena), independientemente de nuestros juicios y nuestro elogio o nuestra reprensión.

En este nivel, por más elevado que nos parezca, nosotros permanecemos abajo e iguales a todos, iguales ante este Espíritu, movidos por él de forma igual. En este nivel es donde el Espíritu nos une con todos más allá de distinciones, elevadamente unidos.

Y con todo esto también nos sentimos libres. En lugar de ser atraídos hacia abajo y de involucrarnos en conflictos interminables, nos sentimos atraídos hacia arriba, cada vez más hacia arriba, asombrosamente arriba, donde también nosotros descansamos, donde descansamos elevados y plenos. ¿Cómo? Con amor.

DESPREOCUPADO

Estamos despreocupados en el momento. Estamos despreocupados cuando estamos en sintonía con los movimientos del Espíritu, ya que todo lo que hagamos estantío en sintonía con ellos, se logra. No como nosotros habíamos imaginado, pero sí de tal forma que se consigue algo decisivo para nosotros y para otros.

La pregunta es si seguimos despreocupados cuando lo que hacemos entraña dificultades insuperables y las condiciones no permiten afrontarlas de momento. Precisamente en ese caso es cuando hay que permanecer despreocupados. Tenemos que confiar enteramente en este movimiento, que también mueve lo que nos parece adverso.

De ahí que también permanezcamos despreocupados ante lo que hacen otros y no nos interpongamos en su camino, excepto cuando, sabiéndonos en sintonía con un movimiento del Espíritu, nos vemos obligados por él. Incluso ahí permanecemos despreocupados.

Esta despreocupación se da en recogimiento y es atenta, ya que en cualquier momento el movimiento del Espíritu nos puede llevar hacia algo que exige una acción en recogimiento. La despreocupación también en momentos decisivos sólo se logra con una máxima disciplina espiritual. No nos permite ningún descuido ni vacilación temerosa. Está adherida a la fuerza del Espíritu, que nos ha atrapado.

Estamos despreocupados sobre todo en el camino del Espíritu. Para qué preocuparse entonces por saber hasta dónde vamos a llegar, puesto que no depende de nosotros ni de nuestros planes ni de cómo movernos hacia él ni en qué dirección. Hagamos lo que hagamos y sea lo que sea lo que nos ocupe en ese momento, súbitamente somos atrapados por un movimiento sin estar preparados para él y más allá de toda preocupación.

¿Qué nos queda por hacer entonces? Nada, excepto esperar, esperar despreocupadamente, pero atentos. ¿Qué queda por hacer si no ocurre nada? La espera nos parece interminable.

Si nos preocupamos, nuestra despreocupación será puesta a prueba, a una prueba muy dura. ¿Cómo la superamos? Recogidos, enteramente recogidos.

¿Cómo vivimos ese recogimiento? Lo vivimos como entrega, como última entrega, como una entrega sin preocupación. Es amor sin preocupación, amor puro, ya pleno y consumado antes de llegar a su fin. ¿Cómo? Despreocupados.

IGUAL

¿Qué es para nosotros "igual"? ¿Sólo lo que parece igual? ¿O también lo son los opuestos, lo que se contrapone?

Básicamente son los opuestos, los que consideramos contrapuestos y excluyentes entre sí, aún cuando no podamos experimentar ni distinguir a ninguno de ellos el uno sin el otro. Precisamente por eso son iguales entre sí.

La pregunta que se plantea es cómo juntar los opuestos de manera que "realmente" sean iguales para nosotros en nuestra experiencia. Sólo se consigue cuando los sentimos como iguales, hasta en lo último iguales, cuando los sentimos como unidad, como si fueran lo mismo.

La mayor contraposición la vivimos entre el bien y el mal, sobre todo entre el perpetrador y la víctima, entre el asesino y su víctima.

Pero, ¿qué vive la víctima en su asesino? ¿Qué vive el perpetrador en su víctima? Ambos se viven en el otro como enteros. Se experimentan como iguales, porque en esta experiencia se sienten íntimamente unidos el uno al otro, tan íntimamente que se tienen que sentir como iguales.

La pregunta sería hasta qué punto se resisten interiormente a experimentarse en el otro y en lo opuesto a él y al mismo tiempo experimentarse a sí mismo enteramente. ¿Qué ocurre cuando se entregan a esta experiencia? Que se sienten completos y enteros.

Para sentirnos de este modo, completos y enteros, se necesita algo más: sólo nos hacemos espiritualmente enteros cuando reconocemos en estos opuestos el mismo movimiento del Espíritu, cuando sintonizamos absoluta e íntimamente con él, con total entrega, de manera que nos movemos tanto en un movimiento como en otro, cuando nos experimentamos espirituales tanto en un movimiento como en el otro, cuando en ambos nos sentimos enteramente poseídos por este Espíritu porque nos ponemos en sus manos. Sólo entonces los opuestos se juntan en nosotros. Se juntan enteramente y ya son opuestos.

¿Todavía son importantes? ¿Todavía estamos en sus manos o desaparecen?

Cuando estamos en sintonía con los movimientos del Espíritu dejamos de sentir estos opuestos: no hay ni malos ni buenos, ni culpables ni inocentes, no estamos ni a favor ni en contra. En sintonía con los movimientos del Espíritu sentimos que sólo somos, que sólo existimos. Humildemente, con amor. También nos sentimos con amor hacia nosotros, sea cual sea nuestro destino. Nos sentimos con amor hacia cualquiera, sea cual sea su destino. Nos sentimos con amor sin temor, seguros, pase lo que pase con nosotros o con los otros.

¿Estamos aún en este mundo o estamos en otro sitio?

¿Acaso sigue teniendo valor lo opuesto? ¿Estamos alejados de eso?

Alejados, ¿en qué dirección? ¿Podemos todavía elegir o desear? Finalmente, también para nosotros todo es igual.

Somos pensados. Pensados así. Pensados eternamente. Infinitamente pensados.

EL FINAL

¿A dónde llegamos cuando algo alcanza su final? ¿Es realmente el final? ¿Nos afecta, o tal vez la idea de que algo ha llegado a su fin es sólo una ilusión?

Cuando esperamos que algo llegue a su fin y que después nos deje en paz, ¿estamos libres de eso o, por el contrario, estamos dentro y poseídos por ello?

¿Cómo manejamos entonces la idea de que algo ha encontrado su final y estamos libres de ello? Asentimos a que todavía nos pertenece.

En ese momento cambia nuestro enfoque. Integramos algo en nosotros en vez de expulsarlo. En ese momento nos volvemos más y no menos, es decir que recuperamos una fuerza de la que nos habíamos despedido.

¿Qué sucede entonces con nuestra vida? ¿Llega a un final con la muerte? ¿Se queda atrás con nuestra muerte? ¿Estamos libres de ella o, al contrario, la llevamos con nosotros a un espacio diferente, a un espacio espiritual? ¿Podemos también llevar el cuerpo a ese espacio diferente? ¿Con todas sus experiencias? Las experiencias de nuestro cuerpo no son otra cosa que profundas experiencias espirituales, como si nuestro cuerpo, en su existencia física, fuera también espiritual. Y su existencia espiritual y esas experiencias vividas en el espíritu perduran más allá de la muerte física y nos las llevamos al otro espacio. Nos llevamos todas las experiencias, también aquellas de las que queremos deshacernos, también lo pesado, el sufrimiento y la culpa. ¿Nos llega a alcanzar en este espacio espiritual? ¿Espera a que finalmente lo llevemos con nosotros? Y si no aquí, ¿entonces allá?

¿Qué sucede con las personas con las que queremos terminar? Precisamente nos las encontramos en este espacio. A lo mejor ya están allí antes que nosotros y nos esperan. Entonces, ¿para qué atrasar el encuentro con ellas?

Las volvemos a tomar ya aquí en nuestra vida. ¿Cómo? Así, como son. Tal como hubiéramos querido deshacernos de ellas, tal como se habían hecho inevitables para nosotros. Tal como estamos unidos ya aquí, inseparablemente.

Así superamos ya ahora nuestro final. Sobrevivimos a él y crecemos por encima, más allá, ya ahora. Espiritualmente más allá. Ya somos aquí lo que seremos allá, completos, sin final.

EL ASCENSO

¿Hacia dónde va nuestro ascenso? Hacia arriba ¿A dónde va el ascenso espiritual? Hacia arriba y también a la vez hacia lo amplio.

¿Cómo vivimos el ascenso espiritual? Se hace cada vez más puro y libre de todo lo que en esa ascensión pueda retener o detener.

¿Qué retiene el ascenso? Desviarse del amor a todo tal como es, el reproche interior a alguien, también cada preocupación. ¿Qué ocurre con nosotros en ese momento? Nos negamos a asentir al movimiento del Espíritu en el otro, tal como le mueve. Con ello también perdemos la conexión con los movimientos del Espíritu en nosotros. Así, en vez de ascender caemos para atrás y tenemos que empezar de nuevo.

Con el tiempo, nos vamos haciendo cada vez más conscientes de los desvíos de los movimientos del Espíritu. Aprendemos a reencontrarnos más rápidamente con el amor. Regresamos rápidamente al lugar donde caímos y seguimos ascendiendo cada vez más arriba. Ascendemos más puramente. Podemos decir también que somos atraídos y llevados hacia arriba más puramente hasta la siguiente caída. Los movimientos del Espíritu nos toman en una dura disciplina, en una dura disciplina del amor donde no se nos perdona nada.

El ascenso también nos lleva de otra forma al amor, al amor hacia ese Espíritu que obra detrás de todo lo que se mueve aunque para nosotros permanezca retirado y oculto. ¿Cómo sentimos este amor y hacia dónde nos atrae?

Lo sentimos como entrega, como entrega total, como entrega ciega. Es ciega porque no tiene expectativas ni voluntad propia y se entrega sin reservas al Espíritu. Se entrega al Espíritu que todo lo mueve tal como lo mueve, también aunque lo moviera de otro modo diferente a lo que esperábamos o deseábamos. Esta entrega es totalmente pura. En todos los sentidos es entrega y amor puro.

¿Perseveramos en esa entrega? ¿Estamos realmente capacitados para eso? ¿Somos suficientemente puros?

Con esta pregunta se genera la idea de que puros significaría que nos hacemos libres de algo, que lo dejamos detrás de nosotros. Pero, ¿cómo querer ser puros ante este Espíritu y querer liberarnos de algo que él mueve y que no respetamos por creerlo inferior? ¿Cómo liberarse de algo

que ha pensado todo lo demás tal como lo quiere, tal como lo piensa?

En este contexto puro significa “más que menos”. Puro significa, a fin de cuentas, todo. Significa todo, tal como es. Todo junto tal como es. Todo respetado y amado tal como es.

Por lo tanto, nuestra entrega a este Espíritu omnisciente que todo lo piensa, a este Espíritu que todo lo crea a través de su pensar y de su mover, no es una entrega personal. No es personal como si fuera individual, de uno en uno, como si nos llevara de uno en uno a esa entrega. Esta entrega sólo puede ser una entrega en conjunto con todo lo que se mueve. Sólo con todo, con todo lo que es. En conjunto, la última entrega es la pura.

¿Qué ocurre entonces con el ascenso? ¿Abandonamos también algo en él o nos llevamos con nosotros lo que vivimos como “lo más inferior” y como “lo más superior”? ¿Nos llevamos en este ascenso tanto lo físico y el cuerpo, como lo que consideramos separado de nuestro cuerpo, es decir nuestra alma y nuestro espíritu? ¿Acaso no somos realmente espirituales y espíritu justo cuando lo integramos todo?

¿A dónde llegamos entonces en nuestro ascenso? ¿Cuál es la última entrega? ¿Cómo llegamos a ser uno con lo Último?

Entregándonos al ascenso por completo y con nosotros entregando todo lo demás. Todo se lo devolvemos con nosotros como en una ofrenda, una ofrenda espiritual. De alguna manera, es como si regresara a Él todo lo que Él pensó y movió. Regresa completo. Se lo devolvemos completo.

Lo que intento describir aquí son movimientos interiores tal como los sentimos en nosotros mismos, sin saber hasta qué punto nos acercamos a la última realidad. Pero eso no es lo que me importa, ya que eso no añadiría nada a nuestra experiencia. La pregunta es en realidad qué efectos tienen estos movimientos para nosotros.

¿Nos unen más ampliamente a una realidad que podemos sentir? ¿Nos experimentamos en ellos cada vez más profundamente unidos a todo tal como es? ¿Nos experimentamos asintiendo a esta realidad en todos los niveles y siendo uno con ella en el amor? Uno en el amor del Espíritu, en el puro amor.

DISUELTO

El yo

Cuando nos recogemos, vaciándonos de todo lo que creemos que no corresponde a la pura y desnuda existencia o de lo que creemos que aún

falta para llegar a ella, y nos orientamos solamente hacia lo único esencial, también nos percibimos como Yo.

Yo significa aquí que nos percibimos separados de todo lo que no es esencial. ¿Nos percibimos entonces enteros?

¿Qué debemos considerar aquí? Primero, ¿puede mi existencia ser mía, entendiéndola como que viene de mí, que yo soy su principio y su origen, que soy yo quien le da fuerza y movimiento? ¿No será más bien que con mi existencia me uno a otra existencia de la que depende la mía en todos los aspectos y al servicio de la cual está?

Yo lo vivo como mi existencia porque también esta conciencia que es mi existencia viene de otra parte. Se me hace consciente como mi existencia sólo porque otra existencia así lo quiere, porque sólo así puedo ser un interlocutor que responde y toma tanto como da. El Yo, por lo tanto, sólo existe como referencia. Sin referencia permanece sin movimiento y acaba como existencia.

Segundo: mi existencia está y es con todo lo demás, que también recibe su movimiento y su sentido desde afuera, y que también es su semejante como yo. Por lo tanto, estoy y soy al mismo tiempo con todo lo demás gracias al origen común, con mi yo junto al de los demás, unidos en uno, en un uno común que nos junta y nos sustenta. Sólo en esta unión con todo tal como es me hago entero y me percibo entero.

El todo finito

¿Quién se vive entonces como entero? ¿Soy yo todavía un Yo? ¿O tal vez este Yo se disuelve cuando pierde sus límites y su finitud, y así se experimenta infinito porque se hace ilimitado? En ese caso, ¿hasta qué punto es importante que otros influyan en mi existencia con su existencia? ¿Hasta qué punto su destino se hace mío y el mío suyo? ¿Hasta qué punto su sufrimiento se hace mío, y su vida y su muerte la mía? Dejando de lado mi Yo como referencia, me disuelvo en este infinito que permite ser y existir a todos por igual y en común ante él. Estar y ser sin diferencias, sin un Yo propio, sin exigencias propias, sin realización propia. Sin el propio ser. Eso significa que igual que el Yo, también lo entero se disuelve. Pasa de ser algo temporal a ser algo infinito. Y su ser acaba en lo infinito.

El ser finito

¿Tiene este infinito una existencia? ¿Tiene un ser como si fuera infinito, o

acaso también el ser se disuelve en lo infinito, en un No infinito? ¿Dónde va entonces nuestro movimiento? ¿Va hacia un ser más, hacia un ser menos? ¿A dónde se dirige nuestro anhelo más profundo? ¿Dónde llegamos realmente a nuestro ser? ¿Es el ser o es el No?

Aunque suene muy extraño, sólo en el No llegamos a la meta, a una meta infinita, ya que sólo el No puede ser infinito, porque no es.

¿Acaso son estos pensamientos absurdos? Como pensamientos parecen serlo, pero no lo son desde el punto de vista de nuestra experiencia y de nuestro anhelo más profundo.

Rilke describe este anhelo y este movimiento al final de la décima de sus *Elegías de Duino,* aunque lo hace en clave. Un joven muerto es acompañado por una anciana —Lamentación —a la antigua tierra de las lamentaciones. En un tiempo remoto estas lamentaciones fueron ricas, pero ya dejaron de serlo. Llegando al borde del reino de las lamentaciones, Lamentación abraza al muerto, llorando. Rilke dice de él:

> "Sube, solitario, hacia los montes del dolor original.
> Y ni siquiera una vez su paso resuena desde el destino mudo.
> Pero si despertaran en nosotros un símbolo, ellos, los interminablemente muertos, mira, señalarían quizás los amentos de los avellanos vacíos, colgantes, o pensarían en la lluvia, que cae sobre el suelo oscuro en primavera.
> Y nosotros, que pensamos en la dicha creciente, sentiríamos la emoción que casi nos consterna cuando algo dichoso cae".

El no

¿Cuándo se convierte algo en entero? Cuando deja de ser, cuando acaba. ¿Cuándo nos realizamos y somos enteros? Cuando también nosotros dejamos de ser y se va nuestro último anhelo. Sólo cuando llegamos al fin somos enteros. ¿Qué acaba con nosotros? Nuestro ser. Sólo cuando dejamos de ser nos morimos en el No infinito, ilimitadamente enteros.

¿Qué ocurre con la suerte? También ella está realizada y consumada cuando deja de ser. Entonces es pura, pura como el No.

¿Cuáles son las consecuencias cuando nos concedemos estos pensamientos y este movimiento? Que nos despreocupamos. Porque, ¿qué nos preocupa por encima de todo? Que algo acabe, cuando en realidad lo que queremos es que permanezca. O que algo permanezca, cuando lo que queremos es que acabe. O que perdamos algo, o que nos pase algo que nos golpee. Despreocupados estamos en recogimiento ante algo, donde

acontece tanto lo uno como lo otro sin que quede nada de eso, ni ganancia ni pérdida. Despreocupado en este sentido significa relajado, como si soltáramos algo al final de un movimiento, en el sentido pleno de soltar el ser.

Pero el No de ningún modo es un No. Por sus efectos lo sentimos como poder, como fuerza y como presencia. Se experimenta como algo que no está o que todavía no está (como algo que no es o como algo que aún no es). Por lo tanto, para nosotros es más grande y más amplio que el ser, tan grande y amplio que sólo lo podemos pensar libre de todo ser que lo limite, y más allá de todo lo temporal, como infinito, y vivenciarlo también como infinito.

Tomemos como ejemplo nuestro saber. Podemos imaginarnos el saber, comparado con el no saber, como algo infinito. Pero precisamente porque no es, nos atrae, y queremos saber más de nuestro no saber. Precisamente porque no es, tiene su efecto y es vivido como No.

Lo mismo vale para nuestro entendimiento. Imaginemos que entendemos algo por completo. ¿Nos vivimos entonces más grandes o más pequeños? ¿Estamos más conectados con algo o menos? Cuando el No se suprime de algo, nos vivimos extrañamente incompletos y vacíos. Sobre todo ya no podemos experimentarnos en movimiento.

También podemos comprobarlo con nuestras imágenes de Dios. El Dios anunciado, adorado y temido, ¿es realmente grande? ¿Nos lo podemos imaginar, con lo que eso significa, sin un No? ¿O quizás ese No se opone a nuestras imágenes de Él? ¿Cómo se hace nuestra referencia a Él como el No infinito? Se hace infinita.

¿Qué ocurre entonces con el amor? ¿Qué ocurre con la dedicación a una persona querida? ¿A dónde va ese amor? ¿Qué alcanza? ¿Alcanza al otro tal como es, o sólo alcanza a una parte suya, la que está en primer plano, de tal modo que lo esencial de él, lo real, queda oculto para nosotros? ¿A él también le queda oculto porque pertenece a su No? Solamente si lo amamos con su No, lo amamos enteramente.

EL FINAL

¿Cómo terminamos? Con una mirada. Con ella algo continúa después de terminar. Con el terminar empieza lo verdadero: para eso hemos despejado el camino. Todo lo que precedió a esa mirada fue una preparación.

Ahora que termino este libro, ¿qué visión es la importante? La visión de un camino que nos lleva por encima de un límite hacia la amplitud, una amplitud interminable en la vastedad del Espíritu.

¿Qué permanece de lo anterior? ¿Queda la estrechez de antes? ¿Nuestras ataduras?

Vienen con nosotros, porque el camino es el que camina, el camino entero, la vida entera, el ser entero. El camino está en movimiento, tal como era y como va a ser. Por eso en este camino no importa dónde nos encontremos: lo que viene ya está para nosotros, está enteramente.

Impreso en Look Impresores S.R.L.
Hipólito Yrigoyen 1137 C.A.B.A.
La edición impresa en Argentina tuvo una tirada de 2000 ejemplares.